

*Quince cuentos paralelos en español e inglés*  
*Fifteen parallel short stories in Spanish & English*



# Proyecto Sherezade

<https://home.cc.umanitoba.ca/~fernand4/>

Proyecto Sherezade, autores y traductores © 2017  
Proyecto Sherezade, authors and translators © 2017  
Para uso personal no comercial  
For personal non-commercial use only

## Las parcas del quinto

A las tres viejas que viven en la quinta planta de mi inmueble, justo debajo de la terraza, yo las llamo las tres parcas. Viven en las tres unidades de la planta, derecha, centro e izquierda, y las tres viven solas. Los hombres, o se han ido, o nunca han venido. Unos se han muerto, o simplemente se han ido, sin más. Otros nunca llegaron a compartir sus vidas. Las han dejado allfarriba, solas, reseándose a la solana calcinadora del verano y al frío reseco del invierno. Yo las llamo las parcas porque son tres, aunque no son hermanas, y porque vigilan todo lo que pasa en el edificio desde allfarriba. Los cables de acero del ascensor son sus telarañas por las que sienten las vibraciones de todo lo que se mueve en sus dominios. No hace falta que el ascensor esté en funcionamiento para que sepan quién entra y quién sale, quién vuelve tarde o temprano, o no vuelve. Sienten hasta el trepidar de la línea de metro que, como un río subterráneo, pasa debajo de nuestras casas. Como no duermen, saben a qué hora sale el último de la noche y el primero de la mañana, domingos y festivos.

Subir a la terraza a ver la ciudad, a tomar el sol o a tender la ropa es meterse en lo más íntimo de sus dominios. Hay que pasar a la fuerza por el quinto para acceder a la terraza. Tan pronto como uno pone el pie en el descansillo entre el cuarto y el quinto, ya se han colocado las tres a las mirillas de sus puertas respectivas, temerosas y curiosas. No queda espacio que no esté la vista de una de las tres mirillas, ni siquiera yendo a gatas. A veces un crujido de las puertas reseca o una tos inoportuna delata su silente presencia tras las mirillas. Luego, cuando uno llega a la terraza, casi puedes sentir como te siguen los pasos por el techo de sus casas. Si pudieran, se pondrían de rodillas en el techo para pegar una oreja entre los plafones.

Descienden de vez en cuando desde su atalaya a buscar las cartas al buzón, o a sacar la basura. En esas subidas y bajadas reúnen toda la información que necesitan de lo pasado en la finca que no les haya llegado con claridad. Los domingos parece que se turnan para ir a misa y no dejar el inmueble sin vigilancia. Los veranos casi nunca se van de vacaciones y, si lo hacen, cubren rigurosos turnos para que no nos quedemos solos los vecinos.

## The Fates on the Fifth Floor

I call the three old women who live on the fifth floor, directly below the rooftop of my building, the three Fates. They occupy the three suites of the floor, right, center and left, and the three live alone. Their men have departed or never arrived. They have died or simply left without further ado, and no other men have come to share these women's lives. They have been left up there, alone, shriveling up in the hot summers and dry-cold winters. Although they are not sisters, I call them the Fates because there are three of them, like the Parcae. From up there, they can watch and hear any movement in our building. The steel cables of the elevator serve them as cobwebs that enables them to feel the vibrations of anything that moves in their building. Furthermore, the elevator does not have to function for them to know who enters, who leaves, who comes in early or late, or who doesn't return at all. They can feel down to the vibrations of the subway line that runs under our homes like an underground river. Because they never sleep, they also sense when the last underground train leaves at night, or the first one in the morning, on Sundays and holidays.

To access the rooftop terrace of our building to view the city, sunbathe, or hang up the clothes to dry is to enter the most intimate part of their domain because one must pass through the fifth floor to reach the terrace. As soon as you reach the landing between the fourth and fifth floor, they have already gone to the peepholes of their respective doors, disturbed and curious. There is no way to hide from their peepholes, not even if one crawls on all fours. Sometimes a creak of the desiccated doors or irrepressible coughing betrays their silent presence behind the door. When you finally arrive on the terrace, you can almost feel them trace your footsteps on the ceiling of their units. If they could, they would be on their knees on the ceiling, pasting their ears to the surface between the light fixtures.

Occasionally they descend from their vantage point to pick up their letters from the mailboxes or take out the garbage. During these ups and downs, they gather all the remaining bits of information about the life in the building they were missing. On Sundays they take turns going to mass, to avoid leaving the building without surveillance. They almost never go on vacations and, if they do, they rigorously take turns so that we, their neighbours, are never

El patio interior es su otro canal de información. Es un patio estrecho y sucio por el que suben todos los ruidos y olores de las cocinas y los baños. Aunque nunca se asoman, siempre tienen las ventanas abiertas y las persianas bajadas. Ven y oyen así sin ser vistas ni oídas, sentadas en la oscuridad al acecho de vidas ajenas. Sólo cuando decidimos hacer obras en el portal o arreglar el tejado o el patio salen de sus pisos, todas a la vez, nerviosas e inquietas por los obreros desconocidos que se mueven por sus dominios cambiándolo todo de sitio y haciendo ruidos cuyo significado no pueden descifrar. Durante esos días están desquiciadas, como si un gran abejorro con el que no pueden enfrentarse hubiera caído en sus telarañas, que amenaza destrozar con sus movimientos espasmódicos.

A veces siento ganas de pasar una escoba gigante por la parta alta de la casa para limpiarla de estas telarañas. Otras veces siento ganas de fumigarlas, o de levantar el techo de la casa para exponerlas a la luz del sol y ver cómo corren a esconderse debajo de las camas y las mesas. También me gustaría ponerles asedio y obligarlas a salir, cortándoles la luz y el agua, pero estoy seguro que sería un asedio largo, pues les bastan unos chuscos de pan seco para sobrevivir durante meses. Además, seguro que unirían y compartirían sus rancias vituallas. Pero todo esto son fantasías. De momento me limito a caminar por casa sin hacer ruido, o a sujetar la puerta del portal para que el muelle no la cierre con estrépito. De todas formas, sé que estas precauciones son inútiles pues ellas lo oyen todo. Temo que alguna noche de verano, mientras duermo con las ventanas abiertas, se descuelguen por el patio interior para inocularme su veneno y embalsamarme en una mortaja de cenizas. Creo que, a la larga, lo harán.

Enrique Fernández, Canadá, España © 2014

## La muñeca

Hacía 35 años que Doña Gertrudis Guerrero vivía sola en su casa. Su soledad era elección propia pues tenía desperdigados por la isla multitud de parientes ansiosos de acoger en su casa a la adinerada parienta. Gertrudis vivía

left unattended.

The courtyard is another source of information for them. It is a small and dirty inner court in which all the noises and smells from the kitchens and bathrooms rise. In this inner court, The Fates' windows are always open, with the blinds down, and they never look out the window. And they do it to hear and see without being seen or heard, while sitting in the darkness spying on other people's lives. Only when we decide to remodel the hallway or repair the roof or the inner court, do they leave their suites. The three come out at the same time, nervous and upset because unknown workers are moving around, disturbing their domains and changing the location of everything, making noises the women can't decipher. During these days, they are deranged, as if an enormous bumblebee accidentally caught in the cobweb were tearing it apart with its spasmodic movements.

Sometimes I feel like passing a giant broom over the upper part of the building to clean up these spider webs. Often I wish I could fumigate them or raise the roof of the building and expose their dens to the sunlight and then watch them run to hide under their beds and tables. Also, I often consider putting them under siege and then compel them to come out by cutting off their power and water supply. I am sure it would be a long siege given that they can survive on a few bits of dry bread for months. Besides, I'm sure they'll unite to share their rancid food reserve. But this is only daydreaming. In reality, all I do is walk without making noise and carefully hold the lobby door while so that it doesn't shut loudly. In any case, I am aware that all my precautions are useless because I know the Three Fates can hear everything. I am afraid that on some hot summer night, while I am sleeping with the windows open they will crawl down the walls to inject me with their venom and embalm me in a shroud of ashes. I am afraid that, in due time, they will do it.

Translation by Ulrike Hellmuth © 2016

## The Doll

Doña Gertrudis Guerrero lived alone in her house for 35 years. Her solitary existence was of her own choice as she had a multitude of relatives scattered throughout the island, who would have gladly taken their rich relative in.

sola y sin salir de su casa desde hacía 35 años por causa del "sinvergüenza de su marido", como solía referirse al ya difunto.

Era la heredera única de un no despreciable pecunio de gallegos ahorradores. Como su madre había muerto de sobrepeso, se crió en un internado de la capital. Durante una de sus estancias veraniegas en el pueblo se casó con Antonio Martí, mozo de tienda de la ferretería paterna. Antonio causaba estragos entre las jóvenes del pueblo con sus ojos verdes y su sonrisa de dientes blanquísimos. Un roce accidental con Antonio al ir a buscar unos clavos al otro lado del mostrador, seguido de una mirada y una sonrisa, condujeron a los hechos que hicieron que Gertrudis anunciara a su padre su decisión irrevocable de casarse con Antonio o meterse a monja en la capital. El padre, deseoso de un heredero varón que continuase con el negocio familiar, prefirió aceptar el ultimátum por más que desconfiara de Antonio. El banquete de bodas fue de lo mejor que se recuerda en el pueblo ya que el ahorrador gallego no escatimó en la boda de su hija única. Este exceso, junto con la abundante comida y bebida, tuvieron un letal efecto sobre él, y a la semana expiró sobre el mostrador de la ferretería mientras cortaba una bobina de alambre con unos alicates.

Sus temores se mostraron fundados pues a los pocos meses de la boda Antonio empezó a faltar a sus deberes al lecho conyugal más de lo esperable. Un alma caritativa envió a Gertrudis una nota diciéndole que su marido se veía al anochecer con una hermosa mulata viuda en un barracón para depósito de mercancías que el padre de Gertrudis había construido en la playa. Esa misma tarde Gertrudis descubrió la horrenda verdad espionando entre las tablas mal clavadas del barracón. Tras considerar soluciones que pasaban por diferentes combinaciones de muertes y suicidio, se limitó a atrancar por dentro la puerta de casa. Al llegar Antonio e intentar entrar, Gertrudis le dijo desde el balcón que para ella él estaba muerto, que nunca más se le acercara. Por más que Antonio lo desmintió todo, pidió perdón, la miró con sus ojos verdes y, finalmente, amenazó, nada valió. Durante varias semanas Antonio no desistió, pero Gertrudis clavó ventanas y puertas tan concienzudamente que éste no logró acceder a la casa en ninguno de sus intentos de asalto. Además, el difunto gallego había dejado una cláusula en su testamento que aseguraba a su hija la propiedad exclusiva de su herencia.

Antonio y su mulata dejaron el pueblo, y años después la mató en un motel de Miami al sorprenderla con otro y luego se suicidó. Gertrudis, por una mezcla de miedo infundado y vergüenza, nunca volvió a salir de casa. La

Gertrudis lived alone and had not left her house because of the 'scoundrel', this being her favorite way of referring to her deceased spouse.

She was sole heiress to the more than considerable assets of her thrifty immigrant parents. Her mother had died in labor and Gertrudis was sent to boarding school in the city. During one of her summer stays in the town she married Antonio Martí, a young man who worked in her father's hardware store. Antonio was a sensation with all the town's girls; his green eyes and dazzling smile sent their young hearts fluttering. An accidental brushing of young bodies when Antonio was looking for nails on the other side of the store counter, followed by a look, then a smile, set off the events that led to Gertrudis' announcement to her father of her irrevocable decision to either marry Antonio, or become a nun. Her father's strong desire for a male heir for the family business outweighed his doubts about Antonio's suitability as a son-in-law. The normally thrifty businessman opened his purse strings wide and the wedding feast was the grandest in town memory. This excess, combined with the abundant food and drink, had a lethal effect on him and within a week he died on the store counter while snipping a spool of wire.

The deceased's fears were realized when, within a few months of the wedding, Antonio began to default more than expected on his conjugal duties. A caring soul sent Gertrudis a note telling her that her husband and a gorgeous 'mulata' widow were meeting at nightfall in the storage hut her father built on the beach. That same evening Gertrudis confirmed the terrible truth by squinting through the poorly nailed planks of the hut. After considering various solutions which included different combinations of murder and suicide, she decided to barricade herself behind the door of the house. When Antonio tried to enter, Gertrudis told him from the balcony that, as far as she was concerned, he had died and that he was never again to approach her. Antonio denied everything, begged for forgiveness, fixed his green eyes on her, even threatened her, all without effect. For several weeks his assaults were relentless, but Gertrudis boarded up the windows and doors so tightly that they withstood his attacks. As well, the dead father had inserted a clause in his will to ensure that Gertrudis was sole heir to the property.

Antonio and his 'mulata' left the island and years later, upon finding her with another man in a motel in Miami, he killed her, then himself. Gertrudis, feeling apprehensive and ashamed, never left her house. The large house that she inherited from her parents had a lovely interior garden with



casona heredada de sus padres tenía un bonito patio interior con palmeras y jardín que hacían su encierro más llevadero. La ferretería la arrendó a unos parientes que le pagaban la renta puntualmente. Si necesitaba algo del mundo exterior, se comunicaba por el balcón del segundo piso con las muchas recaderas del pueblo que le traían lo necesario. Al cabo de unos años contrató a Benigna, una mujer de pocas luces y palabras con la que había jugado en su infancia.

Sólo un reducido círculo de amigas eran aceptadas en su fortaleza. Encerrada en la casona por decisión propia, Gertrudis pasó los años entre las labores domésticas, el piano, los solitarios y las interminables partidas de parchís con sus visitas. Este encerramiento la hizo retroceder a sus aficiones de niña y sacar de los baúles muñecas que la llegada de Antonio había arrinconado. Otro de sus pasatiempos era leer la prensa del corazón. Los grandes romances y bailes de la realeza de Europa le servían para aliviar la monotonía de sus días. La princesa Diana de Gales, con su candorosa sencillez, era sin duda su favorita. Estudiaba atentamente sus vestidos y sus gestos en las fotos a todo color de las revistas. Había ido acumulando desde juegos de té con las caras de la familia real hasta figurinas de porcelana de la princesa y Charles. Pero la joya de su colección era sin duda la muñeca de tamaño natural. A pesar del astronómico precio no dudó en pedir por correo aquella reproducción de la princesa de sus sueños.

Cuando al cabo de varios meses llegó la enorme caja al depósito postal del pueblo, una comitiva de ciudadanos acompañó al cartero, que para llevarla hasta la casa de Doña Gertrudis tuvo que tomar prestado el carrillo que usaban en la iglesia para sacar las estatuas de los santos en las procesiones. Una comitiva de vecinos escoltó la caja hasta la puerta de la casona, que Benigna abrió mientras Gertrudis, desconfiada, espiaba detrás de las cortinas del balcón. Siguiendo instrucciones de Gertrudis, Benigna hizo descargar la caja justo a la entrada del portal y cerró la puerta para decepción del cortejo de curiosos. Las dos mujeres desclavaron la tapa y desembalaron nerviosas la muñeca, aún más real de lo que el anuncio decía. El color de carne pálida era exactamente el que correspondía a un miembro de la realeza europea, así como el elegante pelo corto con flequillo levantado, y sus ojos de cristal daban la sensación de que las seguían cuando se movían por la habitación.

El traje de bodas con que la muñeca estaba vestida requirió algunos arreglos de Gertrudis, pues el viaje había causado algunos desperfectos en las delicadas gasas. Mientras le arreglaba el vestido, Gertrudis le puso una de sus mejores batas de casa. Debajo del vestido de novia la muñeca

palm trees which made her incarceration more bearable. If she needed anything from the outside world, she communicated from the second story balcony with the many errand boys in town. Some family members rented the hardware store and paid the rent punctually. After a few years, she hired Benigna, a humble, taciturn woman whom she had played with when they were children.

Only a select group of friends was permitted into the fortress. A self-condemned prisoner of her own house, Gertrudis' years were consumed by domestic labors, the piano, games of solitaire and never-ending bridge matches with her guests. This isolation caused her to regress to her childhood and to rescue her dolls from the trunk where they had retreated upon Antonio's arrival. Her other pastime was tabloid magazines. Reading about the grand balls and romances of European royalty lifted her from the monotony of her days. Princess Diana, with her innocent simplicity, was by far her favorite. She carefully studied her clothes and gestures in the color pictures. She had even collected tea sets decorated with the faces of the royal family, and porcelain figurines of the princess and Charles. But the jewel of her collection was, without doubt, the life size doll. In spite of the astronomical price, she had not hesitated to mail-order the reproduction of the princess of her dreams.

When the enormous box arrived at the post office after several months, the mailman delivered his cargo on the cart used by the local parish to display the saints in Easter processions. A delegation of neighbors escorted the mailman to the house. Benigna opened the door while Gertrudis nervously watched on from behind the curtains of the balcony. Following Gertrudis' instructions, Benigna made him place the box just inside the doorway, then she closed the door, much to the disappointment of the curious entourage. The two women pried the nails from the lid and nervously unpacked the doll, who was even more life-like than the advertisement claimed. Her pallid skin corresponded exactly to a member of European royalty, as did her short, elegant hair style and crystal eyes that seemed to follow them around the room.

The doll's wedding dress required some adjusting by Gertrudis as the journey had caused slight damage to the delicate material. While the dress was being repaired, Gertrudis dressed the doll in one of her best housecoats. Under the wedding dress, the doll wore silk underwear fit

llevaba ropa interior de seda como correspondía a una noche de bodas real, atrevidas fantasías de color rojo púrpura que le hicieron recordar las más decentes que ella había usado para ocasión semejante. Inspirándose en los que veía vestir a la princesa en las revistas, Gertrudis fue confeccionando diferentes modelos para la muñeca: un elegante traje de chaqueta corto oscuro para recepciones informales, un vestido de noche con los hombros al aire para los bailes y cenas de gala, y un cómodo mono de apres-ski, probablemente demasiado caliente para el clima de la isla.

Por las tardes Gertrudis y Benigna sentaban a la muñeca en una silla del jardín bajo las palmeras, y Doña Gertrudis hacía a Benigna vestirse con cofia y delantal blanco para servir el té en un juego de plata. Luego, cuando Benigna volvía al interior de la casa, Gertrudis abría una revista y comenzaba a leerle a la muñeca sus andanzas principescas: "Diana de Gales viaja a la India donde es agasajada por un grupo de bailarines locales", o "La princesa visita un hospital de niños vistiendo un elegante traje de tarde de la casa Dior". No se limitaba a leerle las revistas sino que también le alababa el nuevo peinado o le criticaba el escote atrevido de la última recepción, le aconsejaba no fiarse demasiado de su atrevida cuñada, o le informaba de los escándalos de aquella otra princesa tan ordinaria que no se le podía ni comparar. Podían pasar horas en amena conversación sólo interrumpida por la llegada callada de Benigna a retirar el servicio de té o a sentarse en silencio a respetuosa distancia.

Para gran frustración de las fieles visitas, que mostraban mucho interés por ver a la muñeca, Gertrudis sólo les permitía una rápida mirada a distancia. Ante la insistente presión de las visitas por ver la muñeca, Gertrudis se fue volviendo cada vez más celosa de su intimidad y gradualmente, con la excusa de imaginarios dolores de cabeza, las partidas de parchís de las tardes cesaron. En el pueblo la curiosidad por la muñeca había aumentado proporcionalmente y circulaban historias fantásticas de que la muñeca agitaba ligeramente su pecho como si respirara y que movía la cabeza asintiendo o negando, y otras aún más descabelladas. Por una indiscreción de Benigna se supo de su lujosa ropa interior de seda roja, lo que hizo a los hombres del casino fantasear en sus tertulias y contarse inverosímiles aventuras de lejanos viajes a París. Incluso algunas esposas pidieron por catálogo lencería que compitiese con la de la muñeca.

Fue un golpe terrible para Gertrudis y su muñeca enterarse de la infidelidad del príncipe Carlos. "La otra", como Gertrudis se refería siempre a la amante de Charles, no se

for a royal wedding night, risqué fantasies of scarlet red that made her think of the more decent undergarments she had used. Inspired by the styles she had seen the princess wearing in the magazines, Gertrudis would design different outfits for the doll: an elegant suit with a short, dark jacket for informal receptions, an off the shoulder evening dress for balls and gala dinners, and a comfortable après-ski jump suit, too warm for the island.

In the afternoons Gertrudis and Benigna would sit the doll in a lawn chair under the palm trees. Doña Gertrudis would make Benigna wear a cap and apron while she served tea with a silver tea set. Later, when Benigna had gone inside the house, Gertrudis would open a magazine and read to the doll about all her royal adventures: 'The Princess of Wales travels to India where she is guest of honor for a group of local dancers', or 'The princess, wearing an elegant suit from the Dior collection, visits the children's hospital'. She also praised the new hair styles or criticized the daring cleavage she displayed at the last reception, she advised the princess not to put too much trust in her indiscreet sister-in-law, or she informed her of the scandals committed by that other princess, far too ordinary to be compared with her. They could spend hours in pleasant conversation, disturbed only by the silent arrival of Benigna as she cleared away the tea cups or who silently took her place at a respectful distance.

Much to the frustration of Gertrudis' friends' interest in seeing the doll, Gertrudis would only allow them to peek at her from a distance. Under the persistence of her guests to see the doll, Gertrudis was becoming more and more protective of her intimate relationship and gradually, under the pretext of imaginary headaches, the afternoon bridge matches became a thing of the past. In the town curiosity for the doll had grown proportionally and fantastic stories were circulating: the doll's chest moved up and down as she breathed, the doll could nod her head yes or no, and other even more outrageous tales. Because of Benigna's indiscretion, the doll's luxurious red underwear became a conversation piece. This caused the men at the local community club to fantasize during their meetings and to tell each other of improbable adventures set in Paris. Some wives even mail-ordered lingerie that could compete with the doll's.

It was a terrible blow to Gertrudis and the doll when they learned of Prince Charles' infidelity. 'The other,' as Gertrudis referred to Charles' lover, could not be compared with Diana, who was finer, younger, a higher class of person. Gertrudis advised the doll to confront this disgrace

podía comparar en absoluto con Diana, que era mucho más fina, joven y de más categoría. Gertrudis le aconsejaba a la muñeca cómo comportarse dignamente en la desgracia, y cariñosamente la regañaba cuando le leía que los paparazzi la habían sorprendido en playas exóticas con apuestos desconocidos que se rumoreaba eran sus amantes. El día en que se hizo público el divorcio, Gertrudis y la muñeca, tomadas de la mano, sin hablarse, lloraron juntas bajo las palmeras hasta que cayó la noche.

Pero el golpe más terrible para las dos mujeres estaba aún por llegar. Se enteró de la noticia por Benigna, quien decía haberla oído en la plaza al salir a comprar: la princesa Diana había muerto en un accidente de auto en París. Cuando por fin llegó la primera revista con las fotos del accidente, Gertrudis salió al jardín a leerlas. Pero algo había cambiado, la muñeca no prestaba atención a las palabras de Gertrudis, sus ojos no brillaban de rabia o triunfo como antes, se limitaban a mirar vacíos como bolas de cristal. Era evidente que estaba muerta. Gertrudis decidió acostarla en su cama y dispensó a Benigna de dormir en la casa durante las noches. Por medio de Benigna consultó con el párroco si sería posible darle sepultura a la muñeca en su panteón familiar. La petición no era descabellada pues la familia de Doña Gertrudis había donado mucho dinero para la construcción de la iglesia, y ella personalmente había pagado el último arreglo del tejado. El párroco acudió personalmente a casa de Doña Gertrudis a disuadirla de tal disparate y terminó por negarse en rotundo a ello, aun consciente de que así perdía futuras donaciones. Varios meses se sucedieron en este impasse, la muñeca yaciendo en la cama mientras Doña Gertrudis intentaba encontrar un lugar para enterrarla en sagrado. Sabía que no podía competir con el fastuoso funeral que se había celebrado en Londres, pero había unos mínimos requerimientos con los que cumplir.

En febrero se perdió la última esperanza de enterrar a la muñeca como Dios manda porque todos los párrocos de la zona se habían aliado en su negativa. Una comisión del ayuntamiento vino a verla para que desistiese de la absurda idea, y unos parientes suyos y de su marido se unieron para declararla incapacitada. Gertrudis lo vio todo muy claro y se atrincheró aún más en su casona. Su desconfianza llegó a echar a la calle a Benigna tras más de 25 años de servicio, acusándola de un inexistente robo.

Fue durante la semana de carnaval cuando Gertrudis tuvo la idea de cómo adelantarse a los planes de sus enemigos y librarla de la humillación pública de ser sacada de casa en traje de bodas y paseada ante los libidinosos ojos de los

with dignity, and scolded her gently when the paparazzi caught her on exotic beaches with handsome, alleged lovers. The day Diana's divorce was made public, Gertrudis and the doll, hand in hand, silently cried under the palm trees until night fell.

But a more terrible blow was yet to come. Benigna was the first to know, she heard it while shopping in the plaza: Princess Diana had been killed in a car accident in Paris. When at last the first magazines arrived with photographs of the accident, Gertrudis went to the garden to show them to the doll. But something had changed: she did not pay attention to Gertrudis' words, her eyes did not shine with rage or victory like before, they only stared blankly, like balls of glass. It was evident that she was dead. Gertrudis decided to lie her in her bed and asked Benigna not to spend anymore nights at the house. On Gertrudis' behalf, Benigna consulted with the parish to see if it would be possible to have the doll buried in the family tomb. The request was not so out of line as Doña Gertrudis' family had donated a great deal of money for the construction of the church, and she had personally paid for the roof repairs. The priest himself went to Doña Gertrudis' house to try to dissuade her from such an outrageous idea. He ended the meeting by emphatically refusing her request, all the while aware that he had cut the parish off from any future donations. The impasse carried on for several months, with the doll deposited in bed while Doña Gertrudis looked for a place where she could give her a Christian burial. She knew she could not compete with the lavish funeral that had taken place in London, but there were certain minimum requirements that had to be met.

In February the final hope of properly burying the doll was lost. All the parishes in the area had aligned themselves against the request. A commission from the municipality came to ask Gertrudis to abandon her absurd plan, and some of her relatives together with some of her husband's family, tried to have her declared mentally incompetent. Gertrudis saw very clearly what was happening and barricaded herself deeper yet in her house. She was so suspicious of everyone that she even threw Benigna, with her 25 years of service, out on the street, accusing her of a non-existent robbery.

During the week of carnival, Gertrudis got the idea of how to foil her enemies' plans for her and the doll, to avoid the public humiliation of being taken out of the house in her wedding dress and having to pass in front of the lustful eyes

vecinos. La noche del martes de carnaval puso su plan en ejecución. Agarrando la muñeca por los pies la arrastró hasta la cochera de la casa. Allí languidecía un mastodóntico De Soto 12 cilindros, regalo de bodas de su padre. Recientemente Benigna, alegando que lo podría manejar hasta el pueblo vecino para adelantarse a la lenta distribución de las revistas, lo había resucitado con no poca ayuda del mecánico local. Gertrudis descartó la espaciosa valija como opción indigna y sentó a la muñeca en el asiento delantero. Luego engalanó el auto con flores precipitadamente arrancadas del jardín. Con calma se vistió el chaqué que su marido había usado en su boda y un improvisado bigote postizo.

Sentada al volante en la oscuridad de la cochera, abrazada a la muñeca, esperó hasta la media noche y arrancó el motor. Con un crujido seco los portones se abrieron de par en par ante el empuje del auto. El pesado De Soto salió bamboleándose, dejando algunas flores al rozar con los portones. A pesar de los años, Gertrudis recordaba las lecciones que su padre le había dado al regalarle el auto. Creía también recordar las calles del pueblo, pero ahora todas tenían nuevas casas y donde antes había campos en que ella había jugado surgían ahora bloques de ladrillo. Algo desorientada tuvo que retroceder varias veces para evitar las multitudes de pierrots y arlequines, diablos y muertes, hombres travestidos y mujeres semidesnudas. Aunque al principio el anacrónico auto cubierto de flores pasó desapercibido, un niño vestido de ángel apuntó un dedo acusador y exclamó: "Allá va la muñeca". En un segundo deformes disfraces rodearon el auto e intentaban meter sus brazos por el resquicio de la ventana para tocar a la muñeca, que sonreía indiferente a la multitud. Pisó el acelerador a fondo y una pareja de arlequines estamparon sus caras desencajadas de dolor contra el parabrisas, pero el potente De Soto los lanzó al pavimento. Seguida por el grotesco cortejo de mujeres con barbas, hombres con pechos, y máscaras sin rostro, Gertrudis enfiló la cuesta que conducía al acantilado donde estaba el faro.

Nunca quedó claro si la impericia de Gertrudis al volante, el nuevo trazado de la carretera, la vejez del auto o, simplemente, la mala fortuna hicieron que se saliera de frente en la primera curva y se precipitase desde seiscientos pies de altura sobre las rocas de la playa. No se pudo hacer nada hasta la mañana siguiente. El mar había arrastrado los restos del coche de un lugar a otro y ni la muñeca ni el cuerpo de Gertrudis estaban adentro. Varias semanas después, un turista asustado vino a comunicar que el mar había arrojado a la playa el cuerpo de una ahogada. Cuando el forense llegó, descubrió la muñeca, con el traje de bodas hecho jirones, y la cara y las manos carcomidas por las

of her neighbors. On Tuesday night, during carnival, she put her plan into action. She carried the doll to the garage where a huge, 12 cylinder De Soto had been languishing since her father had presented it to her as a wedding gift. Recently Benigna, claiming that she could drive to the neighboring town to get a jump on the unbearably slow distribution of the tabloids, had resuscitated the old car with considerable help from the local mechanic. Gertrudis discarded the spacious trunk as too undignified and sat the doll in the front seat. Then she decorated the car with flowers hastily yanked out of the garden. She calmly dressed herself in the tuxedo her husband wore to their wedding, and carefully applied a fake moustache to her upper lip.

In the darkness of the garage, she sat at the steering wheel, and hugged the doll. She waited until midnight, then started the motor. The doors banged wide open under the thrust of the car. The enormous De Soto rocked its way out of the garage, and some of the garlands were stripped off by the garage doors. In spite of the years, Gertrudis had not forgotten her father's driving lessons. She was convinced that she would also remember the streets of the town, but new houses had risen everywhere and brick buildings occupied the fields she had played in. Disoriented, she had to turn around several times to avoid the crowd of Pierrots and Harlequins, demons and skeletons, transvestites and half naked women. The obsolete automobile covered with garlands was not noticed until a child, dressed as a Cherub, pointed an accusing finger and shouted: 'There goes the doll!' In no time the car was surrounded by a monstrous pack. Their hands tried to touch the doll who smiled at the crowds with distant indifference. Gertrudis stepped on the gas pedal and two harlequins' faces crashed painfully on the windshield, but the powerful De Soto spit them onto the pavement. Followed by a grotesque parade of bearded women, breasted men, and faceless masks, Gertrudis drove the car up the lighthouse hill.

No one knows for sure whether it was Gertrudis' lack of experience behind the wheel, the new design of the road, the decrepit car, or simply bad luck that caused the car to nosedive off the first curve and drop six hundred feet onto the rocks. Nothing could be done until the following day. The tide had dragged the contents of the car out to sea and neither Gertrudis nor the doll were to be found. Some weeks later, a frightened tourist reported that a corpse had been washed up on the beach. When the forensic examiner arrived, he discovered the doll, with her soggy wedding dress tattered and torn, her hands and face gouged by the rocks. In the confusion of the moment, the doll was transported to the morgue at the cemetery and dumped in a



rocas. En la confusión del momento, como se hacía con los cuerpos de los ahogados, la muñeca había sido conducida al depósito del cementerio donde amarilleó durante varios meses en un rincón. Como el cuerpo de Doña Gertrudis no aparecía, sus impacientes herederos decidieron finalmente hacerle un funeral solemne de corpore insepulto. El enterrador había llegado a detestar la mirada de cristal de la carcomida muñeca arrinconada en el depósito, así que en el último momento metió el cuerpo en la caja vacía de Gertrudis. Los que bajaron la caja notaron que pesaba mucho pero no dijeron nada.

Enrique Fernández, España, Canadá, US © 1998

corner where she turned more yellow with each passing month. Doña Gertrudis' body was never found and the impatient heirs finally decided to give her a solemn funeral, corpore insepulto. The undertaker had come to hate the glassy gaze of the ravaged doll and, at the last moment, he threw her into Gertrudis' empty coffin. The pallbearers noticed that the coffin was heavy, but they didn't say anything.

Translation by Lynne Fernandez © 2016

## Domingo de ramos o de pasión

Al alcanzar su grupo procesional el atrio de la iglesia, el niño corrió hacia su madre, al igual que todos los otros niños. Vestidos de blanco rompieron filas y revolotearon entre la multitud, agitando las palmas trenzadas que durante casi dos horas habían llevado en desfile por las calles de Gijón aquel 10 de abril de 1938 de tímido sol. Era más que la usual procesión de Domingo de Ramos lo que se celebraba. Era también un desfile por la liberación de una ciudad hasta unos meses atrás en manos de los rojos, que no habían permitido actos religiosos. La madre se agachó y le dio un beso al niño en la frente, le cogió de la mano y lo guio entre la multitud hasta un lugar que les permitiera ver el resto de la procesión llegar al atrio. En ese momento entraba la recién creada bandera falangista. Formados de a cuatro en fondo, con sus flamantes camisas y sus pantalones bombachos, no ocultaban las ganas de terminar las dos horas de desfilar delante de la estatua de Jesús en el burro, que todavía se bamboleaba un poco más atrás. El niño miraba con envidia los corrajes de charol y las insignias multicolores que reverberaban sobre el fondo azul oscuro de las camisas. Entonces, sin volverse a mirar a su madre, señalando con el dedo hacia una de las últimas filas de falangistas que estaban entrando, dijo: "Mira, ése es uno de los señores que vinieron a buscar a Don Esteban." Un escalofrío, no percibido por el niño, recorrió la columna vertebral de la mujer al oír unas palabras que le hicieron recordar lo ocurrido hacía apenas un año.

## Palm, or Passion, Sunday

When his processional group reached the square in front of the church, the boy ran to his mother, like all the other children. Dressed in white, they broke ranks and flitted through the crowd, waving the braided palms that they'd carried in procession through the streets of Gijón for almost two hours on that April 10, 1938, a day of timid sun. It wasn't just an ordinary Palm Sunday procession. It was also a parade celebrating the liberation of the city, which just a few months ago had been in the hands of the Reds, who had outlawed religious observances. The boy's mother crouched down and kissed his face, took him by the hand, and guided him through the crowd to a place where they could see the rest of the procession arriving in the square. Just then the recently formed Falangista Guard was entering. Marching four abreast, with their splendid shirts and bombacho pants, they made no secret of their eagerness to be done with two hours of marching in front of the statue of Jesus on the donkey, which still bobbed along a little further back. The boy looked with envy at the patent-leather suspenders and multicolored insignias that shone against the deep dark blue of the shirts. Then, without looking back at his mother, he pointed a finger at one of the last lines of Falangistas to enter and said: "Look, that's one of the men who came to look for Don Esteban." A shiver, which the child did not see, ran down the woman's spine at hearing words that brought to mind the things that had happened barely a year ago.

Ella estaba en la capilla improvisada en el sótano de su casa, poniendo flores a la estatua de San Cristóbal con el niño Jesús a cuestas, la única que se había podido salvar cuando quemaron la iglesia. Era un San Cristóbal muy grandote y algo renegrido por el humo. En su brazo izquierdo portaba un niño Jesús a la altura del hombro. Con el derecho, sujetaba una vara de caminante rematada en una palma martirial cubierta de pan de oro algo descascarillado. No es que le gustara mucho la estatua, pero al menos era tener algo. Mientras ella daba el último retoque a las flores, Don Esteban, vestido de paisano, encendía unas velas para la misa que iba a celebrar en la mesa de comedor de estilo castellano que servía de altar. Entonces, en la puerta de la calle, dos golpes; luego, un silencio; y luego, otros tres. Ella abrió confiada al reconocer la clave acordada entre las pocas feligresas sabedoras de la existencia de la capilla clandestina, pero se encontró con dos hombres, uno muy alto con un fusil al hombro, que la apartaron a un lado y se dirigieron hacia Don Esteban. Él, que estaba de espaldas encendiendo las velas, no se había percatado de su entrada. El más bajo le tocó en el hombro y dijo, como si recitara algo que había venido ensayando: "Esteban García Eizaga, acompáñenos a un interrogatorio." Don Esteban, como quien se lo esperaba, casi esbozando una sonrisa, respondió "como ustedes manden" y los siguió hacia la puerta. A la mujer, que quería impedir que se lo llevaran, la sujetó por la muñeca el más alto, el del fusil, que le dijo, sin mirarla a la cara, que no se preocupara, que esa misma noche se lo devolverían después de que prestara declaración. Don Esteban asintió con la cabeza mirando hacia ella y se dejó llevar. Antes de cruzar la puerta, se volvió brevemente y sonrió hacia el altar. Debajo de la mesa, el niño había hecho un altarcito con una caja de cartón y, aparentemente ajeno a lo que ocurría, procedía a cubrirlo con un pañuelo. Ésa fue la última vez que ella vio a Don Esteban.

La mujer miró al grupo al que apuntaba el niño y vio a muchos hombres vestidos de uniforme, todos parecidos. Una rabia feroz se apoderó de ella y, si el niño la hubiera mirado a la cara, se habría dado cuenta de que su rubio cutis había enrojecido y una vena en la sien izquierda le palpitaba casi al ritmo de los tambores procesionales que resonaban en la distancia. Sólo sintió el tirón que su madre le dio de la mano y oyó un seco "ven". La madre y el niño rodearon la iglesia y llegaron hasta unos postes clavados en el suelo de hierba, entre los cuales unos bancos improvisados y una barra hecha de cajas de botellas amontonadas servían para que los que acababan de desfilar descansaran bebiendo unos vasos de sidra. Algunos hombres se fijaron en la atractiva mujer que venía con un

She had been in the makeshift chapel in the basement of her house, putting flowers in front of the statue of St. Christopher holding the child Jesus. It was the only statue they had been able to save when the church burned, a gigantic St. Christopher, a little darkened with smoke. In his left arm he carried a Christ Child at shoulder height. With the right, he held a walking stick topped with a martyr's palm covered in peeling gold leaf. It wasn't that she especially liked the statue, but at least she had something. While she put the finishing touches on the flower arrangement, Don Esteban, dressed in layman's clothes, lit some candles for the mass he was going to celebrate on the dark oak dining room table that would serve as an altar. Then, at the street door, there were two knocks; a silence; then, another three. She opened it, confident that she recognized the secret passcode shared among the few parishioners who knew of the existence of the clandestine chapel, but instead she found two strange men, one of them very tall and carrying a rifle at his shoulder. They pushed her aside and addressed themselves to Don Esteban, whose back was turned as he lit the candles, so that he had not noticed their entrance. The shorter man touched him on the shoulder and said, as if he were reciting something that he had practiced on the way over: "Esteban García Eizaga, you will come with us to be questioned." Don Esteban, as if he had been expecting it, answered with a hint of a smile: "As you wish," and followed them to the door. The woman tried to stop them from taking him, but the taller man, the one with the rifle, grabbed her by the wrist and told her, without looking her in the eye, not to worry, that they would bring him back that same night after he made his statement. Don Esteban looked at her and nodded assent as he let himself be led away. Before crossing the threshold, he turned for a moment and smiled toward the altar. Under the table, the little boy had made a toy altar from a cardboard box. Apparently unaware of what was now happening, he proceeded to cover it with a handkerchief. That was the last time she saw Don Esteban.

The woman looked at the group the boy was pointing at and saw a lot of men dressed in uniform, all looking alike. A ferocious anger took hold of her and, if the boy had looked at her face, he would have seen that her fair skin had turned red and a vein in her left temple throbbed almost in time with the rhythm of the processional drums that resonated in the distance. He only felt her tug on his hand and heard a dry "Come along." The mother and child went around the church and came to some posts stuck in the turf, between which there were some improvised benches and a bar consisting of stacked boxes of bottles, where those who had just finished marching could rest and have a glass of cider.

niño de la mano pero, intimidados por la proximidad de la iglesia y la formalidad de la festividad, se callaron el piropero al que su hombría les obligaba. La mujer le preguntó a uno quién era el jefe y éste, sin quitar los labios del vaso, señaló a un hombre mayor apoyado en la barra que, algo apartado, sorbía una copa de coñac mientras empezaba a separar tabaco para liar un cigarrillo. La mujer rodeó los bancos y se acercó a aquel hombre, al que una cicatriz profunda le recorría la mejilla izquierda. Le contó la historia de Don Esteban y lo que el niño, que nunca miente ni fantasea, acababa de decirle. El hombre le prestaba atención sin dejar de liar el cigarrillo. Ella terminó de hablar justo cuando él ya se lo llevaba a la boca. Antes de responderle, lo encendió con un mechero sacado del bolsillo derecho de la camisa y, mientras exhalaba la primera bocanada, respondió: “Es posible, señora.” Como el cigarrillo no tiraba bien, volvió a sacar el mechero y a encenderlo de nuevo, esta vez una bocanada más profunda: “Varios ha habido que se han apuntado a Falange en los últimos tiempos para curarse en salud, gente que no tiene la conciencia tranquila”. Entonces se agachó y, con el cigarrillo todavía en la comisura de los labios, puso su cara a la altura de la del niño, que se estremeció al ver de tan cerca la cicatriz: “A ver, majete, vete hasta donde está el señor ése para que también pueda conocerlo yo”. La madre dejó ir la mano del niño, como dándole permiso. El niño deambuló entre los grupos y sólo se veía su ramo de palma y su cabecita asomar a veces entre los bancos de hombres uniformados que bebían y hablaban acalorados. Entonces el niño se paró junto a un grupo que estaban de pie, con los vasos en alto mientras uno de ellos lanzaba un largo brindis. Se acercó al más alto, pero éste, con la mirada en el vaso, no se apercibió de la diminuta figura que se había detenido a sus pies. Para llamar su atención, el niño se puso de puntillas y levantó el ramo hasta la altura de la cara del hombre. Éste, sorprendido, miró para abajo y vio al niño. En un acto instintivo de ternura, dobló las rodillas y puso su cara a la altura del niño. Desde esa posición se le abrió una línea de visión directa a la barra, que hasta ahora le habían ocultado los banderines de papel que colgaban entre los postes. Allí vio a su capitán, que lo miraba detrás del humo del cigarrillo. La cicatriz de la cara se le había enrojecido, como un rayo entre nubes. A su lado reconoció a la querida del cura aquel al que otra beata había denunciado por vivir arrejuntados. El hombre dejó el vaso en el suelo, esbozó una sonrisa y tomó con delicadeza el ramo del niño, al que izó sin esfuerzo con sus musculosos brazos, hasta sentarlo sobre las insignias de su pecho. En la carita de susto del niño al verse ascender de repente por los aires reconoció las facciones del cura cuando lo pusieron contra el muro del cementerio a la luz de los faros del camión. El hombre, con el niño a cuestas, se puso a caminar lentamente hacia donde

Some of the men stared at the pretty woman who was coming over hand in hand with a child, but, intimidated by the nearness of the church and the formality of the celebration, they held back the compliments their manhood would otherwise have obliged them to offer. The woman asked one of them who was in charge. Without taking his lips from his glass, he pointed at an older man who leaned on the bar a little apart from the rest, sipping a cup of cognac while he shook out tobacco to roll a cigarette. The woman rounded the benches and went up to the man, whose left cheek was slashed with a deep scar. She told him the story of Don Esteban and what the boy, who never lied or made things up, had just told her. The man listened, still rolling the cigarette. She finished speaking just as he was raising it to his mouth. Before answering, he took a lighter from the right pocket of his shirt and lit it, and exhaling the first drag, he said: “It’s possible, ma’am.” The cigarette hadn’t fully lit. He took out the lighter to try again, and this time took a deeper drag: “Lately there have been a lot of guys who’ve joined Falange to cover their own backs, men whose consciences trouble them.” He squatted down and, with the cigarette still in the corner of his mouth, put his face level with the boy’s, who shivered at seeing the scar so close up: “Okay, buddy, go look for that man so I can see who he is, too.” The woman let go of the child’s hand, as if giving permission. The boy wandered among the groups of people and they could only see his palm branch and his little head from time to time among the benches full of uniformed men who drank and spoke animatedly. Then the boy stopped next to a group who were standing with glasses raised, while one of them made a lengthy toast. He drew near to the tallest man, who was looking up at his glass and did not notice the diminutive figure at his feet. To get his attention, the boy stood on tiptoe and raised his palm branch into the man’s face. Surprised, he looked down and saw the boy. In an act of tender instinct, he knelt down and put his face at the boy’s level. From that position he could see the bar, which up till then had been hidden by the paper banners that were hung between the posts. There he saw his captain, who was looking at him through a cloud of cigarette smoke. The scar on his face had reddened, like a ray between clouds. At the captain’s side he recognized the woman who had been the mistress of that priest, the one that another pious lady had denounced for living in sin. The man set his glass on the ground, and with the hint of a smile he gently took the boy’s palm and raised him up effortlessly with strong arms, holding him next to the insignias on his breast. In the little face of the boy, surprised at being suddenly swept into the air, he recognized the features of the priest when they had made him stand against the cemetery wall in the truck’s headlights. The man, with the boy in his arms, slowly walked toward the place where the

el capitán sujetaba por la muñeca a la mujer que, con ojos de fuego, le gritó desde lejos: “¡Devuélveme a mi Esteban!”.

Enrique Fernández, Canadá, España © 2014

captain was holding on to the wrist of the woman with burning eyes. From far away she shouted: “Give me back my Esteban!”

Translation by Christine Neulieb © 2014

## Solosín

Antes era con cuentos, ahora con reflexiones, desmedidos alientos y estímulos vanos; pero siempre lo hago dormir (con ayuda de esos somníferos que ya lleva años tomando). Recuerdo nítidamente que el primer cuento que inventé para él lo titulé *Solosín*. Trataba de un perrito policía, un hermoso pastor alemán que pierde a su amo en un horrible accidente y se queda solo y sin nadie, de ahí su raro nombre: *Solosín*. También le contaba historias de animales enigmáticos: dragones soberbios, serpientes malignas y unicornios alados. ¿Tendré la culpa entonces de que, de un momento a otro, se le diera por escribir?

—¿Por qué todas tus historias son tan tristes, mamá? —fue la primera pregunta que me hizo y quizá la que nunca le supe responder. —No lo sé —y me prometía a mí misma imaginar historias con finales felices para las noches siguientes. Era una tarea ilusoria, porque siempre me dejaba ganar por la truculencia y los reveses.

Él está por cumplir treinta años. Pero sigue aquí, pidiéndome que no apague la luz, comportándose como un pálido tremendista o un anciano derrotado por el vicio: yo le ruego que haga su tesis, que se titule, que la gente lo pueda llamar ingeniero; y que se olvide para siempre de sus frustraciones y de esa obsesión por ser escritor que lo está matando. ¡Nos está matando!

En realidad, lo que lo está matando es el alcohol: cada día que pasa, mi hijo se parece más a su padre. Mi hermano, que es el psiquiatra de la familia, me dijo que va camino a *superarlo*.

No voy a permitir que lo *supere*. Puedo permitir todo,

## Solosin

There was a time when I used to tell him stories. Now I use meditations, breathing techniques, and silly incentives; but still, I always make him sleep (with the help of those sleeping pills that he's been taking for years). I remember clearly that the first story I invented for him, I called «Solosin». It was about a police dog, a beautiful German Shepherd who lost his master in a terrible accident and was left alone, without anyone —*solo y sin nadie*— so his name, «Solosin», was like a sad prophecy. I also used to tell him stories about enigmatic animals: wise dragons, evil serpents, and winged unicorns. Is it my fault, then, that he's taken it into his head to become a writer?

—Why are all your stories so sad, Mom? —was the first question he asked me, and I guess it was the one that I never knew how to answer.

—I don't know —I said. And I promised myself that I'd imagine stories with happy endings on the nights that followed. But it was a doomed project, because I always let myself be conquered by brutality and the violence of misfortune.

Now, he's about to turn thirty. But he still lives here, asking me not to turn out the light, behaving like an enormous child or an old man worn out by vice. I beg him to finish his thesis, to graduate, so that people can call him an engineer; I beg him to forget, once and for all, about his frustrated ambitions and this obsession with being a writer that's killing him. It's killing us!

Actually, what's killing him is the alcohol: every day, my son resembles his Dad more and more. In fact my brother, who's the psychiatrist in the family, tells me he's well on his way to surpassing his Dad.

I can't let him be worse than his Dad. I could allow

menos eso.

He aprovechado que está resfriado: molí veinte pastillas de alprazolam y las mezclé con su jarabe:

—Esto está demasiado amargo —me dijo hace un instante y se recostó dándome la espalda. Tengo el palpito de que intuye algo porque él siempre me mira y me conversa; toma mis arrugadas manos y me habla de sus viejas y consabidas desazones y yo le digo que la vida es dura, que vaya al grupo (así llamamos eufemísticamente a los Alcohólicos Anónimos) y que supere esa maldita enfermedad. Nunca me escucha... Se parece tanto a su padre.

—¿Por qué me das la espalda, hijo?

—Porque ya no puedo más.

—Todavía tienes a tu madre para cuidarte, no lo olvides.

—Quisiera que me duerman, una cura de sueño, no sé, salir de esta cárcel.

—Ya me he encargado de eso —le dije sin pensar.

—¿A qué te refieres, mamá?

—A nada, no me hagas caso —me excusé—. ¿Todavía recuerdas aquella historia del perrito Solosín?

—Claro que la recuerdo, a veces pienso que yo soy ese perro.

—¿Qué tonterías dices!

—Creo que tienes razón: he estado pensando que lo mejor que puedo hacer para salvarme es retomar la tesis. No me interesa ser ingeniero, tú lo sabes mejor que nadie, pero quiero conseguir un trabajo. Quiero salir de la casa y olvidarme de todo, ¡de absolutamente todo!, empezando por mi papá.

—¡La tesis!

—Sí, la tesis, mamá. La maldita tesis, ¿no es eso lo que quieres? Sé que no vas a morir tranquila si no me titulo. Pierdo el tiempo tratando de escribir una novela que nunca me sale..., leyendo libros que se me caen de las manos, hay que ponerle un alto a todo. Quiero cambiar.

—Hasta podrías volver a buscar a Fiorella —añadí como completando el ensueño—. Yo creo que si te ve trabajando volvería a tu lado, tú sabes todo lo que te quiere esa niña, porque todavía te quiere. Ella ha sido un regalo del cielo.

—Fiorella —suspiró, amodorrado—. No sabes cuánto extraño a Fiorella.

—¿Quieres que la llame?

—No, mamá, son las once de la noche. Déjala dormir, no le ruegues que vuelva, estoy harto de que hagas eso. Entiende: ella nunca volverá. Al final, yo no soy para ella ni ella es para mí. Soy un solitario, no tengo a nadie, sólo a ti... que no eres nadie.

anything, except that.

I've taken advantage of the fact that he has a cold: I crushed twenty Xanax pills and mixed them with his cough syrup.

—This is too bitter —he told me just a moment ago, and then he reclined, turning his back to me. I have a hunch that he suspects something, because normally he looks at me and talks to me; he takes my wrinkled hands and tells me about his old, familiar anxieties, and I tell him that life is hard, that he should go to «the group» (as we euphemistically call Alcoholics Anonymous) and get over this accursed sickness. He never listens to me... he's so much like his Dad.

—Why are you turning away from me?

—Because I can't take anymore.

—You still have your mother to take care of you, don't forget.

—I'd like someone to put me to sleep, a sleep therapy, I don't know... to get out of this prison.

—I've already taken care of that —I tell him, without thinking.

—What are you talking about, Mom?

—Nothing, don't pay any attention to me —I excuse myself—. Do you still remember that story about the dog «Solosin»?

—Of course I remember it; sometimes I think I am that dog.

—What idiotic things you say!

—No, I think you're right: I've been thinking that the best way to save myself would be to go back to my thesis. I'm not interested in being an engineer, you know that better than anyone, but I want to get a job. I want to get out of the house and forget everything, everything, Mom!, starting with my Dad.

—The thesis!

—Yes, the thesis, Mom. That horrid thesis, isn't that what you want? I know that you aren't going to be able to die happy if I don't graduate. I've lost so much time trying to write a novel that never came together... reading books that fall from my hands... I have to put a stop to it. I want to change.

—You could even go and find Fiorella —I add, to complete our little fantasy—. I think that if she saw you working she'd come back to you; you know how much that girl loves you, because she still loves you! She's been a gift from heaven.

—Fiorella —he sighs, becoming drowsy—. You don't know how much I miss Fiorella.

—You want me to call her?

—No, Mom, it's eleven at night. Let her sleep, don't ask her to come back; I'm tired of you doing that. You have to understand: she's never going to come back. In the end, I'm



Se calló.

—¡Qué fuerte ese jarabe! —exclamó—. Me ha tumbado, creo que no tomaré la pastilla de alprazolam...

—Sí, con el jarabe es suficiente.

Acomodó ligeramente la almohada, se persignó y empezó a dormir.

Un sudor frío me subió por la espalda. Todavía estaba a tiempo de llamar al hospital o, en todo caso, tomar un taxi y llevarlo a emergencias. No todo estaba perdido, lo importante era actuar rápido y sin titubeos.

De la otra recámara llegaban los ronquidos de mi marido que dormía plácidamente su última borrachera. Deseé haberle dado ese preparado a mi esposo. Pensé miles de cosas en silencio, sumida en un limbo perverso, hasta que el ladrido de un perro callejero me volvió a la realidad.

Algo, ¡había que hacer algo cuanto antes! Atiné a besarlo en la mejilla y apagué la luz del velador. A oscuras sentí que la muerte se iba presentado de a pocos, a cuentagotas. Cerré los ojos, me prometí corregir el final, y empecé: —Había una vez un hermoso perrito llamado Solosín...

Orlando Mazeyra Guillén, Perú © 2009

not right for her, nor she for me. I'm a loner, I don't have anyone, only you... and you're no one.

He falls silent.

—What a strong cough syrup! —he exclaims suddenly—. It's knocked me out, I don't think I'll even take my Xanax...

—Yes, the cough medicine's enough.

He plumps the pillow loosely, crosses himself, and goes to sleep.

A cold sweat trickles down my spine. There's still time to call the hospital, or at least to call a taxi and bring him to the emergency room. All is not yet lost; the important thing is to act quickly and without hesitation.

From the other bedroom come the snores of my husband, who is peacefully sleeping off his most recent bender. Struck by the absurdity that envelops me, I wish that I had given the medicine to my husband. I think a thousand things in silence, suspended in a perverse limbo, until the bark of a dog in the street brings me back to reality.

Something, I have to do something as soon as possible! I bend to kiss him on the cheek and turn out the light on the bedside table. In the dark, I feel that death is approaching bit by bit, as if from a medicine dropper. I close my eyes so I won't see memories emerging from their hiding places. I promise myself that I'll fix the ending, and I begin: —Once upon a time there was a beautiful dog named «Solosin»...

Translation by Christine Neulieb © 2014

## La boca torcida

Desde que tengo uso de razón, la gente se ha pasado el día mirándome la boca. Como puedes ver, no es que mis labios sean especialmente carnosos, ni que mi boca sea muy grande ni muy pequeña. Es sólo que mi mandíbula se escora un poco hacia la izquierda cuando hablo. Bueno, de joven se me notaba más que ahora. Porque ya no se nota mucho, ¿no? Este pequeño capricho de la naturaleza ha sido un entretenimiento interminable para los demás individuos de la especie. Hasta ese nivel llegan y no pasan de ahí...

## Twisted Mouth

As far back as I can remember, people have spent their days staring at my mouth. As you can see, it's not that my lips are specially fleshy, nor my mouth too big or too little. It's just that my jaw tilts a little to the left when I speak. Well, when I was young it was more noticeable. Because now one can barely notice it, right? This little whim of Nature has been an endless entertainment for every individual of my species. To that level they reach, and no further... It's clear: it's their loss. But even if I think so, one thing is to

Está claro, ellos se lo pierden. Pero aunque yo piense eso, una cosa es pensar y otra sentir. Por eso lloro un poco, pero en seguida se me pasará. Es que... hay días que preferiría tener el cerebro del tamaño de una nuez, como ellos, en vez de la boca torcida. Sería un descanso. Al menos un día al año...

¿Ves? Ya sonrió un poco. No te asustes. Si en el fondo soy una persona muy fuerte. Tengo una mente muy fuerte. No todo el mundo puede aguantar lo que yo he aguantado... Cuando tus cinco maestros de primaria se pasan veinte minutos al día mirándote la boca, acaba por no importarte nada. Lo único que lamento es pertenecer a esta especie, esta especie tan tonta, tan incapaz, tan animal. Saber que nunca llegarán a nada, que no podrán superar sus neurosis. Nunca podrán... Ningún humano. ¡Qué triste!

Porque una tiene sus estudios, y sabe lo que es la neurosis. Y la cirrosis. Porque no vayas a pensar que yo bebo todos los días del año. Cuando salgo sí que bebo un poco, pero sólo un vino, como hoy. Bueno, quien dice un vino dice dos, claro está. Pero de ahí no paso. Alberto te lo podrá decir. Alberto es el camarero. Aquel bonachón del fondo. Creo que está aquí desde siempre, desde los tiempos de Kubala. Yo aquí nunca he dado un espectáculo. Vamos, ni aquí ni en parte alguna, que te lo diga él. Yo soy una señora de la cabeza a los pies. Que una, a su edad, pues ya tiene todos los muebles comprados. Los muebles de la cabeza, quiero decir. Ya sabes lo que dicen a propósito de eso. De los muebles para la casa no me importaría poder comprarme dos o tres nuevos... porque no te creas, que lo de la boca torcida te hace la puñeta hasta para encontrar trabajos. Y luego no gana lo mismo una mujer con una boca como con otra, como no gana lo mismo una gorda que una flaca. Que flaca ya puedes ver que lo estoy, eso sí, y es que esa era la constitución de mi padre, que eso no es mérito mío, porque como de todo hasta hartarme y no me engorda. Por cierto, qué raro poner las palabras "constitución" y "padre" en la misma frase, porque mi padre no era muy constitucionalista, que digamos... Pero supongo que en España eso es lo común. Aquí no hay mucho De Gaulle, ni mucho F.D.R. Aunque luego, al final, en todas partes cuecen habas y el más tonto hace relojes de madera, que allí ya sabes las que están liando últimamente. Que una está informada y no comulga con ruedas de molino. Vamos, comulgar yo, pues ni con la auténtica Hostia certificada. Te lo digo así porque con esa carita de inteligente que tienes estoy segura de que tú de ir a misa no eres tampoco, que no es que a una le guste ofender a nadie, pero es que yo de curas y de sus historias hace décadas que no quiero saber. Por eso no te preocupes: soy mujer de mundo.

think it and another to feel it. That's why I am crying a little, but it will be over in a moment. The thing is... some days one would rather have a nut-sized brain, liked them, instead of a twisted mouth. It would be a break. At least once a year...

You see? I'm already smiling a little. Don't be scared. Deep down there I'm a very strong person. I got a strong mind. Not everyone can go through what I have gone through... When your five grade-school teachers spend twenty minutes a day staring at your mouth, you end up not caring about anything. The only thing that I'm sad about is belonging to this species... so silly, so incapable, so brutal. To know that they will never get anywhere, that they will never overcome their neurosis. They will never be able... No human, ever. How sad!

Because I have studied and I know what neurosis means. And cirrhosis as well. Don't think that I drink every day of the year. When I go out I do drink a little, but just one cup of wine, like today. Well, where you say one you can say two, of course. But no more than that. Alberto can tell you. Alberto is the waiter. That amiable fellow at the end of the bar. I think he's always been here, since the times of Kubala. I've never made a scene here. Well, here or anywhere else, you can ask him. I am a lady from head to toe. Because at my age one has already all the pieces in their place up there. All the brain parts, I mean. You know what they say about that. For my home, I wouldn't mind being able to buy two or three new pieces of furniture, because... don't think it's easy, this twisted mouth thing is a pain even when trying to land a job. And also a woman doesn't make the same money with one mouth as with another, the same as a fat woman doesn't earn as much as a thin one. You can see that I am indeed a thin lady, but that was my father's constitution, it's not my merit, because I eat as much as I want of anything, and I don't get fat. By the way, how strange to put together the words `father' and `constitution' in the same sentence, because my father wasn't a constitutionalist, precisely... but I guess that's the most common situation in Spain. We haven't got many De Gaulle's or FDR's here. Although, if you pay attention, it happens in the best of families, and you can't trust even the dumbest boy in town, because I am sure you know the stuff they just pulled out over there. I'm informed and there are things that are too much for me to swallow. Well, I wouldn't swallow even the true and certified Host. I say it like that because with that smart face you got I am sure you are not the church-going type either, it's not that I like to offend anyone, but it was decades ago that I stopped caring about priests and their stories. About that you shouldn't

Pero a lo que iba, que al final, igual en España como fuera de España, el ser humano es un animal especialmente ceporro, como hubiera dicho La Fontaine. Un ce-po-rro: una mezcla entre el cerdo y el zorro. Por eso no ha tenido servidora la vida tan feliz que hubiera podido tener. Y no costaría tanto, digo yo, ponerse en el lugar de los demás. Todos podríamos ser más felices. Bueno, todos podríamos ser felices, punto, porque sólo lo somos cuando nos lo preguntan para las encuestas.

Hay días que una piensa y piensa y piensa y no acaba... Por eso, cuando me has parado así, sin más, en medio de la calle, con tu carpeta de estudios y tu sonrisa, así, tan... joven. ¡Uf! Me ha dado un vuelco el corazón. Por eso he tenido que pedirte que entremos un momento a este bar y nos sentemos aquí tranquilos. Porque el amor no llama a mi puerta a menudo, qué va. Hubo un tiempo, que por cierto fue también un tiempo duro, ¿eh?, en que tener un hombre en mi cama no era tan difícil como ahora. Una se ha cotizado. Pero una cosa es eso y otra el amor, que para eso le piden a una hasta la póliza redonda.

Cuando trabajaba en la cafetería, esa que aún existe en el centro, *La Ideal*, el cocinero quería que yo pensara que teníamos un futuro juntos, pero ese era un futuro hasta el amanecer, no más allá. Al final se casó con la hija del jefe. Y no por el dinero, porque yo creo que a él el dinero no le importaba tanto. Sé que fue por la boca, la boquita de piñón que siempre llevaba ella bien repintada, la Claudia... con su boquita pequeña de ciruela que... Pero no quiero que pienses que soy una vieja amargada, ni que me llevan los celos por mal camino. No. Yo soy una mujer muy centrada. Tengo la cabeza en su sitio. De eso puedes estar bien seguro. Es que me acuerdo de lo facha qué era la Claudia, con su bolsito marrón a un lado, su forma de marcar los pasos a lo Greta Garbo, su manía de pasarse el día en misa. ¿Cómo puede una mujer pasarse el día en misa?

Lo que ha visto una... Si tú supieras lo que ha visto una... Que el Cubelles una vez, porque le eché en cara que no nos diera a tiempo la extra de navidad, me dijo que siempre estaba diciendo cosas atravesadas y me llamó "Mari Trini"(1)... y yo me llamo Fe, aunque no tengo fe en nada. "María de la Trinidad" no se ha conocido ninguna con mi apellido. Cuando te digo que esta especie no tiene remedio...

Joaquín se llamaba, el cocinero digo, el de *La Ideal*. Qué manos más largas tenía. No quiero decir físicamente. Yo nunca me fijaría en eso. Quiero decir que le gustaba tocar. Y tocar. Y tocar. Y una no es tonta. A mí el sexo me parece

worry: I'm a woman of the world.

But as I was saying, in the end, same in Spain as out of Spain, the human being is a specially stupid animal —as La Fontaine would have said, a twit, a mix of fox and pig. That's why Truly Yours hasn't been as happy as she could have. And it wouldn't be that hard, I think, to put yourself in someone else's place. We all could be happier. Well, we all could be happy, period, because we are only happy when they are asking about it for a poll.

Some days I start to think things around, and around, and around, and I can't stop... That's why, when you stopped me like that, by surprise, in the middle of the street, with your school folder and your smile, like that, so... young... Uf! My heart skipped a beat. That's why I had to ask you to enter this bar for a while so that we can sit here calmly. Because love doesn't knock on my door often, mind you. There was a time, which by the way was a hard time too, huh?, in which having a man in my bed wasn't so difficult as now. I used to be money! But that's one thing, an love is another. For love they ask you for the Holy Grail.

When I was working at the coffee-shop, the one that's still open downtown, *La ideal*, the cook wanted me to think we had a future together, but that was a future that would last until dawn, not further. In the end he married the boss's daughter. And not for the money, I don't think he cared that much about money. I know it was because of her mouth, that little doll mouth Claudia always painted in lipstick, over and over... Claudia, with her little plum-colored mouth... But I don't want you to think that I'm a bitter old woman, or that jealousy leads me astray. No. I am fully centered. I have my head on its place. You can be sure of that. It's just that I remember what little Fascist element Claudia was, with her little brown bag in one side, setting her pace à la Greta Garbo, her mania of spending the whole day in church... How could a woman spend the whole day in church?

What I have seen!... If you just knew what I have seen... Even Mr. Cubelles once, because I confronted him for not having given us in time our extra Christmas pay, told me that I was always saying twisted things, and called me `Mari Trini'(1)... and my name is Faith, even though I don't believe in anything. There hasn't been any `María de la Trinidad' with my last name. When I tell you that this species has no remedy...

Joaquín was his name, the cook's, I mean, the one at *La Ideal*. What long fingers he got! I don't mean physically. I wouldn't care about that. I mean that he liked touching, and touching, and touching. And I'm not stupid. I find sex the

algo totalmente natural, pero si a una mujer se la toca y se la toca y se la toca... pues una como que intuye algo. Y muy cierta fue mi intuición. Que ya estando prometido a la Claudia, un día me quiso tocar otra vez por detrás, como solía hacer antes, que no le importaba si le veía el pinche o el camarero, y eso que en aquellos tiempos esas cosas se miraban, ¿eh? Que eso se miraba... Y además que la Claudia era la hija de Cubelles, ¡caramba! Pues vino el Joaquín otra vez por detrás a agarrarme la croqueta. Que yo soy muy leída y muy escribida, y digo “croqueta”. Que creo que soy la única en España que no dice “cocrete”. Que yo me largo dos novelas de Faulkner a la semana, así como quien no mata moscas. Pero como digo, cuando el tío se me venía por detrás a cogerme toda la croqueta con su manaza, que estaba yo lavando los cacharrillos de la cafetería y no había ni agua caliente allí, mal rayo parta a don Nicolás de Cubelles, el facha de él, que ni calentador tenía... pero me distraigo otra vez... que venía el Joaquín a cogerme la croqueta y yo le di en toda la mano bien de lleno. Pero no, no como quien avienta a los niños que quieren comer antes de su hora. No, no, así de flojo no. Yo le pinché con el tenedor grande que tenía en mi mano, que casi le sale sangre, jajaja. Del aullido que pegó salió corriendo, y hasta el Cubelles vino a preguntar. Aunque, incluso después de eso, dejó que la mamarracha de su hija se casara con el manos largas. Ya ves las cosas que pasan en la vida.

Y aquí estoy yo, solterita y coleando, y allí estará la Claudia en su chalet con su cocinero. Hasta en eso tuvo suerte ella: ahora él le hará la compra y le preparará un bistec, y ella podrá ver la tele todo el día, sin moverse del sofá, que ella es muy de hacer todo el día lo mismo, como casi todo el mundo, porque no tienen imaginación.

Pero mira, gracias a eso yo aún estoy disponible y puedo dedicarte los cinco minutos que me has pedido.

---

*(1) Mari Trini fue una popular cantante española (1947-2009), conocida tanto por su boca torcida como por sus ideas feministas.*

Alejo López Bastida, España © 2014

most natural thing, but if a man touches, and touches, and touches a woman... well, that woman starts to have an intuition. And my intuition was indeed correct. Being already engaged to Claudia, one day he tried to touch me again from behind, like he used to do before, not caring if the kitchen help or the waiter would see him, even though back then people would pay attention to those things, huh?, they would pay good attention to it... Plus, Claudia was the boss's daughter, damn it! That being so, Joaquín came from behind to grab my `croquette`. Because I know quite well how-to-read-and-write, mind you, and I say `croquette`. And I think I'm the only one in Spain that never says `cocrete`, like so many do. Because I drink up two Faulkner novels a week, even though I look like I haven't killed a fly in my life. But like I was saying, when the guy came up to me from behind to grab my whole `croquette` with his sticky hand, while I was doing the dishes at the coffee-shop and there wasn't even a water heater there, may God damn Mr. Nicolás de Cubelles, that Fascist, that not even a water heater he'd pay for... but I get distracted again... well, Joaquín was coming to get my `croquette` and I hit him in the very middle of the hand. But not like one who scares away the children who want to eat before lunch time. No, not so softly. I poked him with the big fork that I had in my hand, and I almost drew his blood out, hahaha. After the howling he went away running, and even Cubelles came to ask about it. Although, even after that, he let that clown daughter of him marry Mr. Long Fingers... You see the kind of stuff that happens in life.

And here I am, single and kicking, and she is probably there, in her chalet, with her cook. Even in that she was lucky: now I'm sure he shops for her and cooks her beefsteaks, and she is probably watching TV all day, right there on her sofa, because she is very prone to doing always the same thing. Most people are like that, because they got no imagination whatsoever.

But, well, thanks to that I'm still available and I can give you the five minutes you asked me for.

---

*(1) Mari Trini was a popular Spanish singer (1947-2009), known both for her twisted mouth and her Feminist ideas.*

Translation by José Luis Martín © 2014

## Cuatro hombres buenos

Los cuatro vehículos todo terreno, como si se hubieran puesto de acuerdo, llegaron casi sincronizadamente al patio de la vieja casona. La noche exhibía una quietud de arrobó y era fría, de invierno. Los hombres que conducían los coches, ataviados con ternos de buena factura, descendieron de sus respectivos vehículos y ayudaron a bajar al invitado que cada uno traía. Los invitados eran pordioseros cuyas miradas mostraban la flor áspera de la resignación. Sus atavíos, envoltorios de carencia sobre carencias, los denunciaban como habitantes de Villa Penuria. Uno era negro. Los cuatro indigentes fueron conducidos al interior de la casona, hasta una sala donde había una mesa engalanada de fiesta. En el centro de la misma destacaba un arbolito de navidad con luces encendidas y bolas de adorno. Los recién llegados fueron invitados a sentarse. Los hombres que los habían traído, serios y circunspectos, se quedaron de pie, observándoles. Los pordioseros se miraban entre sí o inclinaban sus rostros como en conversación con las rodillas. Adiestrados en la amarga escuela de la docilidad, apenas se atrevían a mirar a sus anfitriones. Les habían metido casi a la fuerza en el coche con la vaga promesa de pasar una buena velada, con mucha comida y bebida, para celebrar la Navidad. Pero la forma de comportarse de esos hombres, su silencio arrogante durante el trayecto, había incubado en las desconfiadas mentes de los cuatro convidados cierta intranquilidad. Algo no cuadraba entre la promesa de una cena de Navidad y la distante actitud de quienes los habían invitado.

Hizo su entrada en el pequeño comedor un hombre mayor, renqueante debido a una cojera, sin afeitar y con un rostro dominado por un ceño adusto, no mucho mejor vestido que los mendigos. Uno de los anfitriones, un hombre de barba cuidada y calva impecable, se dirigió a él:  
—Vicente, ¿está la comida preparada?

El anciano dijo que sí, que todo estaba listo. El hombre de la barba cuidada y calva impecable le dijo que diera orden de empezar a servir los platos. El anciano que respondía al nombre de Vicente salió de la habitación.

Los cuatro mendigos en cuyo honor se iba a celebrar el banquete apenas se atrevían a mirarse entre sí, y menos a preguntar nada. Algo en la actitud de los hombres que les habían traído hasta allá, y el lugar, tan apartado, les acobardaba. Mientras esperaban, manoseaban los cubiertos con nerviosismo o desplegaban las servilletas de papel con

## Four Good Men

The four SUVs arrived at the old house's courtyard almost at the same time, as if in agreement. The cold night glowed in ecstatic quietness. The drivers descended from their vehicles in well-tailored suits, and they helped their guests get out. They were beggars and their eyes reflected tired resignation. Their clothes, rags wrapped on tops of rags, revealed that they were dwellers of Poverty Town. One of them was black. The four homeless beggars were taken into the house to a room with a table decorated for a celebration. A little Christmas tree from which lights and glitter balls hung stood on the middle of the table. The newcomers were invited to sit. The men who had brought them stood nearby, watching, grave and circumspect. The beggars stared at each other or bowed, as if they were talking to their knees. Trained in the bitter school of docility, they barely dared look at their hosts. They had lured them into the cars almost by force, with vague promises of a merry Christmas evening of food and drinks. But the men's behavior and arrogant silence during the ride had brought forth uneasiness in the distrusting four guests. The promised Christmas dinner and the guests' distant attitude somehow did not match.

An old, limping man made his entry into the small dining room. His unshaven face was furrowed by a sullen gesture. He was not much better dressed than the beggars. One of the hosts, a man with a neat beard and a flawless bald patch on the top of the head, addressed him:  
—Vicente, is the food ready?

The old man said yes, everything was ready. The man with the neat beard and flawless bald head asked him to have the dishes brought in. The old man, Vicente, left the room.

The four beggars in whose honor the banquet was to be given hardly dared peek at each other and, even less, ask questions. Something in the attitude of the men who had brought them and the remoteness of the place refrained them from asking questions. While waiting, they nervously fumbled the silverware or unfolded the paper napkins with



motivos navideños.

Hizo su aparición una mujer con un puchero. Por las trazas y la edad, bien pudiera ser la mujer del hombre mayor que había salido hacía un momento. La mujer abrió la tapa de la olla y un olor nauseabundo impregnó el pequeño comedor. Los comensales sintieron una punzada de temor. La mujer revolvió el maloliente guiso con un cazo y fue repartiendo las raciones a los invitados. Estos, alertados por el olor, se fijaron en el contenido de sus platos y advirtieron con estupor, asco y miedo, que había trozos marrones de mierda, pedazos de deposiciones humanas que concordaban con el olor del guiso. Alguno tocó los fragmentos de heces con la cuchara, apartándolos como si quisieran ver qué otra sorpresa incluía tan peculiar menú. Se cernió sobre la mesa una atmósfera de *pathos* trágico. Como los comensales no se atrevieran a comer, uno de los anfitriones, un hombre obeso y de pelo escaso, gigantón con voz de trueno, rugió: —¡Qué pasa! ¿No sabéis apreciar el regalo que se os hace? Hoy es Navidad y hombres cristianos y decentes os han invitado a cenar. ¡Basta de remilgos y empezad!

Como las admoniciones del hombre obeso no tuvieron efecto en los comensales, otro de los anfitriones, un hombre de gafas con aspecto de contable, la mirada alta y como de prósbita, se acercó al negro por detrás y le empujó la cabeza hacia el plato, al tiempo que exclamaba:

—¡Come, cabrón! Ésta es la comida que te mereces. Si eres un mierda, come mierda.

Como el negro se resistiese, el hombre de las gafas le arreó bofetadas de metódica ira mientras insistía, con la verba violenta del que gusta de imponer un determinado concepto de lo legítimo, en su demanda:

—¡He dicho que comáis, coño! No tenemos toda la noche. Somos personas ocupadas y tenemos cosas más importantes que hacer.

Los cuatro mendigos permanecieron en silencio, encogidos, temerosos, pero sin intenciones de comer los excrementos servidos. Entonces, el tipo de las gafas con aspecto de contable se sacó una pistola del abrigo, la montó, puso el cañón en la cabeza del negro y amenazó:

—Como no comáis, le pego un tiro al hijoputa del negro. Y luego a vosotros.

Los mendigos permanecieron quietos, los ojos dirigidos hacia las rodillas; uno hizo mención de tomar la cuchara, pero desistió y esperó. No creían que la amenaza fuera en serio, la tomaron como un gesto que sólo buscaba amedrentarlos para hacerles comer y así divertirse a su costa. El sonido del disparo asustó tanto a los comensales como al resto de los presentes en la habitación. La cabeza

Christmas motifs.

An old woman entered the room with a stewpot. Judging by her demeanor and age, she could be the wife of the old man who had come out before. She took off the lid of the pot and a foul smell filled the small dining room. The four guests felt a pang of fear. The woman stirred the foul-smelling stew with a ladle and served the guests. Alerted by the stench, they scrutinized the content of their dishes and, in astonished disgust and fear, noticed brown pieces of shit, of human stool, which were responsible for the foul smell of the stew. Some of the beggars tipped the feces with their spoons, moving them aside as if to see what other surprises such a peculiar dish hid. An atmosphere of tragic pathos descended upon the table. As the guests did not dare to eat, one of the hosts, an obese man with thinning hair, a giant with a voice of thunder, roared:

—What's the matter! Don't you like the gift you are being offered? Today is Christmas and pious Christian men have invited you to dinner. Stop fussing and start to eat!

Since the fat man's admonitions had no effect on the diners, another host, a man wearing glasses who looked like an accountant, whose downward gaze revealed far-sightedness, approached the black man from behind and shove his head toward the plate while shouting:

—Eat, you bastard! This is the food that you deserve. If you're shit, eat shit.

As the black man resisted, the man with glasses slapped him methodically in anger and, with the violent words of someone who likes to impose his views, repeated:

—I said you all eat, damn it! We don't have all night. We are busy people and we have more important things to do.

The four beggars remained silent, cowed, fearful, but unwilling to eat the excrement. Then, the man with glasses who looked like an accountant pulled a gun from his coat, cocked it, and pressing the barrel to the black man's head, threatened:

—If you don't eat, I'll shoot this nigger bastard. And then I'll shoot you all.

The beggars stood still, staring at their knees. One pretended to grab the spoon, but stopped and waited. They did not believe that the threat was real; they took it for an attempt to force them to eat and then to laugh at them. The sound of the shot frightened the guests and the other men in the room. The black beggar's head, shattered by the close-range shot, fell on the plate and splashed stew over the table. The other three beggars realized that the threat was

del negro, destrozada por el impacto de una bala a tan corta distancia, cayó sobre el plato de guiso y salpicó la mesa. Los otros tres mendigos, al ver que la amenza era real, tomaron sus cucharas y se aprestaron a comer. Al principio la ingesta les provocó náuseas, que se apresuraron a paliar con una botella de vino blanco que había sobre la mesa, pero que resultó contener orines y no vino. Ante la amenaza de la pistola, ahora apuntándoles a ellos, los mendigos, pese a las continuas náuseas y arcadas, se tomaron la mayor parte de lo servido. Si bien no se acabaron todo, los anfitriones parecieron darse por satisfechos y pidieron a la mujer que trajera el segundo plato. La señora vino portando una bandeja con lo que parecían croquetas, pero con extraños salientes del rebozo que los precavidos convidados, al examinarlos de cerca, comprobaron que eran de metal. La masa de las croquetas iba rellena de clavos y, como comprobaron al ingerirlas, también de pequeños fragmentos de vidrio. Los tres forzados comensales, temerosos de acabar como su compañero, cogieron cada uno una croqueta y fueron comiéndola con aprensión y esfuerzo. Sabían que su contenido probablemente les desgarraría las entrañas, pero eso era preferible a recibir un tiro en la cabeza. Cuando hubieron comido al menos dos croquetas cada uno, los anfitriones pidieron que les sacaran los postres. Los atemorizados invitados esperaron con inquietud el nuevo suplicio. La señora trajo en una bandeja tres copas altas que dijo ser cócteles de champán. Su aspecto era normal, pero los mendigos no se atrevían a probarlo porque presentían que debía haber gato encerrado. Entonces, el hombre obeso de voz de trueno habló: —Ya no tenéis de qué preocuparos. Como habéis pasado la prueba esta vez se os ha servido un auténtico cóctel de champán aromatizado con licor de almendras. Tomadlo con confianza. La ordalía ha sido superada. Cuando terminéis, podréis iros.

Los tres mendigos, sin abandonar del todo sus reticencias, probaron el cóctel. Éste, efectivamente, sabía a champán con un ligero toque amargo a almendras. Era posible que el hombre del vozarrón no mintiera. Persuadidos de que el postre estaba libre de peligro, y con la esperanza de poder irse al terminarlo, apuraron las copas rápidamente. Al finalizar, notaron que el sabor amargo prevalecía sobre el sabor a champán, pero recordando los sabores y texturas de los alimentos recién ingeridos, la amargura del licor de almendras les pareció una deliciosa anécdota. Acabados los postres, los acobardados comensales miraron a sus anfitriones esperando el permiso para irse. Pero estos les anunciaron que, antes de permitirles marchar, les cantarían un villancico. Uno de los hombres salió de la habitación y regresó con una pandereta, dos zambombas y un aro con cascabeles. Los cuatro anfitriones, haciendo sonar estos

real, grabbed their spoons and started to eat. The first intake made nauseated them, but they rushed to alleviate the sensation with a bottle of white wine that was on the table. But it contained only urine. Faced with the threat of the gun now pointing at them, the beggars, despite their continuous nausea and retching, ate most of their shares. Even though they had not finished everything up, the hosts seemed satisfied and asked the woman to bring out the main course. The old lady came in with a tray with what looked like croquettes, but something strange stuck out of them. Upon close examination, the cautious guests found that it was metal. The mass of the croquettes had been filled with nails and, as they realize when they started to eat it, also with small glass fragments. Each of the three diners, in order not to end like their mate, took a croquette and ate it slowly, with apprehension and effort. They knew that their content would probably tear their guts apart, but that was preferable to a shot in the head. When each had eaten at least two croquettes, the host ordered the servants to bring the dessert. The frightened guests waited anxiously the new ordeal. The old lady brought three glasses on a tray, and she said that they were champagne cocktails. Their appearance was normal, but the beggars did not dare try them because they feared another trick. Then the obese man with a thundering voice spoke:

—You don't have to worry any longer. As you have gone through the test, this time we have served you a true champagne cocktail flavored with almond liqueur. Drink with confidence. The ordeal has come to an end. When you finish, you will be free to leave.

The three beggars tried the cocktail somehow reluctantly. It indeed tasted like champagne with a hint of bitter almond. Could it be possible that the strong-voiced man was not lying? Convinced that the dessert was free from danger and in hope of getting free, they quickly emptied their glasses. By the end, they noticed that a bitter taste prevailed over the champagne, but remembering the flavors and textures of the food, the bitter almond liqueur was considered a delightful aftertaste. After finishing the dessert, the cowed diners looked at their hosts, waiting for permission to leave. But they were told that, before they could go, they should listen to a Christmas carol. One of the men left the room and returned with a tambourine, two bagpipes, and a ring of bells. The four hosts played the instruments and sang for their guests a carol: *"Tonight it's Christmas Eve / And tomorrow it's Christmas..."*

instrumentos, cantaron a sus invitados el villancico que dice: “*Esta noche es Nochebuena y mañana Navidad...*”

Las voces eran cuidadas, el canto sincronizado y los instrumentos no desentonaban del conjunto. No obstante tener fama la música de amansar a las fieras, los mendigos, que acababan de sufrir la experiencia más traumática de su vida, no dieron muestras de amansar su impaciencia. Una impaciencia que se tornó desasosiego cuando los tres comenzaron a notar un ligero malestar en el estómago. El dolor pronto se propagó e invadió el resto del cuerpo. Una sensación de parálisis parecía inundar sus venas. En seguida comenzaron las náuseas, a la que siguieron vómitos dolorosos que les destrozaban las entrañas. Los tres mendigos, agarrándose el vientre, cayeron al suelo en medio de un concierto de congojas. Mientras los tres mendigos agonizaban entre espasmos y convulsiones, los cuatro anfitriones depositaron con mimo los instrumentos sobre la mesa y se cruzaron de brazos a esperar que terminara el espectáculo de la agonía. Cuando los mendigos dejaron de moverse, el hombre de la barba cuidada, que parecía ser el dueño de la propiedad, llamó al viejo sirviente, que acudió presto.

—Vicente, ya sabe lo que tiene que hacer con los cuerpos. Deshágase de ellos como la vez anterior. Luego arregle todo. Que no quede rastro de la cena. Nosotros tenemos que marcharnos.

El hombre de la barba cuidada miró el reloj y se dirigió a sus compañeros:

—Tenemos el tiempo justo. Ha sido una buena idea el traer la ropa para cambiarnos aquí. Si nos damos prisa, llegaremos sin problemas. Vamos.

Los cuatro hombres salieron del comedor mientras el viejo sirviente disponía de forma ordenada los cuerpos sin vida sobre las losas del suelo. Con paso presto, los cuatro hombres fueron hasta sus vehículos, de donde tomaron cada uno un porta—trajes y volvieron con ellos a la casona. Al pasar junto a un exvoto de cera que reverberaba a los pies de una hornacina con virgen junto a la entrada, los cuatro hombres se santiguaron. Se cambiaron en una habitación de la planta baja. Cuando emergieron del cuarto, los cuatro vestían de smoking, camisa blanca inmaculada y pajarita negra. Los zapatos, negros y lustrosos, brillaban en la tenue luz del pasillo. Los cuatro hombres, con las ropas de calle recogidas en bolsas, se dirigieron a sus todo terreno y se despidieron hasta dentro de un rato. Los cuatro potentes vehículos abandonaron, uno detrás de otro, la finca.

Media hora más tarde los cuatro hombres entraban juntos en la iglesia del Buen Pastor. Allí se juntaron con otros

The voices were trained, perfectly tuned and synchronized, in key with the instruments. It is said that music soothes the savage beast, but the beggars, who had just undergone the most traumatic experience of their lives, showed no signs of controlling their impatience. It became uneasiness when they started to feel discomfort in their stomachs. Pain quickly spread to their whole bodies. A feeling of paralysis seemed to flood their veins. Then nausea and painful vomits that seemed to tear their guts apart followed. The three beggars, clutching their stomachs, fell to the ground in the middle of the room, screaming and groaning in pain. As the three beggars were dying among spasms and convulsions, the four hosts carefully placed the instruments on the table and crossed their arms, waiting for the spectacle to end. When the beggars stopped moving, the man with the neat beard, apparently the owner of the property, called the old servant, who came quickly.

—Vicente, you know what to do with the bodies. Dispose of them like last time. Then erase any traces of the dinner. We have to leave.

The bearded man looked at his watch and turned to his companions:

—We must go now. It was a good idea to bring a set of clothes to change here. If we hurry, we will be on time. Come on.

The four men left the room while the old servant orderly arranged the dead bodies on the tiled floor. They went hastily to their vehicle, took out suit bags, and returned to the house. At the entrance, the four men crossed themselves as they went by a statute of Mary the Virgin in a niche surrounded by shiny votive figurines made of wax. They changed in a room downstairs. When they came up, the four were dressed in tuxedos and donned white shirts and black bow ties. The shoes, black and glittery, shined in the dim hallway. The four men, their street clothes in bags, went to their SUVs and took time to say goodbye to each other. The four powerful vehicles left the property, one after the other.

Half an hour later, the four men entered together the Church of the Good Shepherd. There, they joined other

hombres ataviados como ellos, se abrazaron y se desearon paz y felicidad. Al rato apareció un sacerdote que les dijo que debían prepararse. Los hombres, junto con el resto de los integrantes de la coral, subieron las escaleras que conducían a la pequeña balconada que sobrevolaba la parte izquierda del altar, sobre el órgano. Abrieron los cantantes las partituras y aguardaron. Píadosos fieles abarrotaban los bancos y llenaban los pasillos de la iglesia. Esa misa cantada era famosa en la provincia y acudía gente de otras poblaciones. Se dio la señal. El coro comenzó entonando un lied popular que comenzaba:

Es ist ein Schnee gefallen  
Und ist es doch nicht Zeit. (1)

El entrelazado de las voces propició una súbita descarga de fruición estética que hizo llorar a los asistentes a la misa. Los cuatro hombres de nuestra historia, conmovidos por esa música sencilla, también tenían los ojos bañados de lágrimas. Eran, toda la parroquia podía dar constancia de ello, cuatro hombres buenos.

---

(1) Ha caído una nevada / Sin ser tiempo todavía.

Lamberto García del Cid, España © 2013

men dressed like them. They all hugged and wished each other peace and happiness. A priest told them to get ready. The men and the other members of the choir went up the stairs to the small balcony that flew over the left side of the altar and the organ. The members of the choir opened the scores and waited while pious men and women thronged into the church, filling pews and aisles. This High Mass was famous in the province and people came to attend from neighboring towns. The signal was given. The choir started to sing the popular *lied* that begins

Es ist ein Schnee gefallen  
Und ist es doch nicht Zeit. (1)

The intertwining of voices led to a sudden discharge of aesthetic delight that made those attending the mass cry. Tears filled the eyes of our four men, who were moved by the simple music. They were, the whole parish could attest, four good men.

---

(1) A snowfall has fallen / And it is not yet time.

Translation by Lamberto García del Cid and Lilibeth C. Sum M. © 2013

## Un crítico literario

Hoy se celebró (¿o debería escribir “se conmemoró?”) el décimo aniversario de la muerte de mi padre. El inevitable reencuentro en capilla con mis familiares, siempre tan engreídos, como él mismo, hasta cierto punto, lo fue, me trajo una vez más a la memoria su recuerdo y el recuerdo de mi adolescencia.

Mi padre, Pedro Francisco Montalbán de Narváez, era un famoso columnista del periódico más prestigioso de la ciudad. En el auge de su larga carrera, sus intervenciones sobre toda suerte de temas, entre los que se contaban, desde luego, la política y finanzas del país, pero también las artes e incluso la teología, le valieron ser llamado en más de una ocasión “antorcha de nuestra nación cavernaria”, “faro del pensamiento nacional” y otras designaciones de similar

## A Literary Critic

Today we celebrated (or should I say, “commemorated”?) the tenth anniversary of my father’s death. This brought about the inevitable reunion at church with my relatives, who were, as usual, so conceited – just like my father himself was, I suppose. The family reunion always renews his memory in my mind, and the memory of my adolescence.

My father, Pedro Francisco Montalbán de Narváez, was a famous columnist for the most prestigious newspaper in the city. In the heyday of his long career, he offered opinions on all kinds of subjects, among which were politics and national finance, of course, but also Art and even Theology. These won him the title on more than one occasion of “torch of our cavernous nation,” “lighthouse of national

factura.

Naturalmente, yo estaba deslumbrado por esa luz que tantos amigos, familiares y colegas veían en mi padre. Así fue creciendo en mí un deseo intenso e irrenunciable de seguir sus pasos, de modo que, a mis catorce años, comencé a escribir en secreto mis primeros poemas. Poseído por una fantasía incasable, por una determinación indeclinable que no volví a conocer, llené cientos de cuartillas con poemas, cuentos y algunos esbozos de novela y de teatro. Siempre en secreto, hasta que mi padre, pese a todos mis esfuerzos por evitarlo, descubrió mi pasión cinco años después.

Ese día celebró mi elección y me pidió que le enseñara alguno de mis escritos; yo le pedí que me permitiera hacerle algunos arreglos a un poema breve que venía trabajando tiempo atrás. Mi padre comprendió mi timidez, pero me exigió que se lo enseñara a primera hora el siguiente día.

A las ocho de la mañana entré en su estudio y me detuve un poco después del umbral; él escribía a máquina. Continuó escribiendo cinco minutos más, cesó de escribir y me miró por sobre el marco de sus gafas.

—¿Se va a quedar ahí parado, pendejo? —preguntó—. Siga y siéntese, ¡caray!

Ingresé de lleno al estudio con la cabeza baja, sin dejar de sentir su mirada sobre mí.

—A ver qué traje —continuó, y extendió la mano.

Le entregué un papel blanco al que yo le imprimía el temblor de mi mano.

—¡Ahora le dio la tembladera! —observó, sonriendo burlescamente.

Se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz con el dedo índice y comenzó a leer con una voz monótona con la que, no obstante, me producía la impresión de que condenaba cada palabra:

*“¿Qué es poesía, dices, mientras clav...”*

—¡No seamos tan pendejos! —sentenció, golpeando su escritorio con los puños cerrados y, tal vez sin querer, arrugando de paso el papel—. ¿A usted cómo se le ocurre, Pedro Francisco, poner una palabra como “clavar” en un poema... —hizo una pausa para recalcar un gesto de desconcierto— ¿dizque de amor? Tal vez si estuviera hablando de la pasión de Nuestro Señor Jesucrist... ¡Está mal!

Me ordenó que saliera de su estudio.

thought,” and other similar names.

Naturally, I was dazzled by that light which so many friends, relatives, and colleagues saw in my father. There grew in me an intense and irresistible desire to follow in his footsteps, so that when I was fourteen, I began to write my first poems in secret. Possessed by a riotous imagination, by an ineluctable determination that I would never know again, I filled hundreds of notebooks with poems, stories, and the beginnings of some novels and plays. I always worked in secret, until my father discovered my passion, despite all my efforts to hide it from him, five years later.

On that day, he praised my choice and asked me to show him something I had written. I asked him to let me make some corrections to a short poem that I had been working on for ages. My father understood my shyness, but demanded that I show it to him first thing the next morning.

At eight in the morning I went into his study room and lingered for a moment in the shadows; he was typing. He kept writing for five more minutes, then stopped and looked at me over the rim of his spectacles.

“Are you just going to stand there, coward?” he asked. “Come in and sit down, for crying out loud.”

I went all the way into the study room, with my head lowered but still feeling his gaze on me.

“Let’s see what you brought,” he said, and held out his hand.

I gave him a white paper which shook with the trembling of my hand.

“Now you’re shaking!” he observed, smiling derisively.

He positioned his spectacles on the end of his nose with his index finger and began to read. He spoke in a monotone, but still managed to give me the impression that he was condemning every word:

*“What is poetry? you say, as you nail...”*

“Let’s not pull any punches!” he declared, pounding the desk with his fists (and in the process, perhaps inadvertently, crumpling the paper). “How did it occur to you, Pedro Francisco, to put a word like ‘nail’ in a poem?” He paused to emphasize a gesture of dismay. “Apparently you’re talking about love? Maybe if you were talking about the passion of Christ... this has no fix!”

He ordered me to leave his study room.



Entrada la noche de ese día, mi padre asomó la cabeza en mi cuarto y me dijo que me daría una segunda oportunidad. Me preguntó si yo tenía otro tipo de poesía; le respondí que sí, que tenía algunos sonetos; entonces me ordenó que le presentara uno al siguiente día, antes de las nueve de la mañana.

Al otro día, siendo las siete de la mañana, mi padre leía el soneto con su voz que ya me resultaba, quizá por la tensión del momento, inquisitorial; el primer cuarteto parecía gustarle. Inició el segundo:

*“Cuando le quiero más ceñir con lazos  
Y viendo mi sudor...”*

—¡Viendo mi sudor, Pedro Francisco! ¡Viendo mi sudor!...

A menos que me equivoque, me trató en seguida de vulgar, de campesino e incluso de “indio”.

Esa noche, mi padre llegó nuevamente a mi habitación, pero esta vez entró; con tono de decepción, que entonces se me figuró algo fingido, me dijo:

—Lo suyo no es la poesía, Pedro Francisco, pero tal vez la prosa...

Al día siguiente en la mañana, mi padre leía en voz alta, preparando un gesto de indignación, lo que sigue:

*“Apoderándome de un hacha y olvidando en mi furor el espanto pueril que hasta entonces había detenido mi mano, dirigí un golpe al animal...—aquí se permitió murmurar un poco, pero muy pronto retomó su tono de voz habitual, para seguir leyendo:— liberé mi brazo del obstáculo que lo detenía y le hundi a ella el hacha en el cráneo...”*

—¡Dios Santo, qué horror! —gritó, arrojando los papeles lejos de sí.

Se sirvió un vaso de agua, lo bebió, y cuando se disponía a reprenderme...

—Padre —interrumpí—, no perdamos tiempo: también tengo teatro. Por favor, lea lo que le voy a traer, pero esta vez léalo hasta el final; me comprometo a acatar lo que usted disponga.

Aceptó. Fui a mi habitación y regresé con un cuaderno. —Léalo por favor, padre. Yo voy a estar en la sala y regresaré en cuanto usted me lo pida —le dije, y le entregué el cuaderno.

When night fell, my father stuck his head into my room and told me he was going to give me another chance. He asked if I had any other sort of poetry; I told him yes, I had some sonnets; so he ordered me to present one the following day, before 9:00 am.

The next day, at seven in the morning, my father read the sonnet in a tone of voice that seemed (maybe because of the tension of the moment) inquisitorial. He seemed to like the first stanza. Then he began the second:

*“When most I want to bind her in snares,  
And, seeing my sweat...”*

“Seeing my sweat, Pedro Francisco! Seeing my sweat!”

Then, if I remember correctly, he called me “vulgar,” “peasant,” and even “indian.”

That night, my father appeared at my bedroom door again, but this time he came inside. In a flattering tone that struck me as insincere, he said:

“Poetry’s not your thing, Pedro Francisco, but maybe prose...”

The next morning, my father read the following in a loud voice, grimacing with indignation:

*“Uplifting an axe, and forgetting, in my wrath, the childish dread which had hitherto stayed my hand, I aimed a blow at the animal—”* here he murmured a bit, but very soon resumed his habitual tone of voice, to continue reading: *“I withdrew my arm from her grasp and buried the axe in her brain...”*

“Holy God, what horror!” he shouted, throwing the papers away from himself.

He poured himself a glass of water, drank it, and prepared to rebuke me.

“Father,” I interrupted, “let’s not waste time: I also have plays. Please, read what I bring you, but this time read it through to the end. I promise to accept your judgment.”

He agreed. I went to my room and came back holding a notebook. “Read it, please, Father. I’m going to be in the living room, and I’ll come back when you call me,” I told him, and then I left him with the notebook.

A las tres horas, aproximadamente, mi padre me llamó. Estaba pálido y los labios amoratados le temblaban de ira. Casi no podía hablar.

—Esto es infame, Pedro Francis... un hombre que... ¡con su propia madre!... y matar... al papá... y los hijos son... pero... y luego... él mismo... ¡él mismo, Pedro Francisco!... arrancarse... los ojos...

Apoyó la cabeza entre sus manos, y así permaneció largo tiempo; luego me miró intensamente y me dijo con voz serena, paternal:

—Pedro Francisco, hijo, le prohíbo que escriba.

Esto es lo que he recordado de mi padre y de mi adolescencia en el día de hoy. Al recordarlo, sigo sin entender por qué presumía de ser ilustrado, cuando no conocía a Bécquer, a Quevedo y mucho menos a Poe, cuando no conocía, siquiera, la tragedia más famosa de Sófocles. Como quiera que sea, si ellos le merecían esa opinión, no alcanzo a imaginar qué opinión le habrían merecido mis verdaderos escritos, o tal vez lo imagino demasiado bien y por esa razón no soy escritor...

Pero, ¿a qué viene recordarlo ahora, precisamente de esta manera que se presta tan peligrosamente a recriminaciones, en esta fecha importante para el país? Es de sobra evidente que no debo echarle la culpa al viejo, de nada, pues a despecho de sus yerros, él era un hombre bueno. Lo era, sin lugar a dudas. Además, es justo reconocerlo, yo nunca lo hice bien.

Andrew Bernal Trillos, Estados Unidos, Colombia © 2009

About three hours later, my father called me. He was pale; his lips were livid and trembled with anger. He almost couldn't speak.

“This is infamy, Pedro Francis... a man who... with his own mother!... and to kill... the father... and the children are... but... and then... he himself... he himself, Pedro Francisco!... to stab oneself... in the eyes...”

He put his head in his hands, and stayed that way for a long time; then he looked at me with intensity and told me in a calm, fatherly voice: “Pedro Francisco, my son, I forbid you to write any more.”

This is what I have remembered today of my father and of my youth. Recalling it, I still cannot understand how he presumed to be an intellectual, when he was not acquainted with Bécquer or Quevedo, much less with Poe, and when he did not even recognize the most famous tragedy of Sophocles. However that may be, if they drew this kind of criticism from him, I can't imagine what he would have thought of the things I had actually written. Or maybe the problem is that I can imagine it all too well, and that's why I'm not a writer today.

But what good is it to remember all this now, in a manner that lends itself so dangerously to recriminations, on this day so important for the nation? I shouldn't blame the old man; despite his follies, he was a good man. He was, without a doubt. Moreover, it's only fair to recall, I was never any good at it.

Translation by Christine Neulieb © 2009

## El noveno pasajero

## The Ninth Passenger

El doctor Grey observó a la paciente. Su aspecto era árabe. Tendría unos treinta años. La mujer, que dijo llamarse Shelma, explicó que sentía mareos, ciertos sofocos y aceleraciones cardíacas. El doctor Grey le pidió que se sentase en la camilla y se desabrochase la blusa; no hacía falta que se la quitase. La mujer se sonrojó. Al doctor Grey le agradó la tibia ingenuidad de su rubor. El doctor Grey tomó el estetoscopio, se acercó a la mujer y le auscultó el pecho. Introdujo el diafragma del instrumento por el borde de su sujetador, un sujetador negro de lencería fina, y

Dr. Grey observed the patient. She had Arab features; she was about thirty. The woman, who called herself Shelma, explained that she was experiencing dizziness, shortness of breath, and heart palpitations. The doctor asked her to sit on the examining table and unbutton her blouse; she did not have to take it off. The woman blushed. The warm innocence of the flush pleased Dr. Grey. He took the stethoscope, came over, and listened to her chest. He placed the end of the instrument at the edge of her bra, a black bra of fine lace, and listened to the regular heartbeat. He

escuchó los regulares latidos del corazón. Observó la piel de la paciente, una piel blanca y sedosa, y muy blanda, que se movía al suave ritmo de la respiración. Admiró los redondeados senos que se adivinaban bajo la lencería negra. Auscultado el pecho, el doctor Grey caminó hasta situarse detrás de la mujer, donde exploró su espalda propinándole pequeños golpecitos con la punta de los dedos. Después de cada toque, le preguntaba si sentía dolor. Por último volvió a situarse frente a la paciente, le abrió la boca y le miró la garganta ayudándose de un palito desechable.

–Señorita –dictaminó el doctor Grey–, no aprecio nada anómalo. Puede que esos trastornos de los que me ha hablado sean causados por un estado nervioso pasajero. Le voy a recetar unos ansiolíticos. Si continuara sintiéndose mal, acuda de nuevo.

Mientras la mujer se abotonaba la blusa el doctor Grey se sentó en su escritorio y escribió la receta prometida. La mujer, antes de tomar el papel de manos del doctor, pareció querer decir algo, pero se contuvo, tomó el papel que le ofrecía el médico, se despidió con voz apenas audible y salió de la consulta. El doctor Grey, por el interfono, pidió a la asistente que hiciera pasar a otro paciente.

Al día siguiente la mujer de aspecto árabe que dijo llamarse Shelma acudió de nuevo a la consulta del doctor Grey. Casi sin introducción, tomó asiento y balbuceó con voz entrecortada que tenía miedo, que alguien la perseguía y que no sabía a quién confiarse. El doctor Grey, viendo sólo el aspecto clínico de la declaración, le dijo que podía tratarse de un principio de neurosis o de esquizofrenia y le recomendó que visitase a un psiquiatra o a un neurólogo. Ella le dijo que no había tiempo, que trataría de seguir su consejo, pero que antes tenía que pedirle un favor. La mujer extrajo del bolso un frasquito como los antiguos de penicilina y se lo entregó al doctor Grey. El doctor lo tomó, lo examinó alzándolo contra la luz y tornó a posar su mirada sobre la mujer.

–No entiendo –dijo el doctor Grey.

La mujer le prometió que se lo explicaría la próxima vez que se vieran. A continuación se levantó y salió apresuradamente de la consulta. El doctor Grey volvió a examinar el frasquito. ¿Qué contendría? Decidió guardar el pequeño recipiente en el bolsillo de su americana y llevárselo a casa. No quería que nadie confundiese el frasco con otros similares que guardaba en el expositor de su consultorio. Cuando volviese la mujer, le pediría explicaciones. Sin dar mayor importancia al suceso, el doctor Grey pidió a la asistente que avisase al siguiente paciente y se sumió en la rutina de su trabajo.

A la mañana siguiente, cuando el Dr. Grey llegó al edificio

observed the patient's skin, white and silky, very soft, moving with the smooth rhythm of her breathing. He admired the full breasts discernable beneath the black lace. Having listened to her chest, Dr. Grey walked around to the woman's back, where he felt her spine with little taps of his fingertips. After each tap, he asked if she felt any pain. When he finished he came back to the front of the table, where he opened the patient's mouth and looked at her throat, using a disposable tongue depressor. "Ma'am," announced Dr. Grey, "I don't see anything wrong with you. Your symptoms might have been caused by a temporary nervous state. I'm going to prescribe a medication for anxiety. If you keep feeling ill, then come in again."

While the woman buttoned her blouse, Dr. Grey sat down at his desk and wrote the prescription. The woman hesitated before taking the paper from the doctor's hand, so that it seemed as if she wanted to say something, but then she restrained herself, took the paper he was holding out, said goodbye in a barely audible voice, and left the consulting room. Dr. Grey, on the intercom, asked the receptionist to send in the next patient.

The next day, the Arab woman who said her name was Shelma came to Dr. Grey's office again. Almost without preliminaries, she sat down and stammered in a choked voice that she was afraid, that someone was following her and she did not know whom to confide in. Dr. Grey, seeing only the clinical aspect of this announcement, told her that it might be the beginning of neurosis or schizophrenia and recommended that she see a psychiatrist or neurologist. She told him there was no time, that she would try to follow his advice, but first she had to ask him a favor. The woman took from her pocket a little vial like the ones penicillin used to come in and handed it to Dr. Grey. The doctor took it, examined it against the light and turned back to peer at the woman.

"I don't understand," said Dr. Grey.

The woman promised she would explain it next time they saw each other. Then she got up and rushed out of the room. Dr. Grey returned to examining the vial. What could it contain? He decided to hide it in the pocket of his jacket and bring it home with him. He did not want anyone to mistake it for one of the similar vials that were kept on a rack for sale at his office. When the woman returned, he would ask her for an explanation. Without thinking any more about it, then, Dr. Grey asked the receptionist to send in the next patient and resumed his normal routine.

The next morning, when Dr. Grey arrived at the building where his office was, his receptionist came out to meet him,

donde tenía su consultorio, salió a recibirle la asistente que trabajaba para él, la mujer toda nerviosa y balbuceando algo que el doctor no lograba entender. Una vez calmada, la asistente le informó de que alguien había entrado esa noche en su oficina y lo ha revuelto todo. El doctor le preguntó si habían sido ladrones, o drogadictos buscando sustancias estupefacientes, pero la asistente no lo sabía. Lo que sí sabía, y se lo dijo, era que la policía, avisada por algún vecino, estaba ahora en su despacho buscando indicios.

El doctor Grey subió a su consulta. Con rostro preocupado observó los cajones por el suelo y la documentación de sus pacientes esparcida por la habitación. Un policía se le acercó. Se identificó como el inspector Rossi. Sin mayores preámbulos le preguntó si tenía alguna idea de a qué podía deberse esta intromisión, habida cuenta de que ninguna de las oficinas aledañas había sido asaltada. El doctor Grey le dijo que ignoraba la razón de semejante vandalismo. El inspector Rossi, después de decirle que su experiencia le enseñaba que nada se gesta sin aviso, le preguntó por algún paciente inusual al que hubiera tratado durante los últimos días. El doctor Grey le informó de las dos visitas de la mujer de aspecto árabe, le comentó sobre sus dolencias imaginarias y la impresión que le dio de que tuviera algo que confesarle, pero que finalmente no se animó.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?— preguntó el inspector.

—Ayer—contestó escuetamente el doctor.

El inspector Rossi le pidió que describiera minuciosamente a la paciente y que procurase rehacer la conversación que mantuvieron. El doctor Grey trató de ser fiel a sus recuerdos, pero ocultando el asunto del frasco. Al rato los policías dieron por completadas sus indagaciones y se despidieron. El doctor y su asistente se pusieron a arreglar el desbarajuste. Ese día suspendieron las consultas, que fueron desviadas a un colega que tenía su oficina en el mismo edificio.

Al día siguiente, el doctor Grey atendió su consulta como cualquier otro día. Había arreglado el desorden y devuelto los documentos a sus archivos. En un rincón había un mueble roto, faltaba alguna planta, pero el aspecto de la oficina era limpio y aseado. A mitad de mañana, interrumpiendo el flujo de pacientes, se presentaron el inspector Rossi y un ayudante. El inspector puso una foto sobre el escritorio del doctor Grey y le dijo si conocía a la persona retratada. El doctor Grey reconoció a la mujer de aspecto árabe que días atrás vino a su consulta. El inspector le informó que esa mujer había sido asesinada ayer. Era una súbdita iraní de nombre Shirin. El doctor Grey sintió una punzada de lástima. Le dijo al inspector que la mujer

all nervous and stammering something that the doctor could not understand. Once she had calmed down, she told him that someone had broken into the office during the night and turned it upside down. The doctor asked her if it had been thieves, or maybe drug addicts looking for narcotics, but the receptionist didn't know. The only thing she knew, she told him, was that the police, called by a neighbor, were up there right now looking for clues.

Dr. Grey went up to his office. With a worried expression he saw the boxes on the floor and the patient files strewn all over the room. A policeman came over, who identified himself as Inspector Rossi. Without any further preamble, he asked the doctor if he had any idea who the intruder might have been, seeing as how none of the adjacent offices had been bothered. Dr. Grey said he didn't know the reason for the apparent vandalism. Inspector Rossi replied that in his experience nothing happened without warning, and asked if he had treated any unusual patients in the last few days. Dr. Grey told him about the two visits of the woman with Arab features, mentioning her imaginary pains and his impression that she had something she wanted to say, but didn't dare.

“When was the last time you saw her?” asked the inspector. “Yesterday,” the doctor said simply.

Inspector Rossi then asked him to describe the woman in minute detail, and to try to reconstruct their conversation. Dr. Grey tried to be faithful to his recollections, except that he hid the detail of the vial. Finally, the police finished their investigations and left. The doctor and his assistant set to work clearing up the disaster. That day they cancelled all appointments, sending the patients instead to a colleague of Dr. Grey's who had his office in the same building.

The following day, Dr. Grey went to work like any other day. He had cleaned up the mess and returned the files to their proper places. In one corner there was a broken chair, and a plant was missing, but the office looked neat and tidy again. In the middle of the morning, interrupting the flow of patients, Inspector Rossi and his assistant came by. The inspector put a photo on Dr. Grey's desk and asked if he recognized the person in it. Dr. Grey recognized the woman with Arab features who had come to his office a few days back. The inspector informed him that the woman had been murdered yesterday. She was an Iranian citizen named Shirin. Dr. Grey felt a wave of grief. He told the inspector that the woman had seemed afraid, that she had even told him she was being followed, but he had thought it was a

parecía tener miedo, que incluso le confesó sentirse perseguida, pero que él consideró que se trataba de algún trastorno psicológico. Pensó que los calmantes la ayudarían.

El doctor Grey siguió ocultando el asunto del frasquito. Como si quisiera ser fiel a la memoria de la mujer, que ahora sabía que se llamaba Shirin y no Shelma, pero sin explicarse por qué esa inútil fidelidad. Quizá un antojo de la disposición de su ánimo en ese momento. El inspector le pidió que si recordase algún detalle más sobre la mujer, se lo comunicase. Le entregó su tarjeta y él y su ayudante salieron del consultorio. El doctor Grey leyó la tarjeta, la sacudió mecánicamente contra una mano y luego se la guardó en un bolsillo.

Esa tarde, solo en su apartamento, el doctor Grey tomó el frasquito y lo examinó. De reducido tamaño, semejaba a los primeros frascos de penicilina que había en casa de su padre, que fue practicante, y con cuyos taponos de goma solía él jugar de pequeño. Caviló sobre lo que podría contener, una sustancia por la que habían matado a una persona. No podía ser droga, no era cantidad suficiente para provocar un asesinato. Grey reflexionó sobre la mujer, sobre los sutiles elfos que consuman los encuentros. Recordaba la suavidad de sus pechos, la blancura de esa piel apenas expuesta al sol. ¿Qué hacía ella con un frasco tan peligroso? ¿Y si no estuvieran relacionadas ambas cosas? Esas sensaciones de angustia y aceleraciones cardíacas, ahora parecía claro, se debían a saberse vigilada, perseguida. ¿Pero cómo podía él haberlo sabido? No son síntomas a los que los médicos no especialistas se enfrenten habitualmente. Era normal que hubiera confundido las causas. Consideró, mientras contemplaba con minuciosidad el pequeño recipiente, entregarlo a la policía y olvidarse del asunto. Pero, ¿cómo les explicaba su primera ocultación? Lo llevaría a la consulta y se lo pasaría a un amigo que tenía en el laboratorio que trabajaba para ellos, para que analizase el contenido. Quizá el conocer el tipo de sustancia arrojará luz sobre el asunto.

A la mañana siguiente el doctor Grey se metió el frasco en el bolsillo de la americana y se dirigió, como todos los días, a su consultorio. Ese día la consulta estaba más abarrotada que de costumbre y se le olvidó llevar el frasquito a analizar al laboratorio donde trabajaba su amigo. Terminó la jornada tarde, se encontraba cansado y decidió irse directamente a casa. Al llegar a la puerta de su apartamento se quedó paralizado. La puerta estaba abierta. Con precaución, se introdujo en su vivienda. El piso, como anteriormente el despacho, estaba patas arriba. Cajones y puertas de armario estaban abiertos, algunos arrancados. El

symptom of some psychological problem. He had thought that sedatives would help her.

Dr. Grey still omitted the detail of the vial. It was as if he felt compelled to keep faith with the woman he now knew as Shirin and not Shelma, but he did not even try to explain to himself what this useless fidelity might accomplish. It might have been just a whim of his disposition at that moment in time. The inspector told him that if he remembered any other detail about the woman, he should let him know. He gave the doctor his card and then he and his assistant left the consulting room. Dr. Grey read the card, tapped it mechanically against his hand, and then put it in his pocket.

That afternoon, alone in his apartment, Dr. Grey took out the vial and examined it. It was small in size, like the very first penicillin bottles that he had seen in the house of his father, who was also a doctor, and with whose rubber stoppers he had used to play when he was a child. He pondered what it could contain: a substance because of which someone had been killed. It couldn't be drugs; the quantity wasn't sufficient to provide a motive for murder. Grey thought about the woman, and about the subtle elves that produce chance meetings. He remembered the smoothness of her breasts, the whiteness of her skin that had hardly ever seen the sun. What was she doing with such a dangerous vial? And couldn't her two visits be related? In retrospect, it seemed clear that her sensations of anxiety and racing heartbeat were due to knowing that she was being followed, hunted. But how could he have known? Those are not symptoms that general practitioners encounter frequently. It was natural that he might have failed to guess the cause. As he scrutinized the tiny vial, he considered handing it over to the police and forgetting all about it. But then how would he explain to them why he had hidden it in the first place? No, he would bring it to his office and pass it on to a friend in the laboratory so he could have it analyzed. Maybe knowing what sort of substance it was would shed some light on matters.

The following morning, Dr. Grey put the vial in his jacket pocket and went, like he did every day, to his office. That day, the practice was much busier than usual and he forgot to bring the vial to the lab where his friend worked. He ended up working late, and then he was tired and decided to go straight home. When he reached the door of the apartment, he froze. The door was open. Cautiously he stepped inside. The place had been ransacked, just like the office. Boxes and bureau drawers were open, some of them emptied. The contents had been strewn all over the floor.

contenido de los mismos se hallaba desperdigado por los suelos. Instintivamente se tocó el bolsillo de la americana y comprobó que el frasquito seguía allí. En cuanto logró sosegar su ánimo, llamó por teléfono al inspector Rossi y le contó lo que ocurría. Éste le indicó que no tocara nada, que se dirigían para allí.

Media docena de agentes, encabezados por el inspector Rossi, llegaron al cabo de diez minutos. El grupo de la policía científica se apresuró a tomar fotos, recoger evidencias y escrutar cualquier detalla significativo. El inspector Rossi, no de muy buen humor, le preguntó al doctor Grey si le ocultaba algo. El doctor Grey repitió que lo único que sabía de la chica asesinada era lo que ya le había dicho. No había nada más. El inspector Rossi no pareció muy convencido, pero dejó de hacerle preguntas y se ocupó de dirigir las pesquisas. Terminado el escrutinio policial, el inspector Rossi le dedicó al doctor Grey una mirada de sospecha y se despidió.

Grey se quedó solo. Consideró empezar a recoger y ordenar el caos que era su apartamento, pero no lo hizo. Lo que hizo fue cerrar todas las ventanas, limpiar la mesita del salón, sentarse frente a ella y sacar el frasquito. Lo volvió a observar poniéndolo contra la luz. Al rato de observarlo decidió abrir el frasquito. Se levantó, fue a la cocina, llenó un vaso con agua y volvió a sentarse frente a la mesita del salón. Para eliminar la lámina de fino metal que sellaba el recipiente tuvo que recurrir a un cuchillo. Sin pensárselo dos veces, abrió el frasquito y lo olió. Parecía inodoro. Con cuidado, echó unas pocas gotas en el vaso de agua. Al instante el agua comenzó a ponerse verde, luego ocre y finalmente negra, pero de un negro ominoso, putrefacto, como si el agua se hubiera ulcerado hasta su última partícula. La rapidez del proceso le sorprendió. Nunca había visto una reacción tan intensa. Grey, algo asustado, volvió a cerrar el frasquito y arrojó el agua negra por el desagüe del fregadero. No sabía lo que contenía el pequeño recipiente, pero intuía que no era nada bueno, ni siquiera que valiese la pena averiguarlo. Decidió desprenderse de la sustancia mañana de camino al consultorio. No quería saber nada del asunto. Quizá fuera más peligroso de lo que hubiera imaginado. El doctor Grey se arrepintió de no haberse franqueado con el inspector. Se sentía muy cansado, casi exhausto. Al duro día de trabajo se había venido a añadir el asalto a su morada. Resolvió irse a la cama a dormir. Por la mañana puede que viera las cosas con un cariz más optimista.

El doctor Grey se despertó con una extraña sensación. Se sentía afiebrado. Miró al despertador de la mesilla. Ya casi era hora de levantarse. Dejó la cama y se dirigió al cuarto

Instinctively he touched the pocket of his jacket to make sure the vial was still there. When he had managed to get hold of himself, he called Inspector Rossi and told him what had happened. The inspector told him not to touch anything, and he would be there soon.

A half dozen detectives, led by Inspector Rossi, arrived within ten minutes. The forensic team hurried to take photos, collect evidence, and scrutinize every significant detail. Inspector Rossi asked Dr. Grey, not very nicely, if he was hiding anything. Dr. Grey said again that he had already reported everything he knew about the murdered girl. There was nothing else. Inspector Rossi seemed unconvinced, but he stopped asking questions and directed his attention to overseeing the investigation. When the police work was over, Inspector Rossi bestowed a suspicious glance on Dr. Grey, then left.

Grey was alone. He thought about starting to clean up and organize the chaos that was his apartment, but he did not do it. What he did was close all the windows, clean off the coffee table, sit down in front of it, and take out the vial. He looked at it again, holding it up to the light. Then he decided to open it. He got up, went to the kitchen, filled a glass with water, and went back to sit by the coffee table. To take off the metal filament that sealed the top he had to use a knife. Then, without thinking twice about it, he opened the vial and smelled it. It was odorless. With care, he put a few drops in the glass of water. Instantly the water began to take on a green color, then ochre and finally black, but it was an ominous black, putrefied, as though the water had gangrene. The speed of the process surprised him. He had never seen such a strong reaction. Frightened, Grey resealed the vial and poured the black water down the drain. He did not know what the vial contained, but he had a hunch it was nothing good, not even worth further investigation. He decided to get rid of it tomorrow on the way to the office. He did not want to know anything more about it; it might be more dangerous than he had supposed. Dr. Grey regretted not having been frank with the inspector. He felt very tired, almost exhausted. After a long day at work, he had returned only to discover the violation of his home. He decided to go to bed and sleep. In the morning, he might be able to look at things with a more optimistic attitude.

Dr. Grey woke up feeling strange. He felt like he had a fever. He looked at the alarm clock; it was already almost time to get up. He got out of bed and went to the bathroom. There, he looked at himself in the mirror and was shocked. His face and the part of his torso visible beneath his

de baño. Allí se miró al espejo y se quedó horrorizado. Tenía el rostro, y el torso que dejaba al descubierto el desabrochado pijama, cubierto de pústulas. El horror dio paso al espanto. Intuyó lo que podría contener el frasquito y fue presa del pánico. Recordó que había tirado el agua contaminada por el desagüe del fregadero y su miedo se tornó apocalíptico: “Dios, mío”, se dijo, “¿qué he hecho?”

Dos días después de que el doctor Grey, consciente del grave error cometido, se inclinaba desolado sobre el borde de agua oscura de la catástrofe presentida, en otro continente, en una fortaleza construida en medio del desierto de Arizona, un edificio rodeado de altos muros y con artilugios de vigilancia electrónica que circundaban su perímetro, el *Consejo Rector de la Humanidad Depurada* se reunía alrededor de una mesa con forma elíptica en un recinto que ellos habían bautizado como “nuevo despacho oval”. Se componía el consejo de seis miembros, cuatro hombres y dos mujeres, todos de raza caucásica. En varios puntos de la sala había banderas estadounidenses y las paredes mostraban fotos y pinturas que claramente ensalzaban la raza blanca. El que ejercía de presidente, denominado Líder 1, se dirigió a los otros componentes del consejo:

—Acabamos de saber que el primero de los tres frascos enviados en misión depuradora, ha sido abierto y su contenido está ya trabajando en favor de nuestra causa. Aunque se neutralizasen los dos que faltan, el crecimiento del virus es ya imparable. Su eficacia letal y sus extraordinarias propiedades contagiosas garantizan que en una o dos semanas la práctica totalidad de la humanidad habrá muerto. Este arma que la providencia ha puesto en nuestras manos permitirá erradicar cualquier traza de melanina en la especie humana. Es el designio de Dios, designio al que los simples mortales no debemos oponernos. Muy pronto, los mil ocupantes de esta fortaleza seremos los únicos seres humanos vivos del planeta, al menos de las zonas pobladas. A partir de ese momento podremos engendrar una humanidad pura desde el punto de vista racial y ético. Los quinientos hombres y quinientas mujeres que componen nuestro censo, crearán una nueva humanidad depurada. Dejaremos por fin atrás un período mediocre de la historia e inauguraremos una nueva era donde la conciencia adquiera los rigores de la superioridad racial. Demos gracias al Señor.

El resto del consejo dio gracias al Señor.

En el laboratorio de la fortaleza, el profesor Ashbery reñía a su ayudante el doctor Cecil Rhodes, que, con aire de inocuo pasatiempo, sostenía en una mano enguantada un frasquito como el que abriera, infaustamente, el doctor Grey:

pajamas were covered in pustules. Then his initial shock gave way to terror. He understood what the vial might have contained and panic seized him. He remembered that he had poured the contaminated water down the kitchen drain and his terror became apocalyptic.

“My God,” he said to himself. “What have I done?”

Two days after Dr. Grey, conscious of his grave error, had bent over desolate beside the dark waters of the coming catastrophe, on another continent, in a compound constructed in the middle of the Arizona desert, surrounded by high walls and with electronic surveillance devices all around the perimeter, the Governing Council of Purified Humanity was meeting around an elliptical table that they had christened a “new oval office.” The council comprised six members, four men and two women, all Caucasian. American flags hung in various parts of the room, and the walls were decorated with photographs and paintings that clearly exalted the white race. The one who acted as president, called Leader 1, addressed the other members of the Council:

“We have just found out that the first of the three vials sent out upon this mission of purification has been opened, and its contents are already working on behalf of our cause. Even if the other two are intercepted, the spread of the virus is now unstoppable. Its lethal strength and extraordinary contagious power guarantee that in a week or two, almost all of humanity will be dead. This weapon, which providence has placed in our hands, will allow all trace of melanin in the human species to be eradicated. It is the plan of God, a plan which we mere mortals must not presume to oppose. Very soon, the thousand occupants of this fortress will be the only living human beings on the planet, at least in the populous zones. From then on, we will be able to engender a humanity that is racially and ethnically pure. The five hundred men and five hundred women who make up our number will create a new, purified humanity. We will leave these mediocre times behind us forever and usher in a new era, in which conscience will possess the righteous rigor of the superior race. Let us thank the Lord.”

The rest of the council gave thanks to the Lord.

In the laboratory of the fortress, Professor Ashbery was admonishing his assistant Dr. Cecil Rhodes, who, with the air of one engaged in a harmless pastime, held in his gloved hand a little vial like the one which the unfortunate Dr.



–Te dije que no debías traer a este refugio ninguna muestra del virus. Sólo debía haber tres frasquitos, los tres en misión depuradora, los tres en el mundo exterior.

–Pensé que podría ser útil si se perdían las muestras o fueran interceptadas. Siempre tendríamos la posibilidad de crear cepas más letales. Lo guardaré en la nevera hermética.

El doctor Rhodes, asiendo el frasquito con los guantes de goma, se dirigió hacia el pequeño refrigerador de seguridad. Pero su bata se enganchó en la esquina de una mesa, trastabilló y el frasco se le resbaló de las manos. El doctor Rhodes y el profesor Ashbery contemplaron cómo el recipiente de vidrio descendía hacia el suelo. El pavor hizo que esas décimas de segundo se ralentizaran hasta parecer interminables. Finalmente el frasquito dio en el suelo y se partió. Los dos hombres de bata blanca se miraron. En sus rostros se reflejaba un horror desconocido, el horror de haber sentenciado a la extinción al último bastión puro de la especie humana.

Lamberto García del Cid, España © 2009

Grey had opened.

“I told you you shouldn’t bring any trace of the virus to this refuge. There should only have been three vials, the three with a mission of purification, the three for the outside world.”

“I thought it might be useful if those ones got lost or intercepted. We’d always have the possibility of creating more lethal strains. I’ll keep it in a hermetically sealed chamber.”

Dr. Rhodes, holding the vial with his rubber gloves, went over to the secure minifridge. But his lab coat caught on the corner of the table; he tripped, and the glass flew from his hand. Dr. Rhodes and Professor Ashbery watched as the glass vial descended to the floor. Their terror made those fractions of a second stretch out interminably. Finally the little vial hit the floor and shattered. The two men in white coats looked at each other. On their faces was an unknown horror, the horror of having sentenced the last pure bastion of the human species to extinction.

Translation by Christine Neulieb © 2009

## El gato

Niebla.

El silencio la hacía mas espesa. Roberto se sentía en una sopa sólida y gris.

Sonó una bocina. Dos veces.

Despacito, Roberto tomó conciencia: la bocina era real; la niebla no.

Abrió los ojos, y la masa gris se disolvió en la media luz que entraba por la ventana.

El cuarto estaba en penumbras. Giró la cabeza hacia la ventana: desde su posición veía el cielo gris con vetas más oscuras, como plomo sucio.

¿Porqué habré despertado tan temprano?

Se dio vuelta para ver el reloj. No era tan temprano: las 10 y 5; era el día el que estaba oscuro.

Se levantó lento.

Ya no había apuro.

Fue al baño, orinó, y después a la cocina. Maquinalmente giró la llave para encender la hornalla, y al hacerlo recordó que no saldría gas: lo habían cortado hacía una semana.

## The Cat

Fog.

The silence was making it thicker. Roberto felt like he was in a solid gray soup.

A horn sounded. Twice.

Bit by bit, Roberto realized: the horn was real, but not the fog.

He opened his eyes, and the gray stuff dissolved in the half-light that entered through the window.

The room was in shadows. He turned his head toward the window: from where he was, he could see the gray sky, with darker veins in it like dirty lead.

Why did I wake up so early?

He turned around to see the clock. It wasn’t that early: 10:30. It was the day that was dark.

He got up slowly.

No rush.

He went to the bathroom, urinated, and then went to the kitchen. Mechanically, he turned the key to light the burner, and when he did so he remembered that there would be no

De todos modos no importaba: no había nada que calentar. El café hacía rato que no lo veía, y ya no quedaba ni yerba ni té. La noche anterior había consumido lo último que le quedaba: dos panes ya un poco duros y medio salami. Y no se había preocupado por no tener nada para hoy. Se sentía raro. Extrañamente tranquilo dadas las circunstancias. Encontró paradójico que la desesperación que lleva a renunciar a todo se trocara en esa tranquilidad, casi beatitud, después de haber renunciado. Bebió un vaso de agua, y después lo volvió a llenar hasta la mitad. Con el vaso en la mano fue hasta el aparador, abrió despacito el cristalero, y sacó con cuidado el frasquito negro. En la etiqueta blanca, escrita en letras azules, campeaba sobreimpresa en rojo una calavera con dos tibias cruzadas. ¿Será que los piratas usaban venenos? Se sonrió por su ocurrencia, y se sorprendió de haber sonreído. Le habían dicho que con diez o quince gotas sería suficiente. Por las dudas puso cincuenta. Agitando rítmicamente el vaso para hacer girar el líquido, caminó hacia la ventana. Recordó otros trayectos iguales, con los mismos pasos incontablemente contados hasta la misma ventana. Pero entonces el líquido que giraba en el vaso era whisky con hielo. A veces cognac. Ya no más.

Se paró casi tocando el vidrio, miró hacia la derecha y empezó un paneo muy lento, como si quisiera dejar ese pedacito de mundo exterior, con todos sus detalles, impreso en sus retinas. En el extremo derecho no había mucho para ver: el costado sobresaliente del edificio lindero, el que le tapaba las puestas de sol, con sus revoques resquebrajados y su hilera de ventiluces de los baños, y por delante un pedazo de vereda y la calle con sus pozos más viejos que el barrio. Mirando directo al frente, la casita que ocupaba la mitad delantera del terreno. Mas allá de ella, solo las copas de los dos plátanos de la vereda, y mas acá el patio trasero. La chiquita jugaba como siempre, con sus muñecas y sus osos. Agustina, había oído que la llamaban; preciosa la mocosa. La madre aparecía y desaparecía, también como siempre, entrando y saliendo de la casa muy apurada, como si estrujar el trapo de piso, colgar la toalla en el alambre o sacudir la alfombra fueran cuestiones parentorias o

gas; they'd turned it off a week ago.

Anyhow, it didn't matter; there was nothing to cook. It had already been a while since he'd seen coffee, and now there wasn't any yerba mate or tea left, either. The night before, he'd eaten the last thing that remained: two rolls, already a little hard, and half a salami. And he hadn't worried about not having anything for today. He felt strange. Weirdly calm, given the circumstances. He found it paradoxical that his desperation, which had driven him to give up on everything, could transform itself into such peace—almost happiness—after he had given up. He drank a glass of water, then refilled it halfway. With the glass in his hand he went to the cabinet, slowly opened the glass-case, and carefully took out the little black flask. It had a white label with blue lettering, above which was emblazoned a red skull and crossbones. Could it be that pirates used poison? He smiled at the thought, and was surprised that he had smiled. They'd told him that ten to fifteen drops would be enough. Just to be sure, he put fifty. Rhythmically stirring the glass to mix the liquid, he walked over to the window. He remembered walking that way many times before, with the same countlessly counted steps, to the same window. But then, the liquid swirling in the glass was whisky with ice. Sometimes, cognac. Not anymore.

He stopped when he was almost touching the glass, looked to the right, and took in a slow panoramic glance, as though he wanted to leave this little piece of the outside world, with all its details, impressed on his retinas. At the far right, there was not much to see: just the protruding side of the adjoining building, with its cracked plaster and row of bathroom vents. (That was the building that blocked the sun from reaching his window.) In front of that, there was a bit of sidewalk and then the street, with its wells that were older than the neighborhood itself. Straight ahead was the little house that occupied the front half of the lot. On the far side of it, there were only the tops of the two banana trees that grew along the sidewalk; on the near side, the back patio. The little girl was playing there as usual, with her dolls and teddy bears. He had heard that her name was Agustina; sweet little thing. Her mother appeared and disappeared, also as usual, going into the house and coming out again in a hurry, as if wringing the mop, hanging the towel on the line, or beating the rug were urgent, pressing

urgentes.

Linda mujer. La hija se le parecía mucho, y seguramente también iba a ser muy linda cuando creciera... si es que la vida no le dibujaba algún rictus amargo, de esos que transforman la cara más bonita en máscara grotesca. Hacia la izquierda, el tejado del chalet de al lado, con caída hacia la calle.

Cuando le daba el sol, le gustaba el rojo brillante de esas tejas; pero ahora, bajo ese cielo de tormenta, aparecían deslucidas y sucias, sembradas de brochazos de musgo verde oscuro, como si un pintor descuidado hubiera estado limpiando allí su pincel.

Allí, sobre el tejado, lo vio.

Más o menos a un metro del borde, y a unos cinco metros de él.

El gato.

Tendido de costado, la mano izquierda bajo el cuerpo, la derecha ligeramente estirada y apoyada en la teja, la cabeza algo girada como para enfocarlo mejor, y con los ojos bien abiertos, lo miraba.

Lo miraba

¡Sí, lo miraba a él!

Conocía a ese gato atigrado.

Era del barrio. No tenía dueño ni casa.

Comía lo que cazaba, lo que encontraba, o lo que robaba.

Según el clima, se refugiaba bajo las plantas, en un gabinete de gas, o en algún porche. En suma, casi un marginado como él.

Pero ahora estaba fuera de lugar.

¿Que hacía ese gato ahí en el tejado, bajo ese cielo plomizo, con viento frío y la tormenta inminente, tendido tan tranquilo como si tomara sol en una tarde de primavera?

Y lo miraba.

A él.

Quieto, no le quitaba los ojos de encima.

¿Quizás el animal percibe algo, tiene alguna suerte de premonición?

Él también se quedó mirándolo.

No supo bien porqué, pero la mirada del gato, o más bien su presencia allí, lo perturbó primero, y lo tranquilizó después. Absorto, la mirada fija en los ojos del gato, extrañamente satisfecho, casi alegre de que alguien o algo lo estuviera mirando en ese momento, llevó lentamente el vaso a sus labios.

Y de pronto ocurrió.

Allá arriba, en algún lugar que no podía ver, una gambeta

matters.

Pretty woman. Her daughter looked a lot like her, and would certainly be very pretty too when she got older... that is, if life didn't paint a bitter sneer on her, which could transform the nicest face into a grotesque mask.

To the left was the tile roof of the house next door, sloping down toward the street.

When it was sunny, he liked the bright red of those tiles, but now, beneath that stormy sky, they seemed dark and dirty. They were crisscrossed with streaks of dark green moss, as if a careless painter had been cleaning his brush there.

There, on the roof, he saw it.

A meter from the edge (give or take), and just five meters from his own window.

The cat.

Stretched out on its side, left paw under its body, the right one lazily extended and resting on the tile, its head partially turned to focus on him better. It was looking at him with wide open eyes.

It was looking at him.

Yes, it was looking at *him!*

He knew that tabby.

It was an alley cat. It had neither owner nor home.

It ate what it caught, found, or stole.

Depending on the weather, it took shelter under the plants, in a gas shed, or on a porch. So it was sort of like him: a marginalized creature.

But now it was out of place.

What was that cat doing there on the roof, beneath a leaden sky, when the wind was cold and there was a storm coming, stretched out as calm as if it were sunbathing on a spring afternoon?

And it was looking at him.

At *him*.

It stayed there, quiet, and did not take its eyes off him.

Maybe the animal sensed something, had some chance premonition?

He, too, kept looking back at it.

He didn't really know why, but the cat's gaze, or rather its presence there, first disturbed him, then calmed him. Still preoccupied, he kept his gaze fixed on the eyes of the cat; he was strangely satisfied and almost happy that someone or something should be looking at him at that moment. He slowly raised the glass to his lips.

And suddenly it happened.

del viento desgarró las nubes y un cono de sol posó su base, casi dulcemente, sobre el tejado, la casita de adelante, y las copas de los plátanos.

Fue como un estallido de luz y color. Brillaron las hojas verdes, la casita blanca y las tejas rojas. Brillaron los ojos del gato.

Y, medio encandilado, le pareció verlo estremecerse de placer.

Roberto comprendió.

Y quedó estático y extático, con el vaso a dos centímetros de su boca.

¡Eso hacía el gato!

Solitario, con frío, quizá con hambre, aún bajo el cielo amenazante y la lluvia por empezar, esperaba ese ratito de placer.

Sin saberlo, “sabía” que, por oscuro que fuera el día, el sol siempre está.

Roberto, moviendo solo los músculos imprescindibles de su antebrazo, giró la muñeca volcando en el piso el contenido del vaso.

El sol siempre está, y aún en medio de la peor tormenta hay que saber esperarlo.

Como el gato.

“Ese” gato atigrado que era una lección de vida.

El aire de la habitación le resultó pesado, y corrió las hojas de la ventana. Le gustó el aire fresco. Inspiró hondo un par de veces y se puso en movimiento.

Mientras se vestía pensó los pasos a seguir. Había unos cuantos que le debían plata. Los perseguiría hasta que le pagaran, y con eso y algunas cosas que le quedaban para vender podría vestirse un poco mejor, normalizar un poco su vida y tirar hasta conseguir algún empleo. Había varias cosas en las que tenía habilidad y conocimientos.

Y cuando tuviera un empleo podría volver a buscar a Clara.

Y cuando...

Salió, dispuesto a pelear la vida.

No llegó a escuchar los ruidos y las voces que entraban por la ventana.

Por sobre el borde del tejado asomó el extremo de una escalera. Se oían voces, y la cabeza que producía la más ronca apareció enmarcada entre los peldaños, apurando al otro para cambiar las tejas rotas antes que lloviera.

El hombre voleó la pierna sobre el borde para trepar al tejado, y en ese momento vio al gato, tendido al sol en la misma posición.

Lo miró un momento, y le gritó al otro:

Up above, in some place he couldn't see, a gust of wind parted the clouds. A single ray of sun fell, almost sweetly, and came to rest on the tile roof, the little house across the way, and the tops of the banana trees.

It was like an explosion of light and color. The green leaves shone, and so did the little white house and the red tiles.

The cat's eyes shone.

He was half-dazzled, and it seemed to him that he saw the cat quiver with pleasure.

Roberto understood.

He stayed there, not moving yet profoundly moved, holding the glass two centimeters from his mouth.

The cat had done this!

Alone, cold, maybe hungry, even beneath a threatening sky when the rain could start at any moment, it awaited this little moment of pleasure.

Without knowing it, the cat just “knew” that however dark the day might be, the sun is always there.

Roberto, moving only the most necessary muscles of his forearm, turned his wrist, tossing the contents of the glass onto the floor.

The sun is always there, and even in the midst of the worst storm you have to know how to wait and hope for it.

Like the cat.

That damn tabby cat, who was a life lesson.

The air in the room seemed heavy, and he opened the windowpanes. Fresh air blew in. He breathed deeply a couple of times and then got going.

While he dressed, he thought about the steps he would take. There were some people who owed him money. He would hound them until they paid, and with that and a few things he had left to sell, he'd be able to dress a little better, get his life in order and search until he found a job. There were a few things he knew how to do.

And when he had a job he could start looking for Clara again. And then...

He went outside, ready to take on the world.

He wasn't there to hear the clamoring and the voices that came in the window.

The top of a ladder peeked over the edge of the tile roof.

There were voices, and the owner of the loudest appeared framed by the ladder's rungs, nagging the other to hurry up and replace the broken tiles before the rain started.

The man threw his leg over the edge to climb onto the roof, and it was then that he saw the cat, stretched out in the sun, still in the same position.

He looked at it for a moment, and shouted to the other:

—Che, José. Acá hay un gato muerto. Apártate que lo tiro para abajo.

Daniel Claudio Chao, Argentina © 2009

“*Che*, José. There’s a dead cat up here. Move over, I’m going to throw it down.”

Translation by Christine Neulieb © 2009

## Milagro

### *Mi querida Calle Larga de Valby*

*Amo la Calle Larga de Valby así como he amado a Providencia en Santiago de Chile.*

*Allá en mi infancia y juventud ocurrían cosas milagrosas cada segundo. Chincoles de cristal en los pequeños nidos de greda de los verdísimos bellotos de las callecitas adyacentes. Acequias de agua azul por las cuales navegaban barcos porteños en miniatura, gigantescos nogales por los cuales trepábamos para sacar nueces de oro...*

*Aquí y ahora, en Copenhague, la Calle Larga me ofrece la posibilidad de pasear entre saltimbanquis, bailarinas, afilacuchillos, organistas, hindúes hipnotizando boas, árabes vendiendo lámparas de Aladino, y vikingos, especialmente vikingos y vikingas blancos como la nieve, mostrando sus formidables espadas de plata y rubíes y cantando con poderosas voces de tenores:*

*Under den hvide bro!  
Sejler en baad med to!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!*

*Traducido al castellano significa*

*"bajo el puente blanco  
navega un bote con dos navegantes..."*

*Estos vikingos gigantescos son dulces y amables y muy pacíficos, contrariamente a la leyenda, y con sendos jarros de cerveza en sus manos y asando jabalíes cazados en el bosque no muy lejos de aquí, celebran que hoy es domingo y salió el sol.*

## Miracle

### *My Beloved Long Street, Valby*

*I love Valby’s Long Street, just as I loved Providencia in Santiago de Chile.*

*In Chile, during my infancy and childhood, miraculous things used to happen every second. There were crystal sparrows in little clay nests, hidden in the brilliant green belloto trees of the neighboring side streets. Canals of blue water, through which sailed the boats of the port in miniature. Gigantic walnut trees, into which we climbed to collect golden nuts...*

*And today, in Copenhague, Long Street gives me the chance to walk among acrobats, ballerinas, knife-sharpener, organ-grinders, Hindus hypnotizing boa constrictors, Arabs selling Aladdin’s lamps, and vikings – especially the vikings and she-vikings, white as snow. They show off their formidable silver and ruby swords and sing in powerful tenor voices:*

*Under den hvide bro!  
Sejler en baad med to!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!*

*Translated, it means:*

*Under the white dock  
Sails a boat with two sailors...*

*These huge vikings are sweet and lovable and very peaceful, contrary to what the legends say. Each has a bottle of beer in hand, and they’re roasting wild boars caught in the forest not far from here: celebrating that it’s Sunday and the sun is out.*

*Ah, la Calle Larga de Valby...*

*Hoy me vino a buscar mi amigo y vecino Niels Winter y salimos a caminar. Era mediodía y la calle estaba en plena actividad. Y lo sorprendente es que entre tanta gente yendo y viniendo, autos, ciclistas, los borrachitos de la Plaza y los milagreros, todo se desarrolla en silencio. ¡Se escuchan las pisadas en la vereda!*

*Cuando la calle está saturada de nieve en el invierno, el silencio es total porque ni siquiera las pisadas se escuchan. Y los milagros ocurren con una falta de ruido total, sagrado.*

*Recuerdo que en Providencia todo era ruido y gritos alegres y bocinazos y adolescentes vociferando los últimos éxitos de los Beatles y Rolling Stones en la fuente de soda Copellia.*

*Sin embargo, la alegría por la vida es exactamente la misma. No hay para mí shock cultural.*

*Nos detuvimos a hablar con una inmensa vikinga hermosísima que necesitaba cigarrillos y fuego. Birgita.*

*Nos mostró sus tatuajes móviles. ¡En serio! Su estómago, pechos, nalgas, espalda, brazos y piernas estaban cubiertos de dibujos multicolores que se movían vertiginosamente a través de su cuerpo como culebras.*

*Parecía una alucinación. Un verdadero milagro. Se alejó cantando alegremente no sin antes darnos su número de teléfono y guiñarnos sus ojos de mar.*

*Nos encontramos con un grupo de escolares intercambiando revistas, comics móviles. Es decir, uno abre la revista y los dibujos se mueven y hablan como en el cine. Niels y yo no conocíamos esta tecnología y lo comentamos. “¡No es tecnología, no es tecnología!” nos gritaron los estudiantes riendo, ”¡Es un milagro!”*

*Como estábamos un poco cansados, hay que acordarse que yo ya tengo casi sesenta años y Niels tiene setenta y cinco, nos sentamos en un cafecito al aire libre. El día estaba azul como el lapislázuli y el aire tibio y dulce como el aliento de mi amada. Una pareja de jóvenes sentada en una mesita cercana intercambiaba besos de una manera hasta ahora desconocida para mí: en cada lenguazo había una fruta en miniatura. Una manzanita de ella, una ciruela de él, una pera de ella y un racimo de uvas de él...*

*Niels quería volverse a casa. Yo le dije que no, que camináramos un poco más. Teníamos aún muchos milagros*

*Ah, Long Street, Valby...*

*Today I came to find my friend and neighbor Niels Winter, and we went out for a walk. It was noon, and the street was full of activity. And the surprising thing is that even with all these people coming and going, the cars, the bicycles, the good old drunks in the Plaza, and the miracle-workers, still everything unfolds in silence. One can hear the footsteps on the sidewalk!*

*When the street is full of snow in the winter, the silence is total, because not even the footsteps are audible. And the miracles happen in a complete and sacred absence of noise.*

*I remember that in Providencia, everything was noise and happy shouts and horns honking and kids yelling out the latest hits of the Beatles and Rolling Stones at the soda fountain of Copellia.*

*Nevertheless, the joy of life is exactly the same here. There has been no culture shock for me.*

*We stopped to talk with a huge, gorgeous lady viking who needed cigarettes and a light. Birgita.*

*She showed us her moving tattoos. Really! Her stomach, breasts, buttocks, back, arms, and legs were covered in multicolored drawings that moved vertiginously around her body like cobras.*

*It seemed like a hallucination. A real miracle. She went away singing happily, but not before giving us her telephone number and winking her oceanic eyes.*

*We ran into a group of schoolboys who were exchanging magazines: moving comic books. That is to say, you opened the magazine and the drawings moved and spoke, like in a movie. Niels and I were unfamiliar with the technology and remarked on it. “It’s not technology, it’s not technology!” the students shouted, laughing. “It’s a miracle!”*

*Since we were a little tired—keep in mind that I’m already almost seventy and Niels is seventy-five—we sat down at a little café in the open air. The sky was blue as lapis lazuli, and the air was warm and sweet like the breath of a woman. A young couple seated at a little table nearby were exchanging kisses in a way hitherto unknown to me: each movement of their tongues yielded a miniature fruit. A tiny banana from her, a plum from him; a pear from her and a bunch of grapes from him...*

*Niels wanted to go home. I told him no, we should walk a little more. We still had many miracles waiting for us,*

*pendientes que voy a resumir aquí en un INVENTARIO:*

*Inventario de Milagros*

En la Plaza de Valby niños y niñas rubiecitos volaban de aquí para allá y las madres levitaban para que no se elevaran hacia el cielo y se transformaran en angelitos.

Perros alados sonriendo felices o riendo a carcajadas pasaron sobre nuestras cabezas dejando caer mojones de colores.

Una estampida de mosquitos malandrines escapó de las avejas policías.

Un organillero producía arcoíris en vez de música.

Cerca de la colinita llamada por supuesto *Colina de Valby*, hay un gigantesco parque forestal parecido a los bosques del sur de Chile. Es el bosque de *Søndemarken*. Está ubicado al lado del zoológico, y hoy el personal había abierto todas las jaulas y nos paseamos entre leones y jirafas, flamings y tigres salvajes.

Loros multicolores nos gritaron ¡*chau, viejos pelaos!* y gorilas imponentes vinieron a darnos la mano.

A la izquierda queda la famosa cervecería *Carlsberg*. A su entrada hay una gran torre estilo medieval y en su inmenso balcón se paseaban los fantasmas del Señor y la Señora Carlsberg, fundadores de la cervecería dos siglos atrás.

Decidimos volver hacia la Plaza y entrar al *Café Ciré* a almorzar. A mediodía no hay muchos milagros. Las ventanas entregan luz y hay una atmósfera silenciosa y sin humo. Fresquita. Antítesis de lo que ocurre en las noches, donde aparecen seres celebres ya muertos o de ficción y la cerveza y la música fluyen como ríos desembocados.

Pedimos sendos perniles asados a la intemperie con ensaladas danesas. Nos atendió un joven estudiante llamado Hans Christian Andersen, y vino Piérre, el dueño, a saludarnos amablemente en francés.

Después de tanto milagro agotador, nos fuimos cada uno a su casa a dormir una larga y merecida siesta.

Niels a lo danés y yo a la chilena.

Ian Welden, Dinamarca, Chile © 2009

*which I will summarize here in an INVENTORY.*

*Inventory of Miracles:*

In Valby Plaza, little blond boys and girls flew here and there, and their mothers floated after them so that they would not rise to heaven and turn into little angels.

Winged dogs, smiling happily or laughing out loud, passed over our heads and dropped colorful turds.

A stampede of marauding mosquitos escaped the bird police.

An organ-grinder produced rainbows instead of music.

Near the little hill, which is of course called *Valby Hill*, there is a giant forested park like the woods in the south of Chile. It's the Wood of *Søndemarken*. It's located next to the zoo, and that day the keepers had opened all the cages so that we walked among lions and giraffes, flamings and savage tigers.

Multicolored parrots shouted to us, "*Hey, old boys!*" and imposing gorillas came to shake our hands.

The famous *Carlsberg* pub is on the left. It has a medieval-style tower at the entrance, and the ghosts of Mr. and Mrs. Carlsberg, who founded the pub two centuries ago, were strolling on its immense balcony.

We decided to return through the Plaza and go into *Café Ciré* to have lunch. At noon there aren't many miracles. The windows let in light, and the atmosphere is quiet, free of smoke. Cool, fresh. It's the antithesis of what happens at night, when famous dead or fictional people show up and the beer and music flow like rushing rivers.

We each ordered roast pork and Danish salads to eat outdoors. A young student called Hans Christian Andersen waited on us, and Pierre, the owner, came to greet us amiably in French.

After such an exhausting miracle, we departed, each to his own house, for a long, well-earned nap.

Niels to things Danish, and I to things Chilean.

Translation by Christine Neulieb © 2009



## Los ojos del jardín

*'What wailing wight  
Calls the watchman of the night?'*  
William Blake

*L'enfer est le regard des autres*  
Jean Paul Sartre

—Si puedo encerrar el jardín en una ecuación, lograré hacer lo mismo con la vida y cuando muera regresaré —repetía Jorge diariamente.

La fascinación por el olor a azufre y a cementerio que emanaba de los senderos del jardín, era lo que nos unía. Al amanecer nos despertábamos como si escucháramos el mismo reloj y subíamos a la torre desde donde divisábamos los penachos de la niebla, los caminos que emergían de la penumbra y las lejanas visiones del laberinto y la fuente.

El jardín tenía la forma de una cruz inscrita en un círculo y en el interior se abrían otros tantos senderos redondos que reproducían la configuración original. Misteriosos cambios transformaban diariamente las circunferencias en elipses; los caminos giraban en sentido contrario a las agujas del reloj y de ese modo los dibujos de la grava, la fuente y el laberinto que se encontraban al sur aparecían al este, luego al norte, al oeste, hasta que retornaban a sus posturas iniciales.

Nunca lo comenté, pero tenía la certeza que desde la tierra y los arbustos del jardín, alguien me vigilaba hora tras hora. A veces me sentía desnuda y procuraba cubrirme; en otros momentos, la mirada me halagaba y cuidaba que mi vestido, mi peinado y mi maquillaje estuvieran perfectos para aquel ser invisible.

Mi amigo Jorge acababa de terminar con excelentes notas la licenciatura en matemáticas y una de sus obsesiones en aquel otoño fue traducir a ecuaciones diferenciales el extraño comportamiento del jardín.

El viejo jardinero era el tío de Jorge y bajo el resplandor de

## The Eyes of the Garden

*'What wailing wight  
Calls the watchman of the night?'*  
William Blake

*L'enfer est le regard des autres*  
Jean Paul Sartre

“If I can sum up the garden in an equation, I will be able to do the same with life, and then when I die I shall return,” Jorge used to repeat daily.

What brought us together was our fascination with the odor of sulfur and the grave that emanated from the pathways of the garden. At dawn we would awaken as though we heard the same clock striking, and we would climb the observation tower, from which we could descry the plumes of the fog, the paths that were emerging from the shadows, and the distant visions of the labyrinth and the fountain.

The garden was in the form of a cross inscribed in a circle, and inside it there were a number of other circling paths that copied the shape of the whole. Each day, mysterious changes transformed their circumferences into ellipses; the paths revolved counterclockwise and so the designs on the gravel, the fountain, and the labyrinth that began at the south would appear in the east, then the north, then the west, until they returned to their original positions.

I never mentioned it, but I was certain that from the ground and hedges of the garden, someone was watching me hour after hour. Sometimes I felt naked and tried to cover myself; other times the gaze flattered me and I made sure that my clothes, my hair and my makeup were perfect for that invisible being.

My friend Jorge had just finished his degree in mathematics with excellent marks, and one of his obsessions that autumn was to convert the strange behavior of the garden into differential equations.

The old gardener was Jorge's uncle, and in the gleam of the bonfires we lit every night, he repeated the same words

las fogatas que encendíamos todas las noches, repetía las mismas palabras antes de empezar sus historias.

—La parcela donde está el jardín, fue durante mucho tiempo el cementerio de la zona que luego trasladaron al sur del pueblo. Mi padre y mi abuelo lo trabajaron, por eso lo conozco como a mi propia mano —levantaba su palma tosca, surcada de líneas y la exhibía a la luz cambiante del fuego. A continuación, narraba las historias; una por noche. Algunos eran relatos de los habitantes del lugar y otras fantasías del propio anciano. Casi siempre describía asesinatos por amor o por codicia. Los cadáveres seguían sepultados en el jardín, pero la policía nunca los encontraba. El viejo terminaba sus cuentos con la misma frase:

—Deben saber que el jardín está vivo y oculta un terrible secreto.

Después encendía su pipa, fumaba mirando al sur y ya no contestaba a nuestras preguntas.

Un par de noches, envueltos en mantas y con sendos termos de café, Jorge y yo nos apostamos cerca de la fuente y esperamos sin dormir aquello que pudiera explicar los cambios. A eso de las tres, un viento extraño movió la grava y la tierra de los canteros. Eso fue todo. En el amanecer de la segunda noche, Jorge habló de un posible campo magnético que desplazara la tierra y las piedras, pero enseguida abandonó esta hipótesis, convencido de que el jardín estaba vivo y tenía movimiento por sí mismo. Éste fue el axioma que siguió hasta el final.

Los dibujos habían sido trazados en la grava de los senderos con piedras de colores diferentes. La mayoría eran triángulos, elipses o vórtices. El más importante, ubicado en el centro del jardín, era un pájaro inclinado sobre una serpiente. Los ojos de uno y otro eran piedras brillantes que al caer la tarde refulgían y vibraban como si estuvieran vivas.

Enamorado de mí, Jorge alternaba sus estudios sobre el jardín con la observación de mi cuerpo. Mientras regaba las plantas, preparaba té o tocaba el piano, sentía sus ojos siguiendo cada uno de mis gestos.

—No me hagas caso, Abdolia. Continúa como si yo no estuviera —me pedía—. Me dedicaré a mirarte sin reclamarte nada, como a una belleza lejana e inalcanzable.

A veces componía poemas, los leía en voz alta y su tono atiplado atravesaba mi cerebro como un taladro. Al principio, con mis quince años recién cumplidos, me halagaba su atención, pero al pasar los días sentí hastío de verlo a toda hora contemplándome con sus ojos de borrego

before beginning his stories.

“The piece of land where the garden stands was once long ago the cemetery of the region, which they later moved to the south end of town. My father and grandfather worked in it, so I know it like my own hand.” He would raise his peasant’s hand, furrowed with lines, and hold it up to the flickering light of the fire. Then, he told stories, one a night. Some were local yarns and others were the old man’s own inventions. Almost always he described murders for love or greed. The bodies were still buried in the garden, but the police never found them. The old man finished his stories with the same phrase:

“You should know that this garden is alive and hides a terrible secret.”

Afterwards he lit his pipe and smoked, gazing off to the south and not answering any of our questions.

A couple of nights, wrapped in blankets and holding thermoses of coffee, Jorge and I stationed ourselves near the fountain and waited without sleeping for something that could explain the changes. At three o’clock, a strange wind stirred the gravel and the dirt of the flowerbeds. That was all. When morning dawned after the second night, Jorge spoke of a possible magnetic field that could displace the earth and stones, but afterward he abandoned this hypothesis, convinced that the garden was alive and moved of its own accord. This was the belief he maintained until the end.

The designs had been traced in the gravel of the pathways with stones of different colors. The majority were triangles, ellipses or vortices. The most important, located in the center of the garden, was a bird bent over a serpent. The eyes of both were brilliant stones that would shine and vibrate when afternoon fell, as if they were alive.

Jorge, who was in love with me, would alternate his studies of the garden with the observation of my body. Whether I watered the plants, made tea, or played the piano, I felt his eyes following each one of my movements.

“Don’t pay any attention to me, Abdolia. Keep going like I wasn’t here,” he begged me. “I’ll look at you without demanding anything, like I would a distant, unreachable beauty.”

Sometimes he composed poems and read them in a loud voice, and his shrill tone bored into my brain like a drill. At the beginning, with my quinceañera just past, his attention flattered me, but after a while I grew tired of seeing him

Jorge sufría de asma. En sus ataques lo había visto caer de rodillas, desesperado, mientras su pecho emitía sonidos sibilantes. Su tío, que vivía en la cabaña frente a la casa, llegaba de inmediato y llamaba a los médicos. Agravaba el problema un soplo en el corazón que, unido al asma, lo llevaba a las puertas de un infarto.

Lo único inusual de aquel día fue que Jorge logró por fin traducir el jardín en una ecuación. Me mostró la sucesión de números, letras y signos.

—Abdolia, esta es la vida del jardín —me dijo con entusiasmo—. A partir de ahora, conozco sus intimidades. No tiene secretos para mí. Este descubrimiento me hará inmortal. Fíjate; el movimiento se traduce en números irracionales que se van alejando de la figura áurea en proporción geométrica...

Miré con atención los números y las letras. Él siguió explicándome la fórmula en términos de funciones, pero no entendí nada.

Esa tarde, durante la siesta, me despertó el redoble ansioso, casi insoportable de las campanas de la capilla. Me levanté cubierta de sudor y al asomarme a la ventana, vi que los sirvientes de la enorme casa corrían de un lado al otro. Me vestí y salí.

—El niño Jorge desapareció —anunció el criado más antiguo con tono dramático.

Caminé hasta el jardín y noté que algunas plantas, secas el día anterior, ahora se mostraban frescas y lozanas. Los ojos del ser invisible me miraban apremiantes. Abordé a una de las sirvientas que se acercaba.

—¿Lo buscaron aquí? —pregunté.

—Señora, buscamos hasta en la última brizna de hierba, rastreamos la fuente y hasta la escarcha y el rocío. El señorito Jorge no está en el jardín.

No contesté. Sentí que pese a las palabras de la sirvienta, mi amigo estaba allí. Caminé hasta las proximidades de la fuente y los ojos volvieron a observarme, como si esperaran algo de mí.

El laberinto era un simple enigma simbólico y no había forma de perderse. Recordé un antiguo texto de la Edad Media donde se afirmaba que la salida de un laberinto siempre estaba en el centro. Allí había un pequeño poyo.

stare at me all the time with his lamb's eyes.

Jorge suffered from asthma. During his attacks I had seen him fall on his knees, desperate, while his chest emitted wheezing noises. His uncle, who lived in the cabin in front of the main house, would come at once and call the doctors. The problem was aggravated by a heart murmur which, added to the asthma, used to bring him to the edge of a heart attack.

The only thing unusual that day was that Jorge managed at last to translate the garden into an equation. He showed me the succession of numbers, letters, and symbols.

“Abdolia, this is the life of the garden,” he told me with enthusiasm. “From now on, I know it intimately. It has no secrets from me. This discovery will make me immortal. Look: the movement can be translated into irrational numbers that move away from the golden mean in geometric proportion...”

I looked carefully at the numbers and letters. He continued explaining the formula to me in terms of functions, but I understood nothing.

That afternoon, during siesta, the anxious, almost unbearable tolling of the chapel bells awakened me. I got up covered in sweat and when I looked out the window, I saw the servants of that immense house running back and forth. I dressed and went out.

“The boy Jorge has disappeared,” the oldest servant announced in a dramatic tone.

I walked to the garden and noticed that certain plants, dried out the day before, now looked fresh and luxuriant. The eyes of the invisible being were watching me with urgency.

I approached a maid who was coming toward me.

“Did they look for him here?” I asked.

“Miss, we looked in every last bit of the greenery; we searched the fountain and even the frost and the dew. Young Mr. Jorge is not in the garden.”

I did not answer. I felt that in spite of the maid's words, my friend was there. I walked up to the area of the fountain and the eyes returned to watch me, as though they wanted something from me.

The labyrinth was only a symbolic puzzle; there was no way to get lost in it. I remembered an old text of the Middle Ages, where it said that the exit of a labyrinth is always in the middle. There was a small bench there. I sat on it. At

Me senté en él. Al rato aumentó mi impresión de ser observada y me pareció ver bajo la luz del sol dos pares de ojos flotando en el aire. Unos eran los de Jorge y otros los del desconocido.

Dormité. Aquella fue la primera vez que vi al adolescente con alas. Eran sus ojos los que me observaban. Poco a poco distinguí el rostro, la cabeza y el cuerpo. Las alas eran doradas, con un grueso reborde negro. En el sueño su rostro estaba tenso y sus gruesos labios entreabiertos, aunque su expresión era la de un niño. Me habló; en ese momento lo entendí, pero luego no recordé sus palabras. Tan sólo me quedó una frase: “...llevé a Jorge porque ha descubierto mi secreto, pero tu espera hará que lo devuelva”.

Me dormí profundamente y desperté hacia el crepúsculo. Sentí un peso en mis piernas; acostado en el suelo, Jorge se aferraba a mis muslos y me miraba en silencio. En su mano derecha, apretaba el papel con la ecuación que supuestamente encerraba la totalidad del jardín.

No recuerdo claramente lo que sigue. Sé que demoré mucho en llevarlo hasta la casa. Mi amigo tenía las piernas inmovilizadas y debía sostenerse en mí para no caer. —Lo vi, Abdolia —repetía obsesivamente—. Debo volver...

Cuando le pregunté a quién había visto, tuvimos un diálogo desorbitado. Recuerdo nuestros tonos de voz, algunas palabras sueltas, pero no puedo precisar lo que dijimos. Tampoco me explico cómo pude avanzar con Jorge aferrado a mis piernas. Finalmente vi la casa y para llegar a ella crucé una corriente de agua. Procuraba que mi amigo mantuviera su cabeza fuera de ese río que nunca había estado en el jardín.

Cuando llegamos al parque anterior a la casa, los sirvientes corrieron para auxiliarnos. —¡Regresaron el señor Jorge y la señorita Abdolia! — anunciaron a gritos.

Los médicos que revisaron a Jorge concluyeron que estaba exhausto y necesitaba descansar. La posibilidad de un ataque de asma y una complicación cardíaca, desaparecían con el paso de las horas. Al día siguiente, el tío de mi amigo me interrogó sobre lo ocurrido.

—Lo encontré en el jardín —afirmé—me quedé dormida y él llegó hasta mí...

El hombre pidió detalles. A pesar de que no me parecía importante, le hablé del laberinto, de haberme sentado en el centro, y en un segundo relato le conté mi visión del joven

once my impression of being observed increased and it seemed that I saw beneath the light of the sun two pairs of eyes floating on the air. One was Jorge's and the other those of the stranger.

I dozed off. That was the first time I saw the winged youth. The eyes that watched me were his. Little by little I could discern the face, head, and body. The wings were golden, with a thick black edge. In the dream his face was tense and his full lips half-open, but his expression was that of a child. He spoke to me; at that moment I understood him, but later I did not remember his words. There remained only one phrase: “I took Jorge because he had discovered my secret, but your hope will make me return him.”

I slept deeply and woke up almost at dusk. I felt a weight on my legs; lying on the ground, Jorge was clinging to my thighs and looking at me in silence. In his right hand, he held the paper with the equation that supposedly encompassed the totality of the garden.

I do not remember clearly what followed. I know that I delayed a long time in bringing him to the house. My friend's legs were paralyzed and he had to lean on me in order not to fall.

“I saw him, Abdolia,” he repeated obsessively. “I should go back...”

When I asked whom he had seen, we had a bizarre conversation. I remember our tones of voice, some stray words, but not exactly what we said. Nor can I explain how I could walk with Jorge clinging to my legs. Finally I saw the house and had to cross running water to get to it. I made sure that my friend kept his head above the water of the river, which had never existed in the garden before.

When we got to the park in front of the house, the servants ran out to help us.

“Mr. Jorge and Miss Abdolia are back!” they shouted.

The doctors who examined Jorge concluded that he was exhausted and needed to rest. The danger of an asthma attack with heart complications subsided as the hours passed. The next day, my friend's uncle asked me what had happened.

“I found him in the garden,” I said. “I was sleeping and he came to me...”

The man asked for details. Although it did not seem important to me, I told him about the labyrinth and how I

con alas en la espalda.

—Me parece una alucinación —comenté.

—No esté tan segura —dijo el viejo con acento enigmático mientras encendía uno de sus gruesos cigarros—. Conocí un caso parecido. El espíritu del jardín se enamoró de una muchacha; la joven desapareció y nunca la encontraron.

Al despertar, Jorge afirmó no recordar nada de lo ocurrido. Pedí hablar a solas y al mirarlo me sorprendió su expresión, como la de un animal atrapado.

—Dime la verdad: ¿dónde estuviste esas horas?

—¡No recuerdo, Abdolia!

—Cuando me encontraste en el jardín dialogamos; no retuve las palabras, pero fue muy intenso...

—¡Te digo que no recuerdo! —Jorge golpeó la mesa que estaba entre nosotros y acercó su rostro furioso al mío. Ante ese gesto, tuve la certeza que el amigo que me contemplaba y escribía poemas románticos, se había marchado.

En los días siguientes continuó observándome, pero no era la misma mirada. Había en sus ojos un brillo parecido al de un perro cuando en plena noche se ilumina su rostro con una linterna. Sus manos temblaban y el sudor bajaba por su cuello.

Empeoró su asma y en un día llegó a tener dos ataques. Cuando se recuperó, volvió a escribir poemas. Su voz había cambiado y en cuanto a los versos, si bien mantenían el exceso de adjetivos y de términos rebuscados, el contenido era otro; me imaginaba muerta, describía mi belleza y todo lo que haría con mi cadáver.

Ante esto, le pedía que se marchara. Entonces subía al techo o se ocultaba detrás de los árboles para vigilarme. Por primera vez traté de evitarlo.

La sensación de ser espiada por el desconocido se acentuaba durante las tardes y producía un fuerte vértigo en mis manos y en mis pies. Una mañana estaba de rodillas, procurando trasplantar algunas matas, cuando sentí que alguien acechaba detrás de mí. Al volverme, encontré a Jorge. Apenas lo reconocí. El odio y el deseo alteraban sus rasgos. Extendió sus brazos y al ver que lo rechazaba, me tomó de las muñecas.

—¿Qué te ocurre? ¡Déjame!

Sus manos se dirigieron a mis pechos y los apretaron hasta hacerme daño.

—¡Te deseo! —exclamó con voz ronca y furiosa.

Logré soltarme de su abrazo y corrí hacia el fondo del

had gone to sit in the middle, and then I recounted my vision of the boy with wings on his back.

“I think it was a hallucination,” I commented.

“Don’t be so sure,” said the old man in an enigmatic tone while he lighted one of his fat cigars. “I knew a similar case. The spirit of the garden fell in love with a girl; the young man disappeared and was never found.”

When he woke up, Jorge said he did not remember any of it. I asked to speak with him alone and when I looked at him his expression surprised me – like a trapped animal.

“Tell me the truth: where were you during those hours?”

“I don’t remember, Abdolia!”

“When you found me in the garden we spoke; I don’t recall the words, but it was very intense...”

“I told you I don’t remember!” Jorge smacked the table that was between us and brought his furious face close to mine. Confronted with this gesture, I was certain that the friend who used to gaze at me and write romantic poems was gone.

He kept watching me in the days that followed, but it was not the same look as before. In his eyes there was a gleam like the eyes of a dog when a lantern hits them in the middle of the night. His hands shook and sweat ran down his neck.

His asthma got worse and one day he had two attacks. When he got better, he went back to writing poems. But his voice had changed and as for the verses, though there was the same excessive use of adjectives and obscure words, the content was different. He imagined me dead, described my beauty and everything he would do with my corpse.

Faced with this, I asked him to leave. Then he took to climbing the roof or hiding himself in the trees to watch me. For the first time I tried to avoid him.

The sensation of being spied on by the unknown stranger was accentuated in the afternoons and produced a strong creeping sensation in my hands and feet. One morning I was on my knees, trying to transplant some bushes, when I felt that someone was watching me from behind. When I turned, I saw Jorge. I barely recognized him. Hate and desire had altered his features. He reached out his arms and when he saw that I was rejecting him, he grabbed me by the wrists.

“What’s wrong with you? Let me go!”

His hands moved to my breasts and squeezed them until it hurt me.

“I want you!” he exclaimed in a hoarse and frenzied

jardín. Me persiguió y se arrojó sobre mí haciéndome caer; sus manos rígidas levantaron mi falda y buscaron mi sexo, mientras murmuraba palabras extrañas.

Logré zafarme otra vez, corrí a la empalizada cercana a la fuente y tomé la manguera. A Jorge le costaba caminar. Sus piernas estaban tiesas y no doblaba las rodillas, de modo que tuve tiempo de abrir la llave, apuntar el tubo hacia él y lanzarle a la cara el grueso chorro. Aquello lo detuvo y trató de luchar con la fuerza del agua, hasta que cayó desmayado. Volví a la casa y avisé a su tío lo que había pasado. El anciano llamó a los médicos, quienes llegaron con rapidez y se ocuparon de reanimarlo. Ayudé a incorporarlo y al acercarme a él y verlo pálido, indefenso, sentí una súbita ternura. Sospechaba que el oscuro habitante del jardín lo había enviado hasta mí. Las palabras que murmuró junto a mi oído parecieron confirmarlo. —Detrás de la fuente hay un monstruo y yo me convertí en él.

En mi bajo vientre sentí una mezcla de miedo y atracción.

Lo hospitalizaron y, a la madrugada, la sirvienta de la casa, que me conocía desde niña, llegó a mi cuarto y me avisó que Jorge había muerto de un infarto.

Lo velaron esa noche. Durante el entierro, hubo crudas escenas de dolor y me sentí aliviada cuando todo terminó.

Pasaron dos semanas y día tras día esperaba en el jardín que Jorge llegara y se tomara de mis piernas. Comía muy poco, adelgazaba y desmejoraba. Los sirvientes avisaron a mi padrino, quien viajó desde la ciudad y me conminó a alimentarme y dormir. Amenazó con informar de mi situación a mis padres, los que al saberlo me internarían en un colegio de señoritas.

Una de aquellas tardes, descubrí el trozo de papel donde mi amigo había escrito la fórmula que supuestamente contenía la totalidad del jardín. Lo guardé en la pequeña caja que contenía el escapulario que llevaba al cuello.

Al mes de la muerte de Jorge, desperté al amanecer sintiendo la necesidad de ver el jardín; me levanté, subí a la torre y me asomé al telescopio. Entre los vahos de humedad que se elevaban de la tierra, una figura con traje marrón caminó tambaleándose. Se volvió como si supiera que lo estaba mirando. Rostro pálido, ojos desconcertados.

voice.

I managed to free myself from his grasp and ran to the back of the garden. He followed me and hurled himself at me, making me fall; his rigid hands lifted my skirt and searched for my sex, while he murmured strange words. I managed to escape again, ran to the palisade near the fountain and picked up the hose. Jorge was having difficulty walking. His legs were stiff and his knees didn't bend, so I took my time opening the tap, aiming the hose at him and sending the huge jet straight at his face. That held him back and he tried to fight the force of the water, until he fell unconscious. I returned to the house and told his uncle what had happened. The old man called the doctors, who came quickly and tried to revive him. I helped to sit him up, and when I came near him and saw him pale and defenseless, I felt a sudden warmth. I suspected that the mysterious inhabitant of the garden had sent him back to me. The words he murmured close to my ear seemed to confirm it.

“Behind the fountain there is a monster and I changed into it.”

In my lower belly I felt a mixture of fear and attraction.

They hospitalized him, and in the morning the maid of the house, who had known me since I was a child, came to my room and told me that Jorge had died of a heart attack.

They waked him that night. During the burial, there were raw outpourings of grief and I felt relieved when it was all over.

Two weeks passed and day after day I waited in the garden for Jorge to come and take hold of my legs. I ate very little, got thinner and weaker. The servants sent for my godfather, who traveled out from the city and ordered me to eat and sleep. He threatened to tell my parents, who would lock me up in a girls' boarding school.

One of those afternoons, I discovered the scrap of paper where my friend had written the formula that supposedly contained the totality of the garden. I kept it in the little casing that held the scapular I wore around my neck.

A month after Jorge's death, I woke at dawn feeling the need to see the garden; I woke up, climbed the observation tower and peered through the telescope. Amid the vapors of humidity that rose from the earth, a figure in a chestnut-brown suit was walking, almost staggering. He turned around as if he knew I was watching him. Pale face, unfocused eyes.

—Jorge —murmuré.

Bajé rápidamente, entré al jardín y llegué hasta el laberinto. En dirección a la casa, bajo las primeras luces de la mañana, vi la línea plateada de una corriente de agua. Recordé el día en que tuve que atravesar aquel río fantasma con Jorge aferrado a mis piernas. Crucé el laberinto y caminé hacia unas sombras que se levantaban al fondo del jardín. Al llegar, me rodeó una noche súbita y marché entre acantilados que caían a pico sobre un mar lejano. El terror chorreaba por mi espalda como una catarata helada. No me sorprendió encontrar al adolescente que viera en mis sueños. Estaba desnudo, con sus ojos carmín muy abiertos y el par de alas doradas en su espalda. Era quien me había vigilado todos esos meses. A pesar del miedo, traté de mantener mi apostura.

—¿Quién eres? —pregunté con tono de autoridad.

—Soy el Rey de los Muertos que están enterrados en el jardín.

—¿Dónde está Jorge? Acabo de verlo; se dirigía hacia aquí.

—Te lo diré si me sigues —contestó el adolescente.

Después de vacilar un momento, marché tras él. Bajo la suave luz de la luna que iluminaba el sendero, sus alas se abrían y cerraban y no podía dejar de mirarlas. Cruzamos el sitio donde estaba el pájaro inclinado sobre la serpiente. Ya no era una figura sobre la grava; su cuello se movía hacia abajo mientras el ofidio parecía alejarse, en una tensión que no cesaba. Cuando levanté la cabeza, advertí que el muchacho con alas había desaparecido y lo reemplazaba una silueta familiar.

—¿Jorge?

Estaba de pie, con los ojos cerrados, el rostro muy blanco y las mejillas hundidas.

—Jorge, soy Abdolia.

No contestó. Vestía el traje marrón y la corbata verde con que fuera enterrado. Al acercarme, el adolescente surgió de alguna parte y se interpuso entre mi amigo y yo. Me observó fijamente con sus ojos rojos y penetrantes. Sostuve su mirada.

—Debes devolverme a Jorge.

—Entre los espectros que habitan el jardín, el único que me interesa es tu amigo; él descubrió mi esencia y la ha traducido a una ecuación. Dime, Abdolia, ¿para qué lo quieres? Lo único que hacía era mirarte enternecido y la única vez que se acercó a ti intentó violarte.

Me sorprendió y a la vez me halagó escuchar el tono celoso de un amante. Había deseo en su mirada.

—Quizá quiero que me siga observando con ternura, que

“Jorge,” I murmured.

I came down quickly, entered the garden and arrived at the labyrinth. In the direction of the house, under the first light of morning, I saw the silvery line of flowing water. I remembered the day when I had to cross that ghostly river with Jorge clinging to my legs. I crossed the labyrinth and walked toward some shadows that rose up toward the back of the garden. When I got there, a sudden night surrounded me and I walked among sheer cliffs that rose above a distant sea. Terror gushed down my spine like an icy waterfall. It did not surprise me to meet the youth that I had seen in my dreams. He was naked, with his fiery eyes open and the pair of golden wings on his back. He was the one who had watched me all those months. I tried to stand up straight despite my fear.

“Who are you?” I asked in a tone of authority.

“I am the King of the Dead who are buried in this garden.”

“Where is Jorge? I just saw him; he was heading this way.”

“I will tell you if you follow me,” answered the youth.

After a moment’s hesitation, I did follow. In the soft moonlight that illuminated the path, his wings opened and closed and I could not stop watching them. We crossed the place where the bird was bent over the serpent. It wasn’t a figure in the gravel anymore; its neck moved downward while the snake seemed to move away, in a contest that never ceased. When I raised my head, I saw that the boy with wings had disappeared and that a familiar shape replaced him.

“Jorge?”

He was standing up, with his eyes closed, his face very white and his cheeks hollow.

“Jorge, it’s Abdolia.”

He did not answer. He was wearing the brown suit and green tie in which he had been buried. When I came close, the youth reappeared out of nowhere and stationed himself between my friend and me. He stared at me fixedly with his red, penetrating eyes. I met his gaze.

“You should give me back to Jorge.”

“Of all the ghosts that haunt this garden, the only one who interests me is your friend; he discovered my essence and has translated it into an equation. Tell me, Abdolia, why do you care for him? All he ever did was look at you pathetically, and the one time he actually came near you, he tried to violate you.”

I was both surprised and flattered to hear the jealous tone of a lover. There was desire in his face.

“Maybe I want him to keep looking at me with



me recite sus poemas —contesté desafiante—. Tú no sabes lo que es eso. No conoces el amor humano.

El adolescente no contestó. Durante unos minutos miró al vacío, como pensando.

—Puedes llevártelo —dijo con tono sentencioso.

No contesté. Las sombras crecieron sobre el jardín. Sentí el inexplicable deseo de acariciar el cuerpo desnudo del Rey de los Muertos.

—Hay una condición, Abdolia. Amarraré su cuello al tuyo y caminarás mirando siempre hacia delante. Si te vuelves un solo momento, él regresará a la muerte.

Para unir nuestros cuellos utilizó una leve cadena dorada. Lo miré como esperando algo.

—Recuerda que si lo observas, el cariño que dices sentir por él, será impuro.

Asentí con la cabeza y por un momento tuve deseos de decirle que no amaba a Jorge; que deseaba quedarme a su lado en aquel lugar, pero de hacerlo expondría mis sentimientos y me mostraría vulnerable. Le di la espalda y empecé a caminar.

El jardín había crecido y se alternaban amaneceres con momentos de sombra. Atravesaba bosques que parecían amenazantes, mientras que en otros escuchaba cantar a los pájaros. La calma y la tormenta se sucedían en una extraña sucesión.

Hombres, mujeres, algunos niños vestidos con túnicas blancas cruzaban nuestro camino. Eran espectros, concentrados en sus pequeños universos.

Finalmente vi la casa con las ventanas iluminadas, pero no pude acercarme. La liviana cuerda parecía arrastrar la nada y yo volvía una y otra vez al mismo lugar, como si caminara en círculos.

Después de muchos esfuerzos, me encontré frente al río. La casa estaba en la otra orilla. Me bastaba atravesar la corriente sin mirar hacia atrás, para que todo volviera a ser como antes. Imaginé la sorpresa de los familiares de mi amigo; quizá aquella noche hubiera una fiesta. Luego debería enfrentarme a las miradas silenciosas de Jorge, oír sus poemas y sus especulaciones sobre el jardín.

Entonces decidí girar, no por el deseo de saber si marchaba detrás de mí, sino por el tedio y el hastío que me producía su presencia. Devolver a Jorge a su muerte, sería iniciar una

tenderness, to recite his poems to me,” I answered defiantly. “You don’t know what that is. You don’t know human love.”

The youth didn’t answer. For a few minutes he looked off into the distance, as though thinking.

“You can bring him back,” he said gravely.

I did not answer. The shadows grew over the garden. I felt an inexplicable desire to caress the naked body of the King of the Dead.

“There is a condition, Abdolia. I will tie his body to yours and you will walk, always looking forward. If you turn back even for a moment, he will return to the dead.”

To tie our necks he used a light golden chain. I looked at him as though I was waiting for something.

“Remember that if you look at him, the affection you claim to feel for him will be impure.”

I nodded my head, and for a moment I wanted to tell him that I did not love Jorge, that I wanted to stay by his side in that place, but to do so would expose my feelings and show weakness. I turned my back to him and started to walk.

The garden had grown and moments of dawn and shadow alternated. I passed through some woods that seemed threatening, while in others I heard birds singing. Fair weather and storm followed one another in a strange progression.

Men, women, and even some children dressed in white tunics crossed our path. They were ghosts, focused on their small universes.

Finally I saw the house with its lighted windows, but I could not approach it. The loose string seemed to hold nothing and I returned again and again to the same place, as if I were walking in circles.

After many efforts, I found myself on the bank of the river. The house was on the other shore. It was enough for me to cross the water without looking back, for everything to be as it was before. I imagined the surprise of my friend’s family; maybe that night there would be a party. Then I would have to encounter the silent gaze of Jorge, to hear his poems and his speculations about the garden.

Then I decided to turn back, not from desire to know if he was still behind me, but because of the boredom and disgust his presence caused me. To return Jorge to his death

vida alejada de su mirada de carnero, de su voz aguda entonando versos a mi belleza.

Frente a mí, su rostro tembló suavemente y se deshizo en un sucio resplandor. Quité la cadena vacía de mi cuello y me dirigí hacia el río, dispuesta a cruzarlo. En ese momento surgió frente a mí la espalda de Jorge, su traje marrón, sus piernas hundidas en la corriente, sólo que no era un fantasma; su cuerpo se movía con decisión mientras mi propia piel y mi carne perdían consistencia. Sin volverse, agitó en su mano el papel con la fórmula del jardín, que no recordaba haberle entregado. Atravesó la corriente, llegó a la otra orilla y se tendió exhausto en la hierba. Un momento después llegó su tío y lo ayudó a incorporarse. Supe que el anciano sabía todo. Se limitó a sonreír como si pudiera verme y a saludar con un gesto de su mano. Luego abrazó a Jorge, quien había recuperado por completo el color de sus mejillas y la solidez de su cuerpo y ambos marcharon hacia la casa.

Levanté mis manos y a través de mi carne vi la luz del atardecer. Supe que todo había sido una trampa del adolescente para que volviera con él. Multitud de seres oscuros surgieron de la tierra y me saludaron con reverencias silenciosas; eran los muertos del jardín que reconocían a su soberana. Llegué donde estaban el pájaro y la serpiente; el ave tomaba en su pico al ofidio y lo masticaba con gesto triunfal. El laberinto se había convertido en un valle de sombras. Más allá, junto a una cascada, aguardaba el adolescente, desnudo, blanco, hermoso. Me detuve frente a él y nos miramos fijamente mientras a nuestro alrededor los espectros se adelgazaban y se convertían en barro. Tan sólo existían nuestros ojos, nuestras miradas descubriéndonos.

La tierra, las plantas, los canteros se hundieron en torno a nosotros. El mundo como lo conocíamos, terminó. Los hombres desaparecieron y fueron reemplazados por gigantescas cucarachas, pero el Rey de los Muertos y yo seguíamos pendientes el uno del otro.

La naturaleza se rebeló hasta quedar exhausta. Las aguas se unieron a la tierra y la luz a la sombra. Monstruos vaporosos se convirtieron primero en libélulas y luego en cenizas. Tan sólo nuestros ojos flotaban en la nada.

Un amanecer, el jardín se formó lentamente y nosotros fuimos un leve recodo en el laberinto. Un joven y una joven caminaron a nuestro alrededor, buscando la explicación de algunos fenómenos. La nostalgia mordió mi carne de espectro al escuchar las palabras del muchacho.

—*Si puedo encerrar el jardín en una ecuación, lograré*

would be to start a life free of his carnivorous gaze and his high-pitched voice intoning verses about my beauty.

Before my eyes, his face trembled softly and dissolved into a murky glow. I took the empty chain from my neck and turned to the river, meaning to cross it. At that moment Jorge's back rose up before me in his brown suit, his legs submerged in the water, only he was not a ghost; his body moved with decision while my own flesh lost its substance. Without turning around, he waved in his hand the paper with the formula of the garden, which I did not recall giving to him. He crossed the river, came to the opposite bank and lay exhausted in the grass. A moment later his uncle came and helped him sit up. I knew that the old man knew everything. He contented himself with smiling as though he could see me and greeting me with a gesture of his hand. Then he embraced Jorge, who had completely recovered the color of his cheeks and the solidity of his body, and they both went off toward the house.

I raised my hands and through my flesh I could see the light of evening. I knew that everything had been a trick of the youth to make me stay with him. A multitude of dark beings rose from the earth and greeted me with silent reverence; they were the dead of the garden, who recognized their queen. I came to the place with the bird and the serpent; the bird had the snake in its beak and was chewing it with a triumphal air. The labyrinth had changed into a valley of shadows. Further on, near a waterfall, the youth waited, naked, white, beautiful. I stopped in front of him and we looked closely at each other while all around us the ghosts thinned and dissolved into mud. Only our eyes existed, our gazes discovering each other.

The earth, the plants, the flowerbeds collapsed around us. The world as we knew it, ended. The men disappeared and were replaced by gigantic cockroaches, but the King of the Dead and I kept our eyes on each other.

Nature rebelled until it was exhausted. Water joined earth and light, shadow. Diaphanous monsters changed first into dragonflies and then into ashes. Only our eyes hovered in the void.

One morning, the garden slowly took form and we were a gentle curve in the labyrinth. A young man and woman walked around us, searching for the explanation of certain phenomena. Nostalgia ate at my ghost's flesh when I heard the boy's words:

—*If I can sum up the garden in an equation, I will be able*

*hacer lo mismo con la vida y, cuando muera, regresaré...*

Ricardo Iribarren, Argentina, Colombia © 2009

*to do the same with life, and then when I die I shall return..."*

Translation by Christine Neulieb © 2009

## Navegando sueños

Escuchaba la canción: “Hacé de cuenta que estuve navegando / es casi lo mismo, sólo cambia el paisaje: / abajo el mar que nunca se ve, arriba el cielo —¡el cielo raso!— / y tu foto en la pared.”

Estaba tirado en el colchón. Desnudo e impregnado de sudor. El calor era insoportable. Incluso el destartalado ventilador arrojaba de a ratos un vaho tórrido. Pero tenía la extraña sensación de estar flotando. No en el aire, sino en un enorme océano sin horizontes.

Sentía el suave bamboleo. Hasta el aire tenía aroma a sal. No quería romper la ilusión, por eso no abría los ojos.

¿Qué podía haber debajo de la cama? Un par de zapatos. Eventualmente, otro par femenino. Y alguna otra prenda íntima. Un cenicero cargado de colillas. Una copa de champagne volcada. Un revista de actualidad, algunos periódicos, un par de libros y literatura erótica, por aquí y por allá. Una caja con restos de pizza. Y por supuesto, un cocodrilo. ¿Por qué no podía haber un mar? Siempre me atrajo el océano. Si era posible recordar en una ensoñación, me remonté a una de mis primeras vacaciones en Mar de Ajo. Tenía un baldecito color amarillo de latón, y una palita y su correspondiente rastrillo haciendo juego. Juntaba dentro del balde algunos caracoles que desenterraba de la arena. O si no, ya aburrido de hacer castillos, tapaba las aguas vivas con arenisca.

En lugar de short tenía puesto una especie de bombacha con pechera que odiaba. Los chicos más grandes se reían de esa ridícula vestimenta. Y mi madre insistía con unas sandalias plásticas que me lastimaban mis pies transpirados. ¿Los padres no se dan cuenta cuándo los hijos no desean hacer el ridículo? ¿No entienden que no son muñecos de porcelana a los que hay que cambiarles su ropita?

## Sailing Dreams

I was listening to the song “Mirta, de regreso”: “I found that I was sailing/ It’s almost the same, only the scenery changes: / below is the unseen ocean, above is the sky – the clear sky!/ and your photo on the wall.”

I was stretched out on the mattress. Naked and soaked in sweat. The heat was unbearable. Even what the dilapidated fan blew out, in its fitful way, was a torrid steam. But I had the strange sensation of being afloat. Not in the air, but in an enormous ocean without horizons.

I felt the gentle swaying. The air even had the smell of salt. I did not want to break the illusion, so I did not open my eyes.

What might have been under the bed? A pair of shoes. Possibly another pair, a girl’s. And some other unmentionables. An ashtray full of cigarette butts. A glass of champagne. A news magazine, some newspapers, a couple of books and some porn, here and there. A box with the remnants of a pizza. And, of course, a crocodile. Why couldn’t there have been an ocean? The sea always attracted me. I drifted back (if it was possible to remember things in a daydream) to one of my first vacations in Mar de Ajo. I had a little bucket the yellow color of brass, and a little pail and rake to play with. I collected in the bucket some snails that I dug up from the sand. Or if not, already bored with making castles, I was covering the jellyfish with gravel.

In place of shorts I was wearing a pair of overall things that I used to hate. The bigger boys laughed at the ridiculous outfit. And my mother insisted on a pair of plastic sandals that hurt my sweaty feet. Don’t parents realize when their children don’t want to look stupid? Don’t they understand that these aren’t porcelain dolls whose little toy clothes they

Así y todo, era feliz. Yo. Pero el gato no.

Teníamos un gato atigrado de ojos somnolientos. Se parecía a Robert Mitchum ¿Cómo se llamaba? Paco o Pepe. Pongámosle Pepe.

Bien, resulta que el pobre Pepe se había topado con un salvaje. O sea: yo. Mi diversión predilecta (no entiendo como no terminé con un ojo de menos) era tomarlo por la cola, y luego de revolearlo un par de veces, lo arrojaba por encima del techo a dos aguas de nuestra casita de fin de semana.

Debe haber sido un gato muy manso. O muy viejo. O bastante boludo. El asunto es que yo siempre lo atrapaba y ¡zas!, ¡el gato volador!

¿Por qué me estaba acordando de esto? ¡Ah! ¡Sí! El aroma a mar. El bamboleo de mi colchón navegante. Y el ardor en mi piel y mis arterias. Como aquella vez que me insolé. No solo me tuvieron que poner cremas en mi piel llagada, si no que por una semana me metían debajo de una sombrilla con un sombrerito de paja. Envuelto en unas túnicas aún más ridículas que aquellas bombachas que odiaba. Ni al mar. Ni a jugar con mis amiguitos. ¿Amiguitos? ¡Flor de turros! Pasaban y me hacían burla. Me invitaban. Decían:  
—¡El agua está bárbara! ¡Vení gil!  
—¡No querés jugar, bobo?  
—¡No podés jugar! ¡No podés jugar!

De todas maneras era bastante salvaje. Y muy vengativo.

A uno de ellos, el que más se había reído de mí, lo enterré vivo. Con su consentimiento. Después de todo era un juego. El asunto es que me había olvidado de desenterrarlo. Creo que los padres lo encontraron con su carita tan quemada como había estado yo cuando se burlaba. Igualmente no me salvé de un par de cintazos de mi viejo, hartos de mis travesuras recurrentes. Debo decir, en su descargo, que yo ya era un criminal en potencia hecho y derecho.

El correctivo del cinto no surtía efecto. Al contrario era como que me incitaba a ser más y más audaz. Una vez casi la había matado a mi madre. Escondido detrás de una puerta me le aparecí por detrás y dije “¡Buh!”

Mi mamá era cardíaca. Se puso blanca y estuvo por desmayarse. Unos cuántos minutos. Mi padre no dijo nada. Simplemente se sacó el cinturón de su cintura y me señaló el cuarto del fondo. Creo que si olvidé aquello es por algún

have to change?

Despite all that, I was happy. I was. But not the cat.

We had a tabby cat with sleepy eyes. He looked like Robert Mitchum. What did we call him? Paco or Pepe. Let's say Pepe.

Ok, what happened was that poor Pepe had crossed paths with a savage. That is: me. My favorite pastime (I don't understand how I didn't lose an eye) was to grab him by the tail, and then swing him in circles a couple times before letting him fly to the top of the peaked roof of our weekend house.

It must have been a very tame cat. Or very old. Or really stupid. At any rate, I always caught him and zoom! The flying cat!

Why am I recalling this? Oh! Yes! The smell of the sea. The sway of my sailing bed. And the heat in my skin and my veins. Like that time I got sunstroke. Not only did they have to put creams on my burnt skin, but for a week they made me go around under a parasol and little straw hat. Wrapped in tunics even more ridiculous than the overall knickers I hated. I couldn't go to the beach. Or to play with my little friends. Friends? Nice name for them! They came by and laughed at me. They called to me. They said:  
“The water is awesome! Come on, stupid!”  
“Don't you want to play, dummy?”  
“You can't play! You can't play!”

Anyway, it was quite savage. And vengeful.

One of them, the one who had laughed at me the most, I buried alive. With his consent. After all, it was a game. What happened was that I forgot to unbury him. I think his parents found him with his face as sunburned as mine had been when he laughed at me. All the same, it didn't save me from a couple of good lashings by my old man, who was fed up with my repeat offenses. I should say, in his defense, that I was already an accomplished criminal.

The corrective of the belt did not have the intended effect. On the contrary, it was as though it incited me to be more and more daring. One time I almost killed my mother. Hidden behind a door, I jumped out at her and yelled “Boo!”

My mother had a bad heart. She turned white and almost passed out. The fit lasted for some minutes. My father didn't say anything. He just took off his belt and pointed to the back room. I think that if I forgot about that part, it's

proceso de autodefensa de la psiquis.

¿Dónde habíamos empezado? ¡Claro! En mi habitación calurosa y el mugroso colchón flotante.

Me puse de pie sobre el colchón. Pese al balanceo. Tenía puesto mi piloto de gabardina oscuro, mis zapatos de gamuza azul, un pantalón de lanilla y un sombrero que parecía heredado de Frank Sinatra. No estaba errado. Todo en derredor era agua. Un océano inconmensurable. Lloviznaba, pero no sobre mí. Llovía alrededor. Sobre aquel extraño piélagos.

¿Dónde estaba la mesita de luz? ¿Dónde las pastillas?

Durante un buen rato estuve surfando aquellas aguas espumosas.

El surf. Ese fue otro verano. Ya era un adolescente de hormonas rebeldes. Tan sediciosas como las de Veronika. Así con “k”. Era una rubia pecosa de ascendencia gringa. De ojos de un azul translúcido. No fue un amor de verano más. Fue mi primer amor.

Ella adoraba el surf. Yo le enseñé el lugar dónde se formaban las mejores olas. Las más altas y excitantes. Los mejores vientos. Pero... una fue demasiado peligrosa. Nos golpeó de lleno. Yo desperté tirado en la playa. A ella el mar no me la devolvió nunca. Solo me quedaba su recuerdo y este sentimiento de culpa.

¿Por qué ella y no yo?

Me dejé caer en el agua que me rodeaba. Me hundía lentamente. No podía respirar. Ya no podía aguantar la respiración. Cada vez que abría la boca me entraba agua. Tratava de patalear pero un peso sobre mis hombros me impedía subir. Me estaba muriendo. Después de todo no merecía otra cosa.

Una mano me tomó de los pelos, mientras los ramalazos de agua seguían en mi rostro.

Tomé una bocanada de aire. El tipo que me tiraba de la cabellera habló:  
—¡Hijo de puta! ¿Cuántas veces te dije que no tomés más esas porquerías?

Ricardo Juan Benítez, Argentina © 2008

because of some sort of psychological defense mechanism.

Where did we start? Of course! My sweltering bedroom and the filthy, floating bed.

I stood up on the bed. In spite of the swinging motion. I had on my black trench coat, my blue suede shoes, twill pants, and a hat that looked like it had belonged to Frank Sinatra. I was not mistaken. Everything around me was water. An immeasurable ocean. It was sprinkling rain, but not on me. It rained out there. Over that strange high sea.

Where was the bedside table? Where were the pills?

For a good while I was surfing those foamy waters.

Surfing. That was another summer. I was already an adolescent with rebellious hormones. As treacherous as Veronika's. Like that, with a “k.” She was a freckled blond of gringo descent. She had translucent blue eyes. It wasn't just a summer fling. It was my first love.

She loved to surf. I taught her the place where the best waves were. The highest and most exciting. The best winds. But...one was too dangerous. It wiped us out completely. I woke up stretched on the beach. The sea never gave her back to me. Only her memory and this feeling of guilt lingered.

Why her, and not me?

I let myself fall in the water that surrounded me. I sank slowly. I couldn't breathe. I couldn't hold my breath. Every time I opened my mouth, it filled with water. I tried to kick but a weight on my shoulders kept me from rising. I was dying. After all, it was what I deserved.

A hand took me by the hair, while the telltale signs of water remained on my face.

I took a mouthful of air. The guy who had me by the hair spoke:  
“Son of a bitch! How many times have I told you not to take that shit any more?”

Translation by Christine Neulieb © 2009

## Irene y los gatitos

Irene se acerca al viejo puente de piedra con el saco bullicioso en sus manos. Afiladas pero diminutas garras rasgan la tela en su interior, y los cuerpos de los gatitos se entremezclan, se superponen, se avivan, mientras las redondas manos de Irene sujetan la cuerda roja que ata la boca del saco.

Los piecitos de Irene se adentran poco a poco en las losas húmedas y grandes que cubren la calzada del puente, mientras su respirar acelerado sofoca los sollozos y el antebrazo desnudo aparta el sudor frío de su cara bañada en lágrimas. Se toma la licencia de deslizarse inacabablemente sus zapatitos negros de charol hasta la mitad del viejo puente romano, dejando al frío sol de invierno despuntar sobre la cúpula de la catedral. Pasa un arco, luego otro, y otro más, y así hasta cinco. Es el centro.

Irene necesita un par de minutos antes de acercarse al pretil. Deja el saco en el suelo, aún bullendo gatitos en su interior. Toca con la mano derecha el rocío licuado sobre la piedra. Un escalofrío recorre su pequeño cuerpo, y siente el calor febril de su frente, y el dolor de su estómago, y el temblor de sus piernecitas, y el cuerpo húmedo y frío, y la boca seca.

Irene se seca la mano en el jersey amarillo de lana. Mira al saco de arpillera a sus pies. Se siguen viendo las garras agitándose y los cuerpos moviéndose infatigables. Irene mira hacia el frente. Recuerda el hambre que ahora parece haber desaparecido. Recuerda los gritos. Se da cuenta de que sigue llorando. Le tiemblan las piernas de nuevo.

Por fin, toma el saco con su mano derecha, sin mirarlo. Lo eleva con ambas manos hasta tenerlo sobre la piedra. Ve el sol amarillo y grande elevarse de forma casi visible sobre la cúpula barroca. Sorbe y traga tantas lágrimas que le parecen imposibles. Se arma de valor. Agarra fuertemente el saco con ambas manos y lo sitúa ya sobre el agua, pendiente sobre el río, esperando al último gesto.

Y de nuevo siente el temblor de sus piernas, y la fiebre en el pecho y la cabeza, y una punzada de hambre y asco en el estómago. Y las lágrimas caen como nunca, unidas a los mocos. Y a pesar de ello no puede emitir sonido alguno.

## Irene and the Kittens

Irene draws near the old stone bridge with the squirming sack in her hands. Inside, sharp but tiny claws tear at the fabric; the bodies of the kittens get tangled together, climb on top of each other, and wriggle, while Irene's doll-like hands grip the red cord that ties shut the opening of the sack.

Irene's small feet trudge forward bit by bit across the big wet paving stones that cover the surface of the bridge, while her rapid breathing suppresses sobs and her bare forearm wipes cold sweat from her tearstained face. She takes the liberty of interminably skidding her little black patent leather shoes up to the middle of the old Roman bridge, letting the cold sun of winter rise above the dome of the cathedral. She passes an arch, then another, and another, up to the fifth. That is the center.

It takes Irene a couple of minutes before she gets close to the parapet. She leaves the sack on the ground, the kittens still squirming inside. Her right hand touches the dew condensed on the stone. A shiver runs through her small body, and she feels a feverish heat in her face, pain in her stomach, trembling in her legs. Her body is moist and cold, her mouth dry.

Irene dries her hand on her yellow woolen sweater. She looks at the burlap sack at her feet. The claws are still scratching and the tireless bodies still moving. Irene looks forward. She remembers the hunger, which now seems to have disappeared. She remembers the shouts. She realizes that she is still crying. Her legs tremble again.

At last, she takes the sack with her right hand, not looking at it. She raises it with both hands until she gets it over the stone. She sees the huge yellow sun climbing above the baroque dome, its movement almost perceptible. She sucks in and swallows so many tears that it seems impossible. She arms herself with courage. She gives the sack a strong tug with both hands and positions it over the water, dangling above the river, awaiting the coup de grâce.

And once again she feels the trembling in her legs, and the fever in her chest and head, and a pang of hunger and nausea in her stomach. The tears fall more than ever; her nose is running. And in spite of it all she cannot make a

Sus manos llevan el saco hacia atrás, lo rescatan. No puede dejarlo caer.

En cuestión de segundos sus pies empiezan una maquina vuelta al hogar, lenta pero decidida. Las lágrimas fluyen más despacio, los temblores se aminoran, las manos ya no sienten el peso, mientras el frío de la mañana equilibra el ardor de la frente.

Durante los quince minutos del regreso, Irene no piensa en nada. Es incapaz de adelantarse al futuro inmediato, de asumir los siguientes episodios de la aventura.

Se detiene frente al portal número 9 de la Calle Clariano y golpea con sus nudillos la puerta de madera negra. Sus siete años no alcanzan al pomo férreo en forma de mano, pero hace un delicado puño que imita a la imitación.

Se oyen pasos y, después de unos segundos para inspeccionar por la mirilla, una alta y delicada figura abre la puerta. Irene observa a su madre, que con gesto adusto se queda de brazos cruzados en el umbral, protegida por la vieja bata, ya rasgada, y las zapatillas a cuadros agujereadas. Pasan solo unos segundos antes de que la mano diestra de la madre sacuda los rojos mofletes de Irene.

\*\*\*\*

En la penumbra de la tarde, Don Gerardo está atizando los carbones de la chimenea y de cuando en cuando fuma su pipa de caoba. El fuego deja escapar chispas aquí y allá, avivándose lentamente. Viste un traje negro con finas rayas blancas, casi imperceptibles, un traje bastante inapropiado para estar en casa y ya casi a la hora de cenar.

Doña Prudencia va echando al puchero los trozos de patata que tres de sus hijas van cortando. Una de ellas canturrea *La Bienpagá* mientras recoge las mondas y las va poniendo sobre un papel de estraza.

—No se cantan canciones lascivas en esta casa —espeta don Gerardo sin dejar de mirar al fuego y de echar volutas redondas y lascivas al aire.

—Perdone, Padre —dice la adolescente.

—Y tú, Irene, vete pensando si quieres cenar esta noche —continúa él—. No te creas que vas a salirte con la tuya. ¡Aquí el que no hace su parte no come, como yo me llamo don Gerardo!

El saco de los gatitos permanece junto a la chimenea. Ahora no se menean tanto, quizás por debilidad o quizás

sound.

Her hands pull the sack back over, rescue it. She cannot let it fall.

In a matter of seconds her feet begin a mechanical return home, slow but decided. The tears slow, the tremors diminish, her hands don't feel the weight, while the cold of the morning balances the heat of the fever.

During the fifteen minutes of her trip back, Irene doesn't think about anything. She is incapable of thinking forward to the immediate future, of imagining the subsequent episodes of the incident.

She stops at the entrance of #9 Calle Clariano and knocks on the black wooden door. Her seven years do not reach the iron knob in the form of a hand, but make a delicate fist that imitates the imitation.

There are footsteps inside and, after taking a moment to look through the peephole, a tall and delicate figure opens the door. Irene looks up at her mother, who stands on the threshold with a dour expression, her arms crossed, wearing an already-ragged old bathrobe and shoes full of holes. Only a few seconds pass before the mother's right hand slaps Irene's chubby cheeks.

\*\*\*\*

In the shadowy light of evening, Don Gerardo is poking the coals of the fireplace and from time to time puffs on his mahogany pipe. The fire sends up sparks here and there, kindling slowly. He wears a black suit with tiny, almost invisible white pinstripes, a very inappropriate suit for being at home, especially when it is almost time for dinner.

Doña Prudencia is busy throwing the chunks of potato that three of her daughters are chopping into the stew. One of them hums "*La Bienpagá*" while she collects the peels and wraps them in a rag.

"We do not sing lewd songs in this house," declares Don Gerardo, without leaving off from looking at the fire and sending lewd smoke rings into the air.

"Sorry, Father," says the girl.

"And you, Irene, see that you're thinking about whether you want to eat tonight," he continues. "Don't think you're going to get away with this. Around here, whoever doesn't do their part doesn't eat, sure as my name is Don Gerardo!"

The sack of kittens remains next to the fireplace. Now they don't move around as much, maybe from weakness, or



por encontrarse más a su gusto en las proximidades del fuego. Irene permanece impassible, sentada, con las manos apoyadas en los mofletes y la mirada perdida en el vacío.

—Adela —prosigue don Gerardo—, vete trayendo baldes de agua para tu hermano Antonio, que aquí la rapaza anda ensoberbecida y no atiende a sus deberes hoy. Ya sabes que Antonio se baña siempre a esta hora, al volver de la oficina.

La gata se acerca por enésima vez al saco de sus hijos. Por enésima vez la retira la mano suave de don Gerardo, y luego le acaricia el lomo gris rayado, le pasa los dedos por la cabeza y le masajea el cuello.

Irene siente una fuerte punzada de dolor en el estómago, algo antes desconocido, algo más fuerte de lo esperado. Siente necesidad de retorcerse pero es a la vez incapaz de hacerlo, de abandonar su pose ausente, replegada, pétrea, con las manos bajo los mofletes. Es el tercer día sin comer. También ha sido el tercer bofetón a la vuelta del puente. Y la lección continúa. Y los gatos se rebullen.

\*\*\*\*

Ahora la numerosa familia cena en torno a una gran mesa rectangular de madera. No hay mantel. La belleza de los platos de china contrasta con la exigüidad del alimento. Don Gerardo sorbe el caldo de su plato de patatas hervidas con la cuchara de aluminio. La observa.

—Hasta en el frente nos daban cubiertos más firmes que estos; hay que ver lo que se llega a vender en las tiendas estos días —concluye.

Doña Prudencia remueve las patatas sin ganas. Deja escapar un suspiro.

—Ave María Purísima... —dice de forma extraña e inesperada. Los demás la observan pero la frase les parece a todos fuera de contexto.

—Hasta la gata se está portando mejor que nuestra testarudita —elabora el padre—. Ya no se llega a ver el saco. Y se ha comido la sardina en un santiamén...

—¿Quieres cenar, hija? —le dice de repente doña Prudencia a Irene. La niña, sorprendida, abre la boca y los ojos como tres platos, y da una pronta respuesta:

—Sí.

—Pues prométeme que mañana por la mañana vas a tirar el saco al río, como es tu deber. ¡Los mayores no han de hacer el trabajo de los pequeños!

maybe because they find the spot near the fire more to their liking. Irene remains impassive, seated, with her hands on her cheeks and staring into space.

“Adela,” persists Don Gerardo, “get those buckets of water for your brother Antonio, since the little one is being stuck-up and not doing her chores today. You know Antonio likes to bathe at this hour, when he comes back from the office.”

The mother cat goes up to to the sack that holds her offspring, for the millionth time. For the millionth time the gentle hand of Don Gerardo pulls her away, then pets her striped gray fur, rubs his fingers on her head and strokes her neck.

Irene feels a strong stab of pain in her stomach like she has never known before, stronger than she could have anticipated. She feels the need to double over but at the same time is unable to do it, to abandon her absent, withdrawn, stony position, hands under her cheeks. It is her third day without eating. It has also been her third time getting smacked upon returning from the bridge. And the lesson continues. And the cats squirm around.

\*\*\*\*

Now the large family is dining around a big, rectangular wooden dinner table. There is no tablecloth. The elegance of the china contrasts with the meagreness of the food. Don Gerardo sips the broth from his bowl of boiled potatoes with an aluminum spoon. He looks down at it.

“Even at the front they were giving us more substantial rations than this; you have to watch what they’re selling at the stores these days,” he concludes.

Doña Prudencia removes the potatoes without enthusiasm. She lets a sigh escape.

“*Ave María Purísima*,” she swears, which is out of character. The others look at her, but the phrase seems out of context to them all.

“Even the cat is behaving better than our little stubborn one,” the father continues. “She still hasn’t gone back to look at the sack. And she gobbled up her sardine in a second.”

“Do you want to eat, child?” Doña Prudencia suddenly says to Irene. The child, surprised, opens her mouth and eyes like three plates, and gives a quick answer:

“Yes.”

“Well promise me that tomorrow morning you will throw the sack in the river, like you’re supposed to. The older

Irene se queda con los ojos abiertos, con la boca abierta, con el punzonazo en el estómago, con el pelo más ensortijado que nunca. Y calla. Las hermanas la miran de hito en hito, y Adela, la que canturreaba, se sonrío al verla.

Pasan tres minutos más de silencio. Al final, las zapatillas de la madre se arrastran hasta el escaño de la niña, y cae el cuarto bofetón.

—¡A la cama!

\*\*\*\*\*

Es otra vez la primera hora de la mañana. Los rayos del sol aún no despuntan pero se adivina un nuevo día sobre los adoquines del barrio. Una ligera llovizna va salpicándolo todo. Hace frío.

Una vieja farola de carburo parpadea y se extingue al paso lento de Irene. Un pañuelo rojo de campesina protege sus orejas del aire frío. El mismo jerseycito amarillo de ayer cubre su pecho. Y la falda verde oscuro cae hasta casi los zapatitos de charol.

En sus manos, el saco de cinco gatitos se remueve. Extrañamente, los cuerpos sin nutrición siguen rebullendo tras cuatro días de ir y venir al puente romano. El frío de la mañana parece ponerlos en alerta. Las garras siguen saliendo aquí y allá por entre la fea arpillera marrón, y a veces se notan en las piernecitas de Irene a través de la tupida falda de paño.

Al doblar la Calle Mayor vuelven las lágrimas a su rostro, de forma automática, sin que ella sienta que su ánimo se ha alterado. Sin poder explicarlo, Irene intuye que a lo largo de su vida nunca será capaz de tener ni más ni menos ánimo que ahora. Pero por sus mejillas empieza a deslizarse ese sabor amargo y medio salado. La garganta le escuece.

Al llegar a la Cuesta del Perdón casi resbala en un adoquín deforme. Camina despacio porque no puede llevar el saco con una sola mano. También, claro, porque a pesar del frío y la llovizna no quiere caminar más deprisa. Si pudiera verbalizar sus pensamientos de manera clara, pensaría en hacer de este camino un camino eterno, sin final ni retorno; un camino que se realizara de forma tan lenta que nunca se pudiera atisbar su final; un laberinto de calles y adoquines y llovizna y rótulos, en el que el puente de piedra quedara siempre fuera de alcance.

children should not have to do the work of the youngest!”

Irene remains with her eyes wide and her mouth open, with the stabbing pain in her stomach, with her hair more disheveled than ever. And she is silent. Her sisters stare at her and Adela, the one who was humming, smiles at the sight.

Three more minutes of silence pass. Finally, the mother's old shoes slide slowly toward the place where the child sits, and the fourth blow falls.

“Go to bed!”

\*\*\*\*\*

It is yet again the first hour of morning. The rays of the sun have not yet broken over the horizon, but one can discern a new day above the pavements of the neighborhood. A light drizzle of rain is spattering everything. It is cold.

An old carbide streetlamp blinks and goes out as Irene slowly passes. A red peasant's scarf protects her ears from the cold air. The same little yellow sweater as yesterday covers her body. Her dark green skirt falls almost to her patent leather shoes.

In her hands, the sack with the five kittens fidgets. Strangely, the unfed bodies keep on squirming after four days of going back and forth to the Roman bridge. The cold of the morning seems to have made them alert. The claws keep poking through the ugly brown fabric here and there, and sometimes Irene feels them on her legs despite the thick cloth of her skirt.

When she crosses Calle Mayor the tears return to her face, automatically, though she did not feel a change in her spirits. Without being able to explain it, Irene feels that in her whole life she will never have any more or less nerve than she has now. But the bitter, half-salty taste begins to slide down her cheeks. Her throat stings.

When she arrives at Cuesta del Perdón she almost slips on an irregular paving stone. She walks slowly because she cannot carry the sack in one hand. Also, to be sure, because despite the cold and the rain she does not want to walk any faster. If she were able to formulate her thoughts more clearly, she would be thinking about how she could make this an eternal journey, without an end or a return; a walk that would be realized so slowly that it would never be possible to make it to the end; a labyrinth of streets and cobblestones and rain and signposts, in which the stone bridge would remain forever out of reach.

Pasan ya veinte minutos de lento caminar, y la Calle Gelves desemboca por sorpresa en el puente. Irene se detiene. No es capaz de saber si ahora la lluvia es más o menos intensa que antes. Piensa en posar el saco sobre los adoquines pero por algún motivo ignoto no lo hace.

Un primer rayo de sol comienza a dibujar la silueta de la catedral, al fondo, aunque lo más visible es el puente, iluminado por doce farolas grandes, eléctricas, imponentes, aunque inadecuadas en el contexto de piedra.

En la cabeza de Irene, que sin ser consciente de haberlo decidido ha emprendido ya su marcha sobre las losas del puente, resuenan palabras sueltas en una suerte de crucigrama: “lección”, “deber”, “educación”, “soplamocos”, “ensoberbecida”, “familia”... De repente la mente en blanco se ha tornado caótico torbellino verbal.

Sin haberlos contado, sus pies se detienen al pasar el quinto arco, el arco del medio. Ahora sí posa el saco en el suelo. Mira al frente. Oye un maullido a destiempo.

Sus manos palpan el pretil, encharcado por la llovizna en los huecos que ha ido grabando la erosión. Se las seca para evitar resbalones. Piensa en mirar a los dos lados pero no se atreve. Piensa en no pensar.

Sin saber si está aún lloviendo sobre su cabeza, toma el saco en sus manos y lo sitúa arriba, en el pretil.

Su cabeza empieza a dar vueltas. Le sube la fiebre. Su pecho parece arder y una especie de picor sacude sus hombros. El dolor del estómago se hace más fuerte aún que el día anterior, y piensa en comida, en patatas, aunque la imagen del plato le hace sentir náuseas y cree que va a vomitar. No puede vomitar. Siente las lágrimas entrar por su boca, más saladas y amargas que nunca. La garganta le pica. Tose. Tose otra vez. Se atraganta. Siente por primera vez hoy el fluir de las lágrimas en sus ojos. Respira agitada. Su corazón late de repente y no sabe si antes ya latía así. Un escalofrío sacude su espalda.

A lo lejos, un coche empieza su lenta marcha por el puente. Irene agarra la boca del saco, lo suspende por cuarto día consecutivo sobre las frías aguas del río, lo deja resbalar hasta que solo lo sostiene por la cuerda roja.

El coche pasa a la altura de Irene, resbalando suave sobre los charcos, y sus faros redondos y pequeños iluminan la escena.

Twenty minutes of slow walking pass, and Calle Gelves ends suddenly at the bridge. Irene hesitates. She can't tell if the rain is more or less intense now than it was before. She thinks about laying the sack down on the cobblestones, but for some unknown reason she does not do it.

A first ray of sun begins to silhouette the cathedral from behind, although what is most visible is the bridge, illuminated by two great lamps, electric, imposing, although inadequate in the context of stone.

Without being conscious of having decided, Irene has already started her march across the pavement of the bridge, and in her head there resound stray words in a sort of crossword: *lesson, duty, education, box on the ears, pride, family*... All of a sudden her blank mind has become a chaotic tumble of words.

Without counting, her feet stop at the fifth arch, the middle one. Now she lays the sack on the ground. She looks forward. She hears an untimely meow.

Her hands feel the parapet; the rain has left puddles where erosion has made hollows in the stone. She dries off her hands to keep from slipping. She thinks about looking to either side but does not dare. She thinks about not thinking.

Without even knowing if the rain is still falling on her head, she takes the sack in her hands and situates it above, on the parapet.

Her head begins to spin. The fever climbs. Her chest seems to burn and her shoulders prickle. The stomach pain is stronger even than the day before, and she thinks about food, about potatoes, although the mental image of the plate makes her feel nauseated and she believes she is going to vomit. She cannot vomit. She feels tears running into her mouth, more salty and bitter than ever. Her throat itches. She coughs. She coughs again. She chokes. She feels for the first time today the streaming of the tears in her eyes. She breathes with agitation. Her heart suddenly beats, and she does not know if it was beating that way already. A shiver runs down her spine.

In the distance, a car begins its slow trip across the bridge. Irene grabs the mouth of the sack, holds it for the fourth consecutive day over the cold waters of the river, lets it dangle until it is only suspended by the red cord.

The car passes close to Irene, gliding over the puddles, and its small round headlights light up the scene.

Irene deja caer el saco, con los cinco gatos dando vueltas y más vueltas en el aire, con los súbitos maullidos erizándole el cabello al amanecer, con el alma saliéndole de la garganta para siempre.

Cuando el saco golpea el agua, Irene alcanza la madurez.

José Luis Martín, España / Estados Unidos © 2008

Irene lets the sack fall. The five cats tumble over and over in the air, and their sudden meows make her hair stand on end while in the sky dawn breaks and her soul seems to rise into her throat and leave her body forever.

When the sack hits the water, Irene is grown up.

Translation by Christine Neulieb © 2009

## Fuencarral abajo, cuadro matritense de principios del XXI

---

Bajar por la calle Fuencarral desde la glorieta de Bilbao un domingo por la mañana temprano es convertirse en voyeur de la noche del sábado sin tener que arriesgarse a participar. Cuando el azul de la mañana del domingo se anuncia en la ancha calle de Sagasta desde el Este, en la estrecha calle de Fuencarral, que corta la glorieta desde el Norte, sólo se ve el cielo negro estrellado de la noche del sábado. Los camareros del Café Comercial empiezan a sacar las mesas a la glorieta mientras que, a unos pocos metros, en el Starbucks de Fuencarral todavía están echadas las persianas metálicas cubiertas de graffittis negro-rimel corrido de meadas cinco-estrellas. Casi no pasan taxis. Los pocos que pasan llevan la lucecita verde-esperanza apagada para no tener que recoger a alguno que les vomite la tapicería o les monte bronca. Circulan samures con la sirena en silencio pero la luz ámbar destellando a borbotones.

Las bocas de metro de Bilbao y de Tribunal están cerradas, sus entradas tapiadas con atillos de periódicos de hoy –o mañana, según se mire– para los kioscos de prensa, que tampoco han abierto. Tenemos que zigzaguear entre latas de Mahou arrugadas como frutas a las que se les ha exprimido la última gota y entre vasos de plástico en los que los cubitos de hielo se resisten a transubstanciarse en rocío mañanero. Junto al Cajamadrid con tatuajes antikapital de la plaza Barceló se besan dos lesbianas –una guapa, pensamos con cierta pena usando el juicioso

## Down Fuencarral: A Scene from Madrid at the Beginning of the 21<sup>st</sup> Century

---

To walk down Calle Fuencarral from Bilbao Square early on a Sunday morning is to become a voyeur of Saturday night, without having to risk participation. Even at this hour, when the light of Sunday morning is beginning to appear in the eastern sky over the broad Calle Sagasta, only the starry black sky of Saturday night is visible in the narrow Calle Fuencarral, which cuts through the square from the north. The waiters of Café Comercial are starting to bring tables out to the square, while a few meters away, at the Fuencarral Starbucks, the metal blinds are still closed and streaked with smears like end-of-the-night eye makeup where the drunks have pissed on them. There are almost no taxis. The few that go by have the saving beacons of their vacancy lights turned off, so they don't have to take a fare who will puke on their upholstery or pick a fight. Ambulances circle, their sirens off but their amber lights flashing.

The entrances to the Bilbao and Tribunal metro stations are closed, their gates blocked with bundles of today's newspapers –or tomorrow's, rather– for the sales kiosks that haven't opened yet. We have to zigzag around the detritus of the night: Mahou beer cans, crushed like fruits from which the last drop has been squeezed, and plastic cups, in which the last ice cubes have refused to transubstantiate into morning dew. Next to the Cajamadrid of Barcelo Plaza, which is covered with anti-capitalist

nosotros de flaneador costumbrista, de mirón incorpóreo e indubitablemente heterosexual. La lesbiana fea desengancha el piercing de su lengua del de su novia para meter la cabeza en la hornacina del cajero y confesar el número secreto. El cajero hace arcadas y regurgita euros que permitirá a las dos jóvenes detener la llegada del día una hora más. De las bocacalles que dan a Pelayo salen grupos con voces enronquecidas de gritar en locales de copas, música y pastillas de diseño. Cruzan Fuencarral y se meten hacia Malasaña, pasando así instantáneamente de los 90 –Nuestra Señora del Desencanto– a los felices 80 – Nuestra Señora de la Movida. Cada pocos metros algún ensimismado, mirando al suelo con un movistar en la palma ahuecada de la mano se lo aplasta contra la oreja en gesto de imam o mufti que se prepara a llamar a la primera oración de la mañana pero sólo grita joder tíos, dónde os metéis. Un poco más abajo una china balancea bolsas de plástico de ambos brazos mientras vende, sin pregonarlas, cenas-desayunos de arroz tres delicias. El mismo grupo que un par de bocacalles arriba había cruzado en dirección a Malasaña sale ahora, más ronco, desde la plaza de Chueca-San Jaco para cruzar hacía Hortaleza-Santo Sida. Dos travestis suramericanos grandes como montañas –como los Andes?– empujan calle arriba sus aconcaguas de silicona tras toda una noche de chupar profesionalmente en Desengaño y Ballesta. La nuez de Adán se les transforma por segundos en un erizo de cañamones que brotan entre el maquillaje cuarteado. Un perro de la noche anterior al que ya no le interesa nada se deja olisquear por detrás por uno al que sacan a mear por la mañana y al que le interesa todo. Pasa un coche del 092 con dos policías municipales jóvenes en su burbuja de funcionarios de la comunidad del oso trempamadroños. Se niegan a mirar a las aceras y, sobre todo, al punkoso de pelo verde pinchón que llevan esposado y poseo en el asiento de atrás.

Muy cerca del entronque con Gran Vía sube una cuadrilla de barrenderos que van desactivando con sus mangueras las vomitadas cuajadas al relente de las aceras. En vanguardia va uno eufemísticamente subsahariano, esbelto, aniñado y superdotado, que sabe usar la manguera con ritmo. El chorro de las mangas produce un oleaje con rompiente de latas de cervezas, vasos de plástico y cajas vacías de condones con sabores latinos. En el trozo casi llano de Fuencarral que desemboca a Gran Vía ya no queda nada de la noche anterior. El sol se refleja en el suelo recién lavado y confirma que hoy es mañana. Detrás, en Fuencarral, los

tattoos, two lesbians are kissing –one is pretty, we think with a certain wistfulness, using the judicious “we” of the gossip columnist or the disembodied but undoubtedly heterosexual onlooker. The ugly lesbian disentangles her tongue piercing from her partner’s in order to stick her head in the ATM box and confess the secret number. The box retches and spits up Euros that will allow the two young women to put off the arrival of the new day for one more hour. From the side streets that open onto the very gay Pelayo Street appear groups with voices hoarse from shouting in the places where they drank, watched bands, and used designer drugs. They cross Fuencarral and go over to Malasaña Street, passing instantaneously from the disenchanting nineties to the exuberant eighties. Every few meters, someone wrapped up in his own private world, looking at the ground with a cell phone cupped in the palm of his hand, raises it to his ear like an imam or mufti preparing to call the people to morning prayer but only shouts fuck, guys, where’d you go? A little further down, a Chinese woman balances plastic bags in both arms while she sells, without announcing them, dinner-breakfasts of fried rice. The same group that a few streets earlier had crossed in the direction of Malasaña now leaves even more hoarse from Chueca, the Plaza of Our Lady of Smack, to cross over to Hortaleza-of-the-Holy-Clap. Two South American drag queens, big as mountains –the Andes?– push their silicon Aconcaguas up the street, after a whole night of sodomy for hire in the red light district between the streets of Desengaño and Ballesta. Around their Adam’s apples, stubble sprouts through the caked-on makeup like the spines of a sea-urchin. A dog from the night before, who is no longer interested in anything, lets himself be sniffed in the rear by one who has been put out for his morning pee and is still interested in everything. A police car passes. There are two young city cops inside, safe in their civil-service bubble under the aegis of an emblem that looks obscenely like a bear fucking a tree. They refuse to look at the sidewalks and, above all, at the loser with punkish green hair who sits handcuffed and demoniac in the backseat.

Very near the junction with Gran Vía there is a team of street-sweepers, using their hoses to cleanse the sidewalks of vomited food steeped in morning dew. In the advance guard there is a young man who fits the popular stereotype of the African-Spaniard, slender, childlike, and very well-endowed, who knows how to use the hose with rhythm. The jet of the nozzles produces a wave with a reef of beer cans, plastic cups, and the empty wrappers of condoms in Latin flavors. In the almost-flat section of the Fuencarral that opens onto Gran Vía, there no longer remains anything of the previous night. The sun is reflected on the newly-

del sábado noche vuelven al polvo. Se habrán ido a consumarlo en la cama-hasta-las-doce de una pensión que antes regentaba un gallego pero que ahora lleva un sobrino argentino, *che*. Los que tienen tolerantes padres monovolúmenes se habrán llevado el ligue a casa, agarrando de camino un recién calentito País-cum-dominical-plus-sandaliasdeplaya-plus-cupón-libro como ofrenda propiciatoria de los manes paternos. Algunos consumirán la penúltima en locales que abren cuando las marujas en ayunas bajan al Día a por la chapata o la pistola y, de paso, arrebatan de las manos de ochocientos mil repartidores ecuatorianos 20 Minutos para todas las vecinas del inmueble. Al otro lado de Gran Vía, en el McDonald que desde fuera parece un café decimonónico, la resplandeciente mañana madrileña ya se ha sentado a desayunar. Por sus vigiladas puertas salen desayunados al huevo jóvenes mochileros típicamente rubios con guías doing-all-europe bajo el brazo. Se cruzan, ignorándose, con un grupito lacoste-burberriano que se prepara a iniciar el jacobeo comulgando con un whopper que, a pesar de los veranos en Irlanda y Canadá, pronuncian joper, con jota bien fuerte, no susurrándolo con una *h* suavecita de beso o mamada. Ellos lucen frentes prematuramente profundas de memoriones no-históricos, opositores a notarías de cuyos brazos cuelgan, como accesorios para caballero de la quinta planta del Corte Inglés, novias mileurásticas aletiziadas. Apenas les dirige una mirada el vigilante de seguridad privada de la puerta, asturiano cuyo abuelo fue picador allá en la mina y su padre sereno de chuzo. Es en ese momento cuando sentimos un placentero cosquilleo en las plantas de los pies que nos revela que ya pasa el primer metro. Descendemos entonces por el paso subterráneo urinario-dormitorio del metro de Gran Vía Números Pares y tomamos la línea azul para llegar, sin transbordos, hasta la estación de Atocha-Nuestra Señora de la Cloratita, donde esperamos poder encontrar un tren que de una puta vez nos saque de este Madrid.

Enrique Fernández, Canadá, España © 2007

washed pavement, confirming that yesterday is finally today. Behind, in Fuencarral, the denizens of Saturday night return to dust. They will have gone back to finish it off in the check-out-by-noon bed of a pension that was once managed by a Galician but now by a cousin from Argentina, *che*. Those with tolerant, easygoing parents will have brought home the casual partners picked up while they were out, along with a copy of the País-with-Sunday-supplement-plus-beachsandals-plus-free-coupon as a sacrificial offering to placate the spirits of their elders. Some will drink their last-but-one in places that open when the housewives, before breakfast, go down to the convenience store for bread and milk and, while they're at it, snatch copies of the 20 Minutos from the hands of eighty thousand Ecuadorian vendors for all their favorite neighbors in the building. On the other side of Gran Vía, at the McDonald's that looks from the outside like a nineteenth-century café, the splendid Madrid morning has already sat down to eat breakfast. From its guarded doors, there emerges a group of young backpackers full of egg breakfasts, typically blond and with "Backpacking Europe" guides under their arms. They cross paths (ignoring each other) with a group clad in Lacoste and Burberry, who are preparing themselves to start their pilgrimage on the Camino by receiving their own sort of communion, a whopper. Despite their summers in Ireland and Canada, they pronounce its name *hopper*, with a strongly aspirated *h*, not whispering it with the smooth little *hw* of a kiss or a blowjob. They wear the prematurely profound expressions of those who have stuffed their brains with facts in pursuit of a coveted notaryship. From their arms hang the accessories expected of gentlemen of their class: ambitious girlfriends, fashionably emaciated celebrity-clones. The private security guard at the door, an Asturian whose grandfather was a worker up at the mine and his father one of the baton-wielding night watchmen of a bygone era hardly looks at them. It is at this moment that we feel a pleasant tickling sensation on the soles of our feet, which tells us that the first subway train has passed. So we descend into the urinal-and-sleeping-quarters underground tunnel of the metro at Gran Vía Números Pares and take the blue line to arrive without transferring at the station Our Lady of Atocha (now Our Lady of the Plastic Explosives), where we wait for a train that will finally get us the hell out of Madrid.

Translation by Christine Neulieb © 2009



## Bajo la autopista

El negro Malfatti tenía el moco del bigote completamente congelado. Se frotaba las manos y se las ponía bajo los sobacos buscando conservar un poco el calor. Tenía toda su provisión de porquerías en un carrito de supermercado, que supervisaba con nervioso temple. En el carrito tenía algunas bolsas con ropa, unas escobas totalmente gastadas, pedazos de metal incomprensibles y dos ollas negras y abolladas. Sería imposible intentar adivinar qué es lo que esos latones formaron alguna vez. Había un sin fin de bolsas de residuo negras que abultaban la panza del carrito. El negro Malfatti vestía un saco negro, raído por las veredas y por el tiempo; y un pantalón a cuadros, arremangado a la altura de las pantorrillas. Tenía los tobillos cubiertos por unas medias de algodón comidas por las polillas y en los pies calzaba unos mocasines de cuero negro.

Sobre el carrito, la autopista y, sobre el negro Malfatti, un perrito con unas manchas enfermas cerca de su cola, que temblaba como las hojas amarillentas de los árboles. Aguante un poco más Chatito, aguante que prendo un fuego y no se caga más de frío.

En una pequeña latita, el negro tiró unos pedacitos de tela que saco de una de las bolsas de residuo, volcó un chorrillo de alcohol y tiró la colilla del cigarro que estaba fumando. La lata brilló. Tomó un trago de alcohol puro y sus entrañas se calentaron en un instante. Fuego. El perrito se acurrucó cerca de la llamita y dejó de temblar.

En ese fueguito casi inexistente, Malfatti calentaba una ración de lentejas en conserva que devoraba con ciego apetito, y de tanto en tanto, convidaba al perrito que lamía la cucharita con avidez.

Acercó sus manos heladas a las últimas brasas que titilaban en un naranja que se moría y fue en ese instante en que oyó, sobre la autopista, el chillido de las gomas de un automóvil. Desde siempre, desde que vivía en la calle, había analizado con frecuencia estos sonidos y supo que, después de esas violentas frenadas, se encadenarían sonidos aun más oscuros.

Supo, desde antes que ocurriese, que un auto beige intentaría evitar el choque y que no lo lograría, que pegaría con su trompa sobre las luces traseras de un Ford recién

## Beneath the Freeway

The snot that had run into Black Malfatti's mustache was completely frozen. He rubbed his hands and stuck them under his armpits, looking to conserve a bit of heat. He had his whole hoard of garbage in a shopping cart, which he guarded with a nervous temper. In the cart he had a few bags of clothes, some ruined brooms, incomprehensible pieces of metal and two black, dented pots. It would be impossible to try to figure out what those metal bits were originally part of. There was no end to the black trash bags that bulged from the inside of the cart. Black Malfatti wore a dark coat, threadbare with travel and time, and a pair of checkered pants rolled up to his calves. He kept his ankles covered with some moth-eaten cotton socks, and on his feet he wore black leather moccasins.

Above the cart, the freeway; and at Black Malfatti's side, a puppy with mange around its tail, trembling like the yellowed leaves of trees. A little more patience, Chatito, patience, and I will light a fire and you won't be so damn cold.

In a little tin, Malfatti tossed some bits of cloth that he took from one of the garbage bags, doused them with alcohol, and threw in the butt of the cigar he was smoking. The tin shone. He took a swig of the pure alcohol and his innards were heated at once. Fire. The puppy huddled close to the little flame and stopped shivering.

Over this tiny, almost nonexistent fire, Malfatti heated a portion of canned lentils that he ate with blind appetite and from time to time shared with the puppy, who licked the teaspoon with eagerness.

He brought his frozen hands near the last embers, which were flickering orange but quickly dying, and at that instant he heard, up on the freeway, the screech of car tires. For ages, as long as he had lived on the street, he had been analyzing these sounds, and he knew that after such violent braking there would be even darker sounds.

He knew, even before it happened, that the beige car would try to avoid the crash but would not be able to, that it would rear-end a Ford fresh from the dealer's lot. And he knew

sacado de la concesionaria. Y supo que el conductor de un tercer auto, un sedan familiar blanco, buscando evitar la colisión, daría un volantazo. Lo que Malfatti nunca supo fue que ese tercer auto atravesaría el guardaraíl de la autopista, que sobrevolaría su cabeza de nube y que caería a unos quince metros de donde engullía esas pocas legumbres completamente muerto de frío.

El golpe de aquel bólido sobre los adoquines de la calle Veinticuatro de Noviembre fue estridente y latoso. Las piezas metálicas del auto se doblaron como los cacharros que juntaba Malfatti en su carrito de supermercado. El auto rebotó en varias oportunidades contra la dureza del piso y fue a terminar su aérea carrera contra el paredón de un colegio de enseñanzas religiosas, quedando con sus ruedas aún girando y apuntando hacia el cielo. Un par de tuercas y unas chapitas volaron cerca de él y las guardó en uno de sus bolsillos. El Chatito ladraba sin parar, seguía temblando y corría nervioso entre los mocasines de cuero agujereados. El viento terminó por apagar las brasas de su latita.

En pocos segundos, se formó una mancha enorme y negra de aceite caliente en el piso. Malfatti se agachó e intentó mirar por la ventanilla pero dentro había una nube de humo blanco y espeso que lo nublabo todo. Solo alcanzó a verificar que había sangre, no tanta, pensó, como creía que habría en este tipo de accidentes. Y un enjambre de cuerpos y articulaciones que serpenteaban lentamente entre el techo y el apoya-cabezas. El negro Malfatti hizo el cálculo matemático y estimó la fuerza del golpe: la velocidad del bólido, el ángulo de caída, las consecuencias del golpe contra el paredón. La consecuencia de aquella caída no podía ser otra que la muerte de los pasajeros del vehículo. Hubo un chispazo. Y después otro. Y la mancha de aceite se encendió. Enzo Malfatti estaba ahí parado, a escasos metros de la chatarra incandescente, observando el fuego, contemplando las lenguas del color del sol, a unos metros nada más. De alguna forma, Malfatti se sentía protegido. Se sentía paralizado e incapaz de acercarse a ayudar a esa pobre gente que estaba incinerándose. Se preguntaba una y otra vez quiénes serían esas personas que se retorcían entre el hierro caliente, el humo y el olor a aceite. Y la respuesta lo sorprendía todas las veces: eran ellos, los mismos que pasaban cada mañana delante de él, que lo relojeaban con ese superficial respeto cuando les pedía esa moneda que necesitaba para comer. Cómo podía ser, se preguntaba, que no lo vieran morir de hambre, que no notarían sus costillas ni su piel pegada al hueso. *Ellos* estaban en el fuego y Enzo simulaba el mismo respeto ciego que le regalaban todos los días en el cordón de la vereda. Mientras contemplaba la aleatoria inestabilidad de lo naranja, calentando sus mejillas en una noche tan fría de invierno, le susurró al Chatito que

that the driver of a third car, a white family sedan, would swerve in an attempt to avoid the collision. What Malfatti never suspected was that this third car would break through the guardrail of the freeway, would fly over his bewildered head and would fall just 15 meters from the place where he was gobbling those few beans and dying of cold.

The impact of that projectile on the paving-stones of Calle Veinticuatro de Noviembre was strident and grating. The metal pieces of the car bent like the junk Malfatti collected in his shopping cart. The car did a bouncing roll, smashing against the hard ground several times, and ended its airborne path against the wall of a convent school with its wheels still spinning in the air. A couple of nuts and bolts flew near him and he put them in one of his pockets. Chatito barked ceaselessly, kept trembling and ran nervously between the worn-out leather moccasins. The wind finally quenched the embers of the little fire in the tin.

In a few seconds, a huge black puddle of hot oil formed on the ground. Malfatti squatted and tried to look through the window of the car, but inside there was a cloud of white smoke and steam that obscured everything. He only managed to verify that there was blood, not so much, he thought, as he had believed there would be in this type of accident. And a jumble of bodies and joints that swung slowly between the roof and the headrest. Black Malfatti made a mathematical calculation and estimated the force of the impact: the velocity of the flying car, the angle of the fall, the consequences of the impact against the wall. The consequence of that fall could only be the death of the passengers in the vehicle. There was a spark. And then another. And the puddle of oil ignited. Enzo Malfatti stood there motionless, just a few meters from the incandescent scrap metal, watching the fire, contemplating the tongues of flame the color of the sun – just a few meters away, no more. Somehow, Malfatti felt protected. He felt paralyzed and incapable of getting close to help those poor people who were being incinerated. He asked himself again and again who these people might be, twisting among the hot iron, the smoke and the smell of oil. And the answer surprised him every time: it was *them*, the same people who passed by him every morning, who peered at him with that superficial regard with he asked them for the money he needed to eat. How could it be, he asked himself, that they did not see him dying of hunger, that they did not notice his ribs or the way his flesh stuck to his bones. *They* were in the fire and Enzo mimicked the same sightless regard that they always gave to him, every day, on the curb of the sidewalk. While he contemplated the flickering instability



el infierno no estaba tan lejos. Los veía sufrir y sin embargo no era capaz de ir en su socorro. Aguzó su vista, entrecerrando las pestañas, intentando hacer foco en la ventana y los veía luchar, golpear el vidrio y patear las puertas. Nada cedía. Mucho menos el fuego que a cada gota de aceite se hacía más incandescente.

Se acercó unos pasos hacia aquella bola informe de llamas y el calor lo sorprendió sobre el pecho. El chatito se alejó unos pasos de sus mocasines, mordió unos pedacitos de metal y se los dejó a los pies llenos de baba. El negro Malfatti los tomó y estimó su peso, para luego morderlos y comprobar, si es que acaso sus dientes pudiesen hacerlo, la composición química de los mismos. *Eran buenos*, pensó y se los llevó al bolsillo. Por primera vez, observó que sobre los adoquines de la calle Veinticuatro de Noviembre se encontraban desparramados miles de pedacitos de chapa. Mientras el fuego ardía, el Negro Malfatti rellenaba sus bolsillos de lata y de plomo y, cuando ya no cupieron más en aquellos compartimentos, fue a buscar una de sus tantas bolsas de residuo negra de su carrito de porquerías. Y allí, comenzó a volcar todas las piezas de su bolsillo y todas las que su perro depositaba, húmedas, a sus pies. Siete pesos sacaría con esos kilos de chapa, e imaginó el vinito que se tomaría, uno blanco, dulce y en envase de cartón. Y un par de sándwiches de fiambrrín.

Sacó del bolsillo pectoral izquierdo de su saco sucio, una colilla que conservaba la marca de la suela de la zapatilla que la había pisado. Se acercó con pasos lentos y la encendió con las brasas del vehículo estrellado y exhalando el humo cantó con su voz ronca, *fíjate de qué lado de la mecha te encontrás, con tanto humo, el bello fiero fuego no se ve...* Y mientras se alejaba, empujando su carrito de supermercado con una bolsa más de metal para cambiar, con el chatito corriendo entre sus pies, oía la sirena de los bomberos aproximarse a toda velocidad. O quizás de la policía, pensó. O quizás de la morgue.

Yair Magrino, Argentina © 2008

of the orange colors, heating his cheeks on such a cold winter night, he whispered to Chatito that hell was not so far away. He saw them suffer and nevertheless he was not able to go to their aid. He sharpened his vision, squinting, trying to focus on the window, and he saw them fight, bang on the glass, and kick at the doors. Nothing gave way. Least of all the fire, which with each drop of oil became more incandescent.

He took a few steps toward that shapeless ball of flames, and the heat that hit his chest surprised him. Chatito moved a bit further away from his moccasins, chewed on some little pieces of metal, and left them at his feet full of slobber. Black Malfatti picked them up and estimated their weight; later he would bite them and test their chemical composition, that is if his teeth could manage it. They were good ones, he thought, and stuffed them in his pocket. For the first time, he noticed that thousands of metal scraps were scattered across the pavement of Calle Veinticuatro de Noviembre. While the fire burned, Black Malfatti filled his pockets with tin and lead and, when no more would fit there, he went to look for one of his many black garbage bags in the junk cart. And he started to dump all the pieces from his pocket, along with the wet ones that the dog was dropping at his feet, into the bag. He would get seven pesos for these kilos of metal, and imagined the bit of wine he would drink, white, sweet, and in a cardboard container. And some deli sandwiches.

He pulled from the left breast pocket of his dirty coat a cigar butt that still bore the mark of the shoe-sole that had trampled it. He crept close and lit it from the embers of the smashed car, and exhaling the smoke he sang with his voice hoarse, pay attention when you find yourself near a fuse, with so much smoke, the beautiful savage fire will sneak up... And as he went away, pushing his shopping cart with one more bag of metal to exchange, Chatito running between his feet, he heard the siren of the fire trucks speeding closer. Or maybe it was the police, he thought. Or maybe the morgue.

Translation by Christine Neulieb © 2009

## ÍNDICE / TABLE OF CONTENTS

<i>Las parcas del Quinto / The Fates on the Fifth Floor</i>	Enrique Fernández / Ulrike Hellmuth	1
<i>La muñeca / The Doll</i>	Enrique Fernández / Lynne Fernández	2
<i>Domingo de ramos o de pasión / Palm, or Passion, Sunday</i>	Enrique Fernández / Christine Neulieb	8
<i>Solosín / Solosin</i>	Orlando Mazeyra Guillén / Christine Neulieb	11
<i>La boca torcida / Twisted Mouth</i>	Alejo López Bastida / José Luis Martín	13
<i>Cuatro hombres buenos / Four Good Men</i>	Lamberto García del Cid / Author&Lilibeth C. Sum M.	17
<i>Un crítico literario / A Literary Critic</i>	Andrew Bernal Trillos / Christine Neulieb	21
<i>El noveno pasajero / The Ninth Passenger</i>	Lamberto García del Cid / Christine Neulieb	24
<i>El gato / The Cat</i>	Daniel Claudio Chao / Christine Neulieb	30
<i>Milagro / Miracle</i>	Ian Welden / Christine Neulieb	34
<i>Los ojos del jardín / The Eyes of the Garden</i>	Ricardo Iribarren / Christine Neulieb	37
<i>Navegando sueños / Sailing Dreams</i>	Ricardo Juan Benítez / Christine Neulieb	46
<i>Irene y los gatitos / Irene and the Kittens</i>	José Luis Martín / Christine Neulieb	49
<i>Fuencarral abajo / Down Fuencarral</i>	Enrique Fernández / Christine Neulieb	54
<i>Bajo la autopista / Beneath the Freeway</i>	Yair Magrino / Christine Neulieb	47